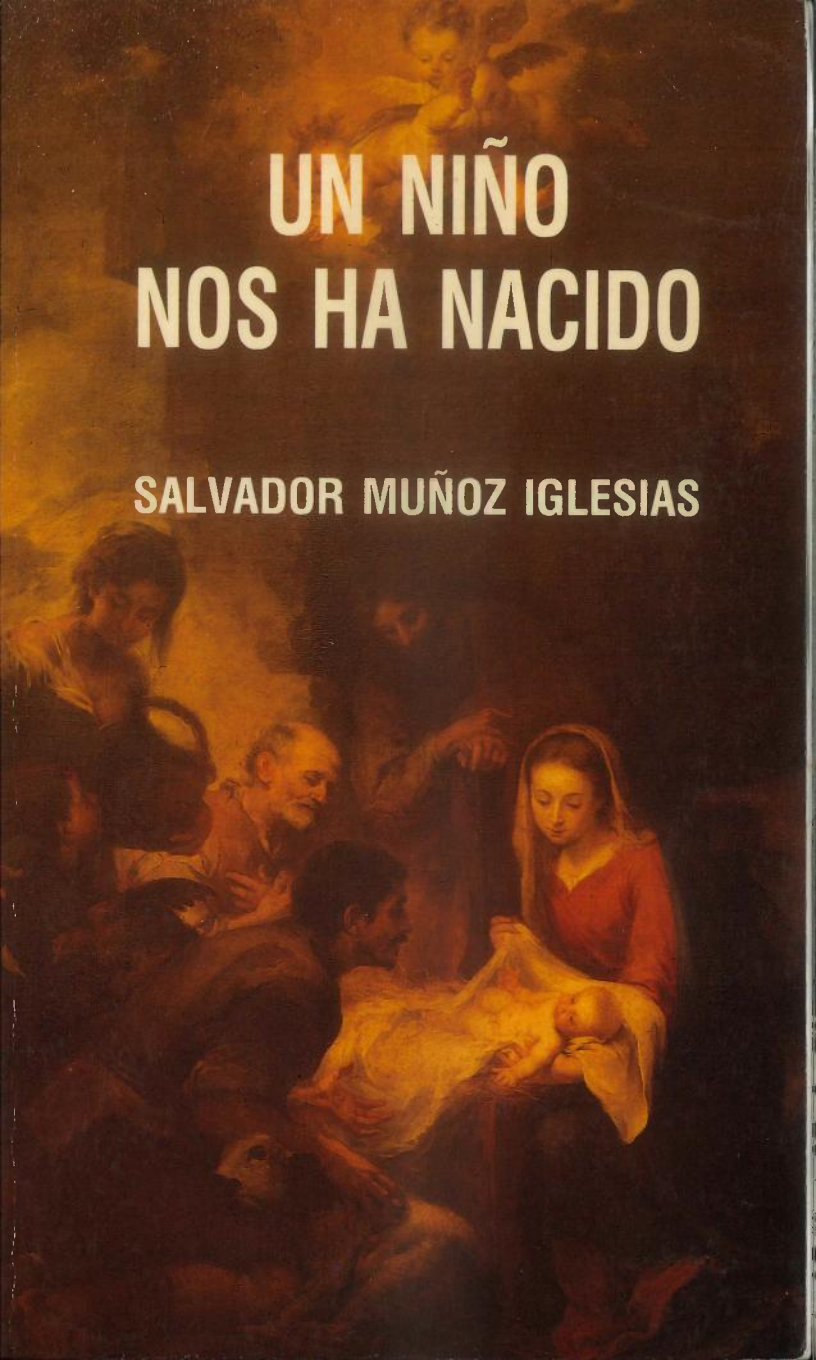
UN NIÑO NOS HA NACIDO

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS



SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

UN NIÑO NOS HA NACIDO

EDITORIAL DE ESPIRITUALIDAD
Triana, 9 — 28016 MADRID

UN NIÑO NOS HA NACIDO
© by EDITORIAL DE ESPIRITUALIDAD
Madrid, 1995
ISBN: 84-7068-236-9
Depósito legal: M. 30.816-1995

Impreso en España - Printed in Spain

Fotocomposición e impresión: Closas-Orcoyen, S. L.
Polígono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

PRESENTACION

Yo creo que, para un buen número de lectores, don Salvador Muñoz Iglesias no necesita presentación, pues es de sobra conocido, y al mismo tiempo valorado y querido. Espero me sepan perdonar la pobreza y la limitación de esta presentación mía.

La Iglesia de Madrid se complace hoy con la aparición de esta obra. Son muchos los motivos de gratitud y de admiración al que, durante más de cuarenta años, fue profesor de Sagrada Escritura del Seminario de Madrid. Muchas generaciones de sacerdotes madrileños han recibido su magisterio, así como religiosos, religiosas y seglares. Además, los menos jóvenes recordarán, sin duda, los deliciosos programas televisivos de don Salvador, como aquellos de los Hechos de los Apóstoles y los viajes de San Pablo. Escuchar o leer a don Salvador, y especialmente cuando se refiere a la Sagrada Escritura, es siempre un placer, y al mismo tiempo una garantía de seriedad y profundidad.

La lectura de este nuevo libro suyo, Un Niño nos ha nacido, *será sin duda amena y provechosa, pues en don Salvador se conjugan su cualidad de fácil comunicador con su sabiduría. No en vano lleva dedicados a la investigación y la docencia de la Sagrada Escritura cincuenta años de su vida y, de ellos, más de treinta al estudio es-*

pecializado de los Evangelios de la Infancia, que ha quedado plasmado, con este mismo título, en los cuatro espléndidos volúmenes editados por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). No es difícil concluir que el nuevo libro, oportunamente ofrecido a las puertas de la Navidad, merece verdaderamente la pena.

Es ésta una obra de madurez, que recoge la inmensa riqueza del Evangelio, pero en esta ocasión en breves y jugosas meditaciones, fruto de sus largos años de investigación sobre los dos primeros capítulos de San Mateo y de San Lucas, pero libres de la aridez que llevan consigo las disquisiciones científicas. Don Salvador sabe bien que la investigación bíblica es una forma, y bien importante, de apostolado, pero al mismo tiempo su corazón sacerdotal le ha llevado siempre a tratar de acercar a todo el pueblo cristiano la riqueza de la Palabra de Dios. Por eso, en este libro ha querido ofrecer a cuantos se acerquen a estas páginas el «sabroso» alimento que proporcionan los misterios de la Infancia de Jesús.

Deseo de todo corazón que los lectores gocen «saboreando» lo sucedido en Nazaret y en Belén, el acontecimiento que es el centro de la historia del mundo, la Encarnación del Hijo de Dios, como lo hizo María, la Madre de Jesús, que todas aquellas cosas que sucedieron, hace ahora casi ya dos mil años, «las conservaba meditándolas en su corazón».

+ Antonio Mª Rouco Varela
Arzobispo de Madrid

ANUNCIACION

En Nazaret tuvo lugar el anuncio de la Salvación. Protagonista, el arcángel San Gabriel. Y María, aceptando, la hizo posible.

NAZARET

«Fue enviado por Dios el arcángel San Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret» (Lc 1,28).

A cualquier cosa llaman ciudad.

Nazaret no lo era.

Hoy tiene muy cerca de 50.000 habitantes y numerosas construcciones importantes. Pero entonces era un pueblucho de nada, sin escuela, ni farmacia, ni carretera...

Si en el cielo hubiera habido reporteros gráficos encargados de cubrir la información sobre el viaje del arcángel San Gabriel a la tierra para buscar una madre al Verbo de Dios que se disponía a hacerse hombre habrían fallado en sus previsiones: no se les habría ocurrido adelantarse a montar sus equipos móviles y sus tomavistas en esta aldea olvidada de Galilea.

Habrían pensado en Roma, la capital del Imperio entonces dominante; o a lo sumo en Jerusalén, la Ciudad Santa del pueblo elegido; o tal vez, como mucho, en Belén, la patria chica del Rey David,

antepasado ilustre del Mesías esperado. Esta era también una aldea pequeña, pero el profeta Miqueas aseguraba que era religiosamente muy importante.

Las antiguas embajadas de Gabriel habían tenido como escenario la gran ciudad de Susa, capital del imperio aqueménida, donde Daniel tuvo la visión del carnero y del macho cabrío que el mensajero le ayudó a interpretar (Dan 8,2.15-26), o Babilonia, donde transmitió a Daniel la famosa profecía de las 70 Semanas (Dan 9,21-27), o Jerusalén, en cuyo templo anunció a Zacarías el nacimiento del Precursor (Lc 1,11-20).

Pero esta vez, cuando el objetivo de la misión es mucho más importante —el anuncio de la Encarnación del Verbo—, el término de su vuelo va a ser una pobre aldehuela perdida en un rincón de Galilea, a trasmano de la Vía Maris que transitaban los mercaderes y los soldados, escondida entre montes y olvidada del mundo.

La llamaban Nazaret (guarda, vigía, atalaya) porque en las estribaciones del monte Es-Sikh, a 300 metros sobre el nivel del mar y a 140 kilómetros de Jerusalén, se asoma a la fértil llanura de Esdrelón.

No es mencionada nunca en el Antiguo Testamento, porque nunca debió de ocurrir en ella nada importante. Natanael, que vivía en el vecino pueblecito de Caná, pensaba que «de Nazaret no podía salir nada bueno» (Juan 1,46).

Pero se equivocaba. Dios no compartía esa opinión.

Porque en Nazaret estaba —y acaso Natanael se había cruzado con Ella alguna vez— lo mejorcito hasta ahora de la creación: la única criatura humana que fue concebida sin pecado original, una humilde doncella que hace poco se desposó con el carpintero del pueblo y que ahora prepara con diligencia su modesto ajuar para la boda cercana. En Ella ha puesto Dios sus ojos y su gracia desde el momento de su concepción. Esa humilde nazaretana ha robado el corazón de Dios y Dios ha pensado en Ella para Madre de su Eterno Hijo.

Por eso —aunque parezca extraño— «ha sido enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret».

Desde ahora en Nazaret —precisamente en Nazaret, el poblado de pobres chavolas excavadas en la roca de arcilla que, perdido en los vericuetos de los montes, queda siempre a trasmano de la Vía Maris—, precisamente en Nazaret, está el kilómetro cero para todos los caminos que en adelante llevarán a Dios.

Y habrá que construir en ella aparcamientos, y estaciones, y aeropuertos, y plataformas interplanetarias para que los hombres hagan escala y transborden de sus maravillosos medios técnicos de locomoción al único Camino para la Verdad y la Vida, que es Jesús de Nazaret.

¡Los criterios de Dios son tan distintos!

Un pueblín sin carretera es el punto de partida para el Camino que conduce a Dios.

Un lugar desconocido en el Antiguo Testamento se convierte en escenario de la Encarnación del Verbo.

Una Virgen que renuncia a la maternidad resulta ser la escogida para Madre de Dios.

> *Ella en Nazaret, al recibir con fe el anuncio del ángel, concibió en el tiempo como Salvador y hermano para nosotros a tu Hijo, engendrado desde toda la eternidad* (Prefacio de las Misas de la Virgen, n. 8).

EL NOMBRE DE MARIA

«Y la Virgen se llamaba María» (Lc 1,27).

Así la llamaron sus padres y las niñas del barrio donde nació.

Así la llamaba cariñosamente José, y los vecinos de Nazaret, y los de Belén, y los de Tell-el-Yahudiyeh en el exilio de Egipto.

Por ese nombre la conocían («la señora María») los clientes del carpintero y los proveedores de la modesta despensa de la familia: el pescadero de Cafarnaum, el mielero de Caná, el vinatero del Carmelo y el vendedor ambulante de Haifa, que periódicamente recorría los pueblos de Galilea ofreciendo a las amas de casa retales para túnicas y mantos.

Bajo ese nombre la empadronaron un día en Belén los oficiales del censo.

Y con él está inscrita —la primera y con letras de oro— en el Libro de la Vida, donde los ángeles anotan los nombres de los que se han de salvar.

Cuando Jesús, lejos de Ella, lo oía pronunciar, se le encendían las pupilas y aceleraba sus latidos el corazón.

No es de extrañar, por tanto, que los discípulos de Jesús desde hace veinte siglos invoquen continuamente tan dulce nombre como estrella que anuncia el día y que conduce a puerto a los navegantes. Se lo recomienda fervorosamente San Bernardo:

«Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María. Si eres agitado por las olas de la soberbia, de la detracción, de la ambición, de la envidia, mira a la estrella, invoca a María. Si la ira, la avaricia o el deleite carnal impele violentamente la navecilla de tu alma, mira a María. Si turbado por el recuerdo de la enormidad de tus culpas, confuso a la vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado ante la idea del horror del juicio, comienzas a hundirte en la sima sin fondo de la tristeza o en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María.»

En la pluma del Evangelista la indicación del nombre de la Virgen no pasa de ser un dato más en lo que hoy llamaríamos el carnet de identidad de la protagonista destinataria de la Anunciación.

Pero las generaciones cristianas no se han contentado con eso.

Conscientes de que en el mundo bíblico el nombre se identifica con la realidad y, cuando se trata

de personas, se corresponde con sus categorías y cualidades reales, los Santos Padres primero y después los exegetas de siglos posteriores han buscado afanosamente el valor etimológico del nombre de María. ¡Más de 70 etimologías distintas!

Se comprende que no todas puedan ser válidas.

Pero curiosamente el significado de todas la cuadra bien a la Madre de Jesús.

Los numerosos estudios sobre el particular constituyen un impresionante monumento a la devoción secular de los cristianos a María. En su comprensible afán de que el significado atribuible a esas múltiples etimologías del nombre convenga en nuestro caso a la persona que lo lleva, forman una rica y deliciosa letanía de alabanzas a la Virgen.

Históricamente, la primera mujer que en la Biblia lleva ese nombre es la hermana de Moisés y Aarón (Myryam). Nacida en Egipto como sus dos hermanos, es muy probable que su nombre, como el de éstos, fuera de origen egipcio. Se ha pensado que podría ser un nombre teóforo con resonancias hebreas. Podría ser un nombre compuesto de la raíz egipcia *myr(t),* que significa *amada de,* y la abreviatura del nombre de Dios Yahveh, que en los nombres propios es *yam.* Myryam significaría, según esto, *amada de Yahveh.*

Decidme si no le va bien a la que el Verbo de Dios escogió para su Madre.

Si todos queremos a la propia madre que nos ha sido dada, ¿quién podrá calibrar el amor de Jesús para la madre que El mismo eligió?

«El nombre de la Virgen era María.»

Todo el ser de la Virgen era eso: «Amada de Yahveh.»

Estoy seguro de que a Ella le gustaba mucho llamarse así. ¡Se sabía tan querida por Dios!

Curiosamente, nadie —después de la hermana de Moisés— lleva ese nombre en el Antiguo Testamento. Quizá porque traía su origen del país opresor o acaso por el recuerdo de la murmuración de la primera María contra Moisés, que le acarreó el castigo de la lepra (Num 12,1-16).

Por el contrario, en tiempos de Jesús era un nombre muy corriente. Aparte de su Madre, lo llevó María Magdalena, la madre de Santiago el Menor y de José, la mujer de Cleofás, la hermana de Lázaro, la madre de Juan Marcos (Hechos 12,12) y una cristiana de Roma a la que saluda San Pablo en Rom 16,6.

La Virgen, pues, se llamaba como otras muchas.

Si no se llamaba como todas —porque los nombres sirven para diferenciar a las personas—, tenía un nombre muy corriente que llevaban muchas.

Y eso también le gustaba a Ella.

Nada singular ni extraordinario. Hasta en el nombre quiso Dios que fuera normal y sencilla.

Y Ella... ¡feliz!

Lo que son las cosas.

A nosotros nos gusta que se llame así precisamente por ser tan distinta de todas, tan por encima de todas... ¡la bendita entre todas las mujeres!

Para nosotros, desde que Ella lo llevó, el nombre María no es un nombre vulgar. Nos recuerda a la criatura más excelsa que salió de las manos de Dios, a la Reina de cielos y tierra, Reina Madre por excelencia, que lo es por ser la Madre de Jesucristo Rey.

Pido a Dios que tan dulce nombre nunca se me caiga de los labios, que nunca se aparte de mi mente su recuerdo, y que nunca deje de latir aceleradamente mi corazón cuando lo oiga o lo pronuncie.

> *Oh Dios, cuyo Hijo, al expirar en la Cruz, quiso que su Madre la Virgen María fuese en adelante nuestra Madre: concédenos a quienes recurrimos a su protección ser confortados por la invocación de su santo nombre* (Colecta de la Misa del Santísimo nombre de María).

EL SALUDO DEL ANGEL

«Alégrate, llena de gracia. El Señor está contigo... Has hallado gracia a los ojos de Dios» (Lc 1,28-30).

El ángel es mensajero de Dios.

Lo que dice en nombre de Dios se lo manda decir Dios. En otras palabras, lo dice Dios.

A María no la saludaron nunca personajes importantes de la tierra. El emperador romano no la conocía; los filósofos de Grecia no pensaron en Ella; en el palacio de Herodes se ignoraba su existencia; ni los mozos de Nazaret se atrevían a violentar con piropos su modestia cuando, recatada y silenciosa, llenaba su cántaro en la fuente.

El mundo se cree que lo sabe todo. Y se equivoca.

El mundo, Señora, no sabía que Tú eras «bendita entre todas las mujeres» (Lc 1,42).

Pero Dios —¡óyelo bien, Señora!—, Dios te saluda. El Rey de Reyes y Señor de los que domi-

nan piensa en Ti, y ahora te saluda por medio de Gabriel.

La cosa viene de muy atrás:

Cuando Dios en su trono de corales
sostenido por siete querubines,
señalaba a los mares sus confines
y trazaba las rutas siderales;

cuando el sol no doraba los trigales,
ni exhalaban perfume los jazmines,
ni formaban los árboles jardines,
ni las cañas en flor cañaverales;

cuando estaba sin lámparas el cielo,
sin viñedos y olivos el Carmelo,
y sin palmas los huertos de En-Gaddí;

cuando no había céfiros ni brisa,
ni ternura de abrazos y sonrisa...
¡en su mente el Señor pensaba en Ti!

Eso es lo que vale.

Los piropos humanos se los lleva el viento. Los de Dios son una especie de sacramento: producen realmente lo que significan.

Tenía razón María para preguntarse «qué significaba aquel saludo» (Lc 1,29).

Yo también quiero saberlo.

Los estudiosos que, bajo la guía del Espíritu Santo, interpretan las Escrituras que el mismo Divino Espíritu inspiró, me ayudan a saborear las mieles de ese saludo.

Me aseguran que Dios ha cambiado a la Virgen el nombre, como hace cuando elige a alguno para un oficio nuevo de especial importancia en la Historia de la Salvación. Así hizo con Abram, a quien Yahveh llamó Abraham al hacerlo «padre de muchedumbre de pueblos» (Gen 17,5), y con Simón, el hermano de Andrés, a quien Jesús llamó Pedro (Jn 1,42) porque había de ser la piedra sobre la cual pensaba edificar su Iglesia (Mt 16,18).

A Ti, Madre, en esta ocasión el ángel no te llamó por tu nombre. Te llamó «llena de gracia», con una especie de superlativo que se debería traducir «Agraciadísima». Si hablando de nuestra elección a ser hermanos adoptivos de Jesús, el Hijo de Dios, canta San Pablo: «la riqueza de la gracia con que Dios nos agració en el Amado» (Ef 1,6s), ¿quién podrá imaginar la predilección que supone ser elegida para Madre del mismo Dios? Razón tenía la Virgen para proclamar en el Magnificat que «de ahora en adelante habían de llamarla Bienaventurada todas las generaciones, porque el Poderoso había hecho maravillas en su favor» (Lc 1,48s).

El ángel la invita a alegrarse, como habían invitado los profetas (Zac 9,9; Sof 3,14-17; Joel 2,el-23) a la Hija de Sión, es decir, al pueblo elegido, a saltar de gozo anticipadamente por la venida del futuro Mesías. Si allí, Madre, se anunciaba una especial presencia de Yahveh en medio de su pueblo («He aquí que viene a ti tu Rey», Zac 9,9) («Yahveh, tu Dios, está en medio de ti», Sof 3,15s), aquí y ahora el motivo de tu alegría consis-

tirá en que «vas a recibir en tu seno y vas a dar a luz...» al que «será llamado Hijo del Altísimo» (Lc 1,31s), y será de verdad «Dios con nosotros» (Mt 1,23).

Con razón el ángel continúa: «El Señor está contigo» (Lc 1,28).

La Virgen sabía que el Señor había estado con los patriarcas, con los profetas y con los héroes de su pueblo cuando los encomendaba una misión especial. Ahora se le dice que va a estar con Ella. Se le da a entender que ésa va a ser la causa del gozo al que se la invita.

Y es que muy pronto, Señora, el Señor va a estar contigo como con nadie nunca ni jamás.

Las explicaciones de los exegetas a mí me saben a gloria.

Ella no las tuvo. Pero no le hicieron falta.

El Espíritu le hizo saber, a través del ángel, que «había hallado gracia a los ojos de Dios» (Lc 1,30).

¿Por qué le caiste en gracia a Dios?

Tú pensabas acertadamente que así sucedió por pura dignación divina: «Ha puesto el Señor los ojos en la poquedad de su esclava» (Lc 1,48).

Y es verdad.

Dignación divina —y sólo dignación divina— es el amor de Dios Infinito a todas sus criaturas, limitadas y finitas. Pero para que Dios ponga sus ojos en nosotros hace falta que nosotros no tratemos de ocultar nuestra pequeñez ni de disfrazarnos de falsas grandezas. Porque Dios «a los sober-

bios resiste, y los humildes le caen en gracia» (Prov 3,34, citado por Sant 4,6 y 1 Pet 5,5). O, como dirá Jesús: «El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado» (Mt 23,12).

Tú te sabías y te proclamabas humilde esclava del Señor.

Y Dios te hizo Madre de su Hijo.

¡Ya lo ves!

Nosotros también lo vemos y nos alegramos mucho, mucho, mucho...

> *Infunde, Señor, Te rogamos, tu gracia en nuestras almas para que los que, por el anuncio del ángel, conocimos la Encarnación de tu Hijo, por su Pasión y su Cruz seamos llevados a la gloria de la Resurrección* (Colecta del IV Domingo de Adviento).

LA ACEPTACION DE MARIA

«He aquí la esclava del Señor. Hágase en Mí según tu palabra» (Lc 1,38).

La salvación, a nivel individual, se da en clave de oferta y aceptación.

San Agustín lo expresó con una de sus frases lapidarias: «Dios, que te creó a ti sin ti, no te salvará a ti sin ti.»

No nos salvamos nosotros. Nos salva Dios. Pero a condición de que aceptemos su plan salvífico cumpliendo su voluntad.

Lo que a nivel de cada uno ocurre en la aplicación subjetiva de la gracia salvífica merecida y adquirida para todos por Cristo Jesús, quiso Dios que tuviera lugar también en la consecución gratuita universal de esa misma salvación, que de una vez para siempre había de realizar el Hijo de Dios hecho Hombre.

Dios dispuso que su generosa oferta salvífica universal estuviera condicionada a la aceptación de la misma por parte de la Humanidad. Y quiso que

la interlocutora válida en nombre de ésta fuera María en la Anunciación.

Entraba en los planes de Dios que la salvación fuera llevada a cabo por el Verbo de Dios hecho Hombre. Para ello la Segunda Persona de la Santísima Trinidad había de asumir la naturaleza humana naciendo de mujer. Hacía falta una Madre.

La Anunciación es, por parte de Dios, la oferta a María de esa inefable maternidad que había de situar en el mundo de los humanos al Redentor: oferta que Dios no impone, sino cuya aceptación voluntaria solicita de la Virgen, que en esa ocasión representa a la Humanidad beneficiada de esa salvación.

«El Padre de las misericordias —dice el Vaticano II— quiso que *precediera* a la Encarnación la *aceptación* por parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyera a la vida... Así María, hija de Adán, *aceptando la Palabra divina,* fue hecha Madre de Jesús, y *abrazando la voluntad salvífica de Dios...* se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con El y bajo El por la gracia de Dios... Porque Ella, como dice San Ireneo, *obedeciendo fue causa de la salvación propia y de la del género humano entero» (Lumen Gentium,* n. 56).

San Bernardo imagina a la Humanidad entera pendiente de la aceptación de María: «El ángel —dice— aguarda tu respuesta, porque ya es tiem-

po de que se vuelva al Señor que lo envió. Esperamos también, Señora, esta palabra de misericordia nosotros a quienes tiene condenados a muerte la divina sentencia de que seremos liberados por tus palabras. Piensa que en tus manos está el precio de nuestra salvación; al punto seremos liberados si consientes... De tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos de Satán, la libertad de los condenados a muerte, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo nuestro linaje» *(Homilía 4 sobre «Missus est»,* n. 8).

El anuncio del ángel estaba claro: Dios ofrece a María ser la Madre del Redentor. Lo que Ella no entiende es el modo. Su pregunta arranca del mensajero la afirmación explícita de la concepción virginal.

Ya no necesita saber más.

María inclina la cabeza, junta las manos sobre el pecho y pronuncia su agradecida aceptación: «Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra.»

¡Maravillosa estampa de Nuestra Señora del Sometimiento! Bien distinta de la de Eva en el Paraíso.

Esa y no otra tenía que ser la puerta de entrada en la Redención: si la desobediencia nos perdió, por la obediencia tenía que venirnos la recuperación.

«He aquí la esclava del Señor.»

Si Gabriel traía encargo de sus compañeros angélicos para rendir pleitesía en nombre de todos a la Reina de cielos y tierra, se le quedó la genuflexión a medio hacer. De Reina, nada: «Aquí está la esclava del Señor.»

Espera, Gabriel. Ya le rendiréis honores todos juntos el día de la Asunción.

«Hágase en mí según tu palabra.»

La proclamación de su condición de esclava podía parecer retórica. Pero no tiene nada de retórico ese sometimiento al divino querer, expresado con un verbo en pasiva que traduce el delicioso propósito de *dejar hacer* a Dios siempre.

Escribía hace más de veinte años y me gusta repetir aquí:

«La Virgen define aquí la trayectoria de toda su vida. Toda ella será un "Hágase la voluntad de Dios".

No sólo ahora, cuando el designio divino la encumbra a la dignidad de Madre de Dios, dignidad que —Ella lo sabe— lleva aneja la dolorosa maternidad del Varón de Dolores.

Lo será siempre, a lo largo de toda su existencia terrenal, recorriendo la gama de todas sus resignaciones:

"Hágase" —sometimiento ciego a los planes de Dios—, cuando su prometido José dude y esté a punto de abandonarla al descubrir los síntomas de una gravidez que es obra del Espíritu, pero cuyo origen Ella no se siente autorizada a revelar.

"Hágase" —aceptación de las incomodidades que Dios permite—, cuando la soberbia de Augusto y el servilismo político de Herodes ordenen un censo que la obligue a trasladarse a Belén —más de 150 kilómetros de viaje por ásperos caminos— en vísperas de dar a luz.

"Hágase" —resignación en contra de sus más legítimos sentimientos maternales—, cuando, rechazada por los betlemitas, tenga que dar a luz a la intemperie y reclinar a su Hijo recién nacido sobre las duras pajas de una pesebrera.

"Hágase" —conformidad que no pregunta el porqué—, cuando, en respuesta a la persecución de Herodes, el ángel ordene a José la huida a Egipto primero, y la vuelta a Palestina después, como si Dios no tuviera otro medio de liberar a su Hijo.

"Hágase" —ocultamiento y búsqueda de noche oscura—, cuando sin culpa propia Jesús se le pierda en el templo a la edad de doce años y la tenga tres días en ansia y en zozobra.

"Hágase" —aceptación resignada de la viudez—, cuando el futuro Taumaturgo, que tantas enfermedades ha de curar y tantos muertos resucitará en su día, deje morir en sus brazos a San José.

"Hágase" —renuncia generosa a la dulce compañía de su Hijo—, cuando Jesús se despida en Nazaret, primero, para emprender su vida pública de Rabino errante, y más angustiosamente después, la tarde del Jueves Santo, junto a la cancela del huerto de Lázaro en Betania, para iniciar la Pasión.

"Hágase" —comunión con los sufrimientos redentores de su Hijo—, cuando le encuentre con la

cruz a cuestas en la Calle de la Amargura, y le acompañe al Calvario, y presencie de pie, junto a la Cruz, su martirio y su muerte, y lo reciba exánime en sus brazos, y lo deje tras la losa del sepulcro.

"Hágase" —resignación maternal por el bien de la Iglesia naciente—, cuando en la cumbre del Monte de los Olivos vea a Jesús subir al cielo y Ella se quede en la tierra, monumento de fe y aglutinante materno para la cohesión y gestación de la primera comunidad cristiana.

"Hágase", en fin, agridulce como el de hoy en la Anunciación, cuando Dios se decida a llevársela para continuar desde el cielo su función maternal sobre la Iglesia, pero a costa de privar a los que luchan en este valle de lágrimas del consuelo de su vista y su presencia.

Todos estos ecos tiene el "Hágase" de la Virgen en la Anunciación. Resonancias de entrega amorosa al Divino Querer.

Aire de aceptación.

Clima de "sí"» («El Evangelio de María», en *Cuadernos* PALABRA, pp. 49-51).

Lo que María hizo para que Dios realizara la salvación objetiva universal es lo que tenemos que hacer cada uno para que Dios nos aplique individualmente la salvación obtenida por Cristo para todos.

> *Señor Dios nuestro, a cuyo designio se sometió la Virgen Inmaculada aceptando, al anunciárselo el ángel, encarnar en su seno a tu Hijo: Tú que la has transformado, por obra del Espíritu Santo, en Templo de tu Divinidad, concédenos, siguiendo su ejemplo, la gracia de aceptar tus designios con humildad de corazón* (Colecta del 20 de diciembre).

VISITACION

María, recién embarazada, visita a Isabel que estaba ya de seis meses.

Al primer encuentro en el seno de su Madre, el Precursor da testimonio de Jesús.

A las alabanzas de Isabel responde María con el Magnificat, *atribuyendo a Dios lo que ha hecho en Ella.*

ACCION DE GRACIAS ORIGINAL

«Se levantó María y se fue con presteza a la región montañosa..., entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel» (Lc 1,39s).

El episodio sigue inmediatamente al relato de la Anunciación.

Tras la aceptación de María, el Verbo acaba de hacerse carne en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo, que la ha convertido en «Arca de la Alianza», receptáculo de la Presencia real de Dios entre nosotros (Ex 25,8).

¡Primera Comunión de la Virgen y Primera Comunión del mundo!

Es la primera vez que el Verbo de Dios hecho carne se alberga físicamente en las entrañas de una criatura humana. Si la Primera Comunión de cada uno de nosotros es recordada como la más blanca y limpia de toda nuestra vida, quiso Dios que la Primera Comunión del mundo se realizara en el seno de la «Toda Hermosa y Sin Mancilla».

Y a renglón seguido, el viaje rápido de María desde Nazaret a Ain Karem para visitar al matrimonio Zacarías-Isabel.

Y la acción de gracias... ¿cuándo?

Porque de niños nos enseñaron que era obligado dar gracias a Dios después de la Comunión.

Alguien le ha dicho a María —posiblemente el Espíritu Santo al descender sobre Ella— que la mejor acción de gracias a Dios es practicar un acto de servicio a los hermanos. El Hijo que lleva en su seno lo dirá a sus discípulos cuando sea mayor: «Lo que hiciereis a uno de mis pequeñuelos me lo hacéis a Mí» (Mt 25,40).

El arcángel San Gabriel al final de su parlamento, y como prueba de que Dios podía llevar a cabo la concepción virginal que acababa de anunciar a María, le había dicho: «He aquí que Isabel, tu pariente, ha concebido un niño en su vejez, y está ya de seis meses la que llamaban estéril; porque para Dios nada hay imposible» (Lc 1,36s).

María entonces había hecho gestos de no querer oírlo, porque no necesitaba su fe de argumentos comprobatorios. Pero ahora, una vez desaparecido el ángel, le vienen a la mente aquellas sus palabras. Y piensa en la pobre tía Isabel: tan mayor y sin servicio... en ese trance... ¿Qué tal si yo...?

Dicho y hecho.

La expresión del Evangelista no puede ser más elocuente: «con presteza», es decir, a toda prisa se puso en camino.

Casi 150 kilómetros de recorrido desde Nazaret en Galilea hasta el pueblecito de Ain Karem en Ju-

dea, a menos de media jornada al oeste de Jerusalén.

De nuevo, como en tiempos de Samuel, esta nueva Arca de la Alianza Nueva caminó como la antigua de pueblo en pueblo. A unos seis kilómetros de Ain Karem, en la bíblica Quirjat Yearim o Ciudad de los Bosques, donde estuvo el Arca de Yahveh desde que la devolvieron los filisteos hasta que David la transportó a Jerusalén, y que hoy se llama Abu Gosh, destaca una iglesia dedicada a la Virgen Santísima bajo la advocación de Arca de la Alianza. Allí fue donde murió trágicamente Uzza por atreverse a tocar el Arca que sólo podían tocar los sacerdotes (2 Sam 6,6-8).

«Aquel día David tuvo miedo de Yahveh y dijo:

—¿Cómo voy a llevar a mi casa el Arca de Yahveh?»

«Y no quiso llevar el Arca de Yahveh junto a sí... sino que la llevó a casa de Obededom de Gat. El Arca de Yahveh estuvo en casa de Obededom de Gat tres meses, y Yahveh bendijo a Obededom y a toda su casa» (2 Sam 6,9-11).

Me dan ganas de gritar a todos los ramajes de los árboles junto al camino que no arañen la frente de la Virgen para que no les pase lo que a Uzza.

Y comprendo el respeto que a Isabel infunde la nueva Arca como a David la antigua: «¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1,43).

Y se me antoja que la casa de Isabel, donde «María permaneció con ella unos tres meses», tuvo

más suerte que la de Obededom de Gat, donde el Arca de Yahveh estuvo también tres meses. Porque si «Yahveh bendijo a Obededom y a toda su casa», Jesús, desde el seno de María, en la Visitación hizo saltar de gozo al niño Juan en las entrañas de Isabel y llenó a ésta del Espíritu Santo (Lc 1,41).

Si el viaje de María a casa de Isabel recuerda los avatares del Arca de la Alianza en el Antiguo Testamento, su largo recorrido por los campos de Palestina hace pensar forzosamente en la Procesión del Corpus de la Liturgia cristiana.

Aquélla fue la primera.

Y muy distinta de la de ahora.

El Señor no iba en custodia de oro y plata con piedras preciosas. Pero iba en el seno de la Virgen Madre..., y no hay custodia de Arfe que se le pueda comparar.

No había lujosa carroza cuajada de flores. Tal vez hacía sus veces el borriquillo que figura en el mosaico de la iglesia de Ain Karem, sobre el que monta la Virgen y al que los ángeles llevan del ronzal.

No amenizaban el recorrido bandas de música. Los pajarillos, desde los árboles, con sus trinos, y las esquilas de las ovejas y cabras en los pastizales acompañaban el silencioso concierto de los ángeles.

No flanqueaban carroza y custodia la Adoración Nocturna y demás Asociaciones Eucarísticas, ni

rendían armas los soldados al borde del camino. Pero se inclinaban al paso de la Madre las espigas, estiraban su tallo para verla pasar las amapolas y la besaban la frente con sus ramas las higueras.

Tampoco el paso era el paso lento de procesión. La Virgen iba «de prisa», porque el amor la llevaba en volandas para ayudar a Isabel.

Ya hemos llegado.

A los piropos con que Isabel la recibe responde María con el canto del *Magnificat.*

Y luego... la prosa de la vida.

A eso venía la Virgen: a buscar agua en la fuente del pueblo con su cántaro a la cabeza, a lavar la ropa atrasada, a pespuntar primorosamente la ropita del niño —Isabel ya no acertaba enhebrar la aguja—, a preparar a la embarazada un caldito a media mañana, a moler el trigo y a amasar el pan de cada semana, a aderezar las viandas para los tres...

Y cuando nace el niño... todo lo demás: preparar el biberón para el pequeño, cambiarle los pañales, cantarle nanas para dormirle, decirle cosas...

Y la acción de gracias... ¿cuándo?

Pues... ¡ahora mismo!

Es una acción de gracias original.

Ella lo tiene muy claro: La mejor acción de gracias a Dios por sus beneficios es volcarse en prestar algún servicio a los demás.

¿Cuándo lo voy a ver igualmente claro yo?

Oh Dios, Salvador de los hombres que, por medio de la Inmaculada Virgen María, Arca de la Nueva Alianza, llevaste la salvación y el gozo a la casa de Isabel: concédenos ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu para poder llevar a Cristo a los hermanos y proclamar tus grandezas con nuestras alabanzas y la santidad de nuestras costumbres (Colecta de la Misa de la Virgen, n. 3).

SEMBRADORA DE GOZO Y DE ESPIRITU SANTO

«Y sucedió que tan pronto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en sus entrañas, y se llenó Isabel del Espíritu Santo» (Lc 1,41).

El saludo de María a Isabel fue sin duda el clásico saludo ritual hebreo («La paz contigo») y el beso en la frente.

Bíblicamente, la paz es mucho más que la ausencia de guerra o de enfrentamientos: es el conjunto de bienes que pueden hacer feliz al que recibe el saludo. En contexto mesiánico, como el de ahora, dar la paz es desear u ofrecer al oyente los bienes que el Mesías aporta a la Humanidad, y el primero de todos, su presencia, que había de realizar el anuncio profético: se llamará Dios con nosotros. Por ello el saludo litúrgico cristiano ha terminado por ser: «El Señor esté con vosotros.»

La primera en saludar así —aunque empleara la fórmula hebrea ritual— fue María cuando llegó a la casa de sus parientes en Ain Karem.

El Señor iba dentro de Ella.

Y con Ella entró en casa de Zacarías.

No le dijo a Isabel: El Señor está contigo. Pero la madre del Precursor entendió que el Señor había entrado en su casa cuando en ella puso el pie y en sus hombros los brazos y en su frente los labios la «Madre de su Señor» (Lc 1,43).

Por eso salta de gozo el futuro Juan Bautista en las entrañas de Isabel.

Y por eso —porque el motivo de ese gozo es la Madre que trae a Dios en su seno— las Letanías de la Virgen la llaman «causa de nuestra alegría».

No trae la Virgen bandas de música ni orquestas sinfónicas para alegrar el baile alocado de los que buscan la felicidad en el disfrute de las cosas que se acaban. Pero trae al Sumo Bien, que es el Unico cuya posesión puede hacer eternamente felices a los hombres.

La alegría es un sentimiento grato y vivo producido por un acontecimiento fausto o placentero; es la complacencia en la posesión, recuerdo o esperanza de bienes o cosas apetecibles.

Para los que creemos que Jesús es «Dios con nosotros», María es la «causa de nuestra alegría», porque nos trajo el acontecimiento que hizo real esa presencia nunca soñada por el hombre.

Lo que los hombres consideran acontecimientos faustos o placenteros pasan y duran poco. Sólo Dios permanece para siempre y su posesión, que Cristo nos garantiza, jamás tendrá fin.

El salto de gozo del Bautista en el seno de su madre, cuando ésta oyó el saludo de María, nos hace recordar lo que el Precursor dirá más tarde, cuando rechace la opinión popular de que él era el Mesías, y lo haga apelando a la imagen del Novio (el verdadero Mesías) y el Amigo del Novio (título que Juan se da a sí mismo): «El que tiene la novia es el Novio, pero el Amigo del Novio, el que asiste y le oye, *se alegra mucho con la voz del Novio*» (Juan 3,29).

En la Visitación, Juan comienza a ser testigo de la Luz verdadera que es Cristo, porque lo ve a través del cristal limpio y transparente de María. Así lo cantó Lope de Vega:

Juan resplandece este día
en el vientre de Isabel;
que Cristo es sol, y da en él
por el cristal de María.

Luego que las dos se han visto
y abrazos tiernos se dan,
resplandece Cristo en Juan
y Juan reverbera en Cristo;

suma gloria y alegría
siente en su pecho Isabel:
que Cristo es Sol, y da en él
por el cristal de María.

¡Qué bien se ve a Jesús a través de María!

Otro efecto del saludo de María fue que Isabel se sintiera llena del Espíritu Santo.

La acción salvadora de Cristo había de ser continuada en la Iglesia por el Espíritu Santo que Jesús Resucitado derramaría sobre ella en Pentecostés. Pero el Espíritu, que anticipadamente se eligió a María por Esposa y la fecundó milagrosamente en la Encarnación, se valió ya de su presencia en Ain Karem para actuar en Zacarías (Lc 1,67) y en Isabel (Lc 1,41). Jesús, presente en las purísimas entrañas de la Virgen, convirtió su saludo a Isabel en lengua de fuego portadora de la acción del Espíritu sobre ésta.

Me gusta saber que al conjuro de la voz de María los hombres saltan de gozo y las almas se llenan del Espíritu Santo.

Y desearía ser como Ella.

El mundo en que vivimos, tan locamente hedonista y bullanguero, desconoce la verdadera alegría.

El Espíritu Santo es para él un Desconocido Ausente.

Me gustaría ser para los hombres que me rodean sembrador de alegría y de Espíritu Santo, como lo fue mi Madre en la Visitación a Isabel.

Pero lo hago mal.

Cuando pretendo llenarlos de Dios me salen parlamentos lúgubres, y los que me oyen se ponen tristes o se me quejan de que los aburro. Si, por el contrario, trato de alegrarlos, me disipo y los disipo, porque lo hago a su estilo, demasiado mundano.

Enséñame, Madre, a hacer ambas cosas a la vez y bien.

Quiero —y te pido me consigas— parecerme a Ti.

Por eso te invoco fervorosamente con la jaculatoria que gustaba repetir la Sierva de Dios Teresita González Quevedo:

¡Que quien me mire te vea!

¡Que quien me oiga se sienta lleno del Espíritu Santo!

> *Que tu Iglesia Te glorifique, Señor, por todas las maravillas que has hecho con tus hijos, y así como Juan Bautista exultó de alegría al presentir a Cristo en el seno de la Virgen, haz que tu Iglesia le perciba siempre vivo en este Sacramento* (Poscomunión del 31 de mayo, Visitación de la Virgen María).

BENDITA TU ENTRE LAS MUJERES

«Isabel quedó llena del Espíritu Santo, y exclamando con gran voz dijo: Bendita Tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1,41s).

Isabel sabe que, por gracia de Dios, es una mujer privilegiada: «Ha concebido en su vejez y está de seis meses la que llamaban estéril» (Lc 1,36). Sabe por Zacarías el destino que, según el mensaje del ángel, va a tener su hijo (Lc 1,14-17). Por eso lleva «escondida cinco meses diciendo: esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio ante los hombres» (Lc 1,24s). Cuando nazca Juan, comentará el Evangelista: «Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia y se congratulaban con ella» (Lc 1,66).

Isabel tiene conciencia de que Dios ha hecho con ella el milagro de hacerla fecunda a pesar de su vejez y esterilidad, como lo había hecho con Sara, la madre del patriarca Isaac, con la madre del juez

Sansón y con Ana, la esposa estéril de Elqana a la que el Señor concedió dar a luz al profeta Samuel.

Con todo, llama a María bendita entre las mujeres, empleando una forma de superlativo hebreo: la más bendita entre todas las mujeres, la bendita en sumo grado, a la que nadie va a igualar jamás. Isabel sabe que el milagro de Dios en María —la concepción virginal sin obra de varón— ni ha ocurrido nunca antes de ahora ni va a volver a ocurrir. Y es que María no va a ser madre de ningún patriarca, ni juez, ni profeta, sino del mismo Dios. Por eso ha comenzado diciéndole: «¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?» (Lc 1,43).

Esta alabanza de Isabel a María —«bendita Tú entre las mujeres»— ocurre otras dos veces en el Antiguo Testamento:

En el Canto de Débora, que recoge el Libro de los Jueces, se alaba el gesto de Yael, la mujer de Yéber el quenita, porque atravesó con un clavo las sienes del general cananeo Sísara, adversario de Israel:

> «¡Bendita entre las mujeres Yael,
> la mujer de Yéber el quenita!
> Entre las mujeres que habitan en tienda
> ¡bendita sea!» (Jueces 5,24).

Y en el libro de Judit se celebra la hazaña de la protagonista, que cortó la cabeza de Holofernes:

«¡Bendita seas, hija de Dios Altísimo,
más que todas las mujeres de la tierra!
¡Y bendito sea Dios, el Señor,
Creador del cielo y de la tierra,
que te ha guiado para cortar la cabeza
del jefe de nuestros enemigos!» (Judit 13,18).

A María no le van alabanzas por motivos guerreros. Ella no atrevesó las sienes de ningún general, ni cortó la cabeza de ningún enemigo de su pueblo.

Contribuyó, eso sí —pero en otro orden de cosas muy distinto—, a machacar la cabeza de la Serpiente Infernal, epopeya que ensombrece todas las gestas guerreras de la Historia.

El timbre de grandeza de María no es ser «la mujer de Yéber el quenita» como Yael, ni la «hija de Dios Altísimo» como llama a Judit Ozías en su canto. María es «la Madre del Señor», como la llama Isabel (Lc 1,43), Madre del Hijo de Dios Altísimo, como repite por dos veces el ángel en la Anunciación (Lc 1,32-35).

Por eso es María «bendita entre todas las mujeres». Por «el fruto bendito de su viente»: porque Dios la eligió para Madre de su Hijo.

Sin conocerla, adivinó esta grandeza de María con delicioso instinto femenino aquella mujer de la turba, que repitió equivalentemente el piropo de Isabel, diciendo a Jesús: «¡Dichoso el vientre que Te llevó y los pechos que Te alimentaron!» (Lc 11,27).

La grandeza de María es inigualable, porque la maternidad divina, de la cual es consecuencia, es

un hecho irrepetible. María es la más bendita entre todas las mujeres, porque ninguna antes que Ella ni después tuvo ni va a tener a Dios por Hijo.

Cuando oigo decir a nuestros hermanos separados que los católicos exageramos en nuestra devoción a la Virgen, me pregunto si, por mucho que estimemos su grandeza, llegaremos nunca a calibrar *como es debido* su trascendental categoría de Madre de Dios.

El miedo que yo tengo es a quedarme corto.

Ningún católico piensa que María sea Dios.

Pero debajo de Dios nadie tan íntimamente relacionada con El como la afortunada mujer que Dios mismo se eligió para ser su Madre.

Nuestra oración habitual a la Virgen es el Ave María, cuya primera parte es un bellísimo tejido de alabanzas que no han compuesto los católicos «exageradamente» devotos de María. El Espíritu Santo las inspiró tal como suenan cuando el Evangelista de la Infancia las puso en boca del arcángel San Gabriel y de Santa Isabel.

El que cree en la inspiración divina de la Sagrada Escritura sabe que «todo lo que los autores inspirados afirman debe tenerse como afirmado por el Espíritu Santo» *(Dei Verbum,* n. 11).

En nuestro caso más aún, puesto que expresamente se dice que Isabel habló «llena del Espíritu Santo».

No es Isabel, es Dios mismo quien llama a María la bendita entre todas las mujeres.

A mí me gusta llamarla como la llama Dios. Y mientras la llame como la llama Dios no tengo miedo a pasarme, digan lo que digan los hermanos separados.

Déjame, Madre, repetirte —y no te canses de oírme:

> «Bendita Tú entre todas las mujeres
> y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.»

Así todos los días «... y en la hora de mi muerte. Amén».

> *Por la palabra profética de Isabel, movida por el Espíritu Santo, nos manifestaste la grandeza de la Virgen Santa María. Ella, por su fe en la salvación prometida, es llamada bienaventurada, y por su actitud de servicio es reconocida como Madre del Señor por la madre del que le iba a preceder* (Prefacio de la Misa de la Virgen, n. 3).

LA BIENAVENTURANZA DE LA FE DE MARIA

«Dichosa la que ha creído que se le cumplirán las cosas que le han sido dichas de parte del Señor» (palabras de Isabel a María en la Visitación: Lc 1,45).

Al nuevo nombre («Agraciadísima») con que Gabriel afirmaba la elección de María para Madre del Redentor y la abundancia de gracias con que Dios la había de capacitar para ello, responde en labios de Isabel el apelativo de «Creyente», que sintetiza la respuesta de la Virgen a la elección divina.

«La plenitud de gracia anunciada por el ángel —dice Juan Pablo II en su Encíclica mariana *Redemptoris Mater,* n. 12— significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel en la Visitación, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a ese don.»

Literariamente, el dicho de Isabel es un *macarismo* (Bienaventuranza), como tantos otros en el Antiguo y Nuevo Testamento, que en hebreo se in-

troducen con la consabida fórmula: «Felicidades o bienandanzas a los que...» (en castellano: «Bienaventurados los que...»).

Por lo general los macarismos —como los refranes—, aun cuando se formulen en singular, son afirmaciones de valor plural generalizado. «Bienaventurado el hombre que...» equivale a «Bienaventurado todo el que...».

Sólo en contadas ocasiones, que es fácil determinar por el contexto, el macarismo puede ser singular y concreto. Así ocurre con el famoso piropo de la mujer de la turba a Jesús: «Bienaventurado el vientre que Te llevó y los pechos que Te alimentaron» (Lc 11,27), que con absoluta certeza se refiere personal y exclusivamente a la Madre del Mesías.

Igualmente, a María en solitario se refiere con la misma certeza el macarismo de Isabel. Al decir: «Bienaventurada la que ha creído que se le cumplirán las cosas que le han sido dichas de parte del Señor», la madre del Bautista está pensando evidentemente en María. Es la Bienaventuranza de la fe concreta de la Virgen.

En labios de Isabel tiene cierto deje de tristeza y de santa envidia. Dichosa —viene a decir— la Virgen que ha creído y no el pobre Zacarías que se había quedado mudo, «porque —según le dijo el ángel— no has dado crédito a mis palabras que se cumplirán a su tiempo» (Lc 1,20). Las cosas dichas a Zacarías ya se estaban cumpliendo, como a su tiempo se cumplirá lo anunciado a María por

Gabriel. Lo bueno de la actitud de María es que ha creído antes de que lo anunciado se le cumpla.

La frase de Isabel es un anticipo de la Bienaventuranza de la fe que en forma general expresará Jesús tras la confesión de Tomás después de su Resurrección: «Porque has visto has creído. ¡Bienaventurados los que sin ver creerán!» (Jn 20,29).

La expresión de Jesús se refiere a *todos los que creen;* la de Isabel *se concreta en la mujer que tiene delante,* y a la que llama bienaventurada porque ha creído. Aunque formulada en tercera persona («bienaventurada la que ha creído»), debería traducirse en segunda: «Bienaventurada Tú, la Creyente.»

«La que ha creído» es, en boca de Isabel, un epíteto —en griego, un participio aoristo—. Lo que hace bienaventurado a alguien suele ser un modo de actuar habitual y permanente que llega a convertirse en una cualidad característica del que así se comporta.

El haber creído es presentado como una cualidad que distingue a María y define su personalidad. Un caso gramaticalmente idéntico recurre a propósito de la hermana de Lázaro, a la que Juan llama *Ungidora* (Jn 11,2), porque como tal era conocida en la primitiva comunidad cristiana (Mt 26,13; Mc 14,9). Isabel llama así a María *La Creyente,* porque así era considerada en los círculos donde nació el Evangelio lucano de la Infancia. Nos consta que se había hecho proverbial con-

traponer a la infidelidad de Eva la fe de María. Así lo expresaba San Ireneo cuando escribía: «Lo que ató la virgen Eva por su *incredulidad,* la Virgen María lo desató *por la fe» (Adversus Haereses,* III,22,4).

Como «Agraciadísima» en el saludo del ángel, «La Creyente» es también, en labios de Isabel, un *nuevo nombre* de la Virgen.

Si el primero cuantifica lo que Dios hizo por Ella, el segundo cualifica su respuesta a los dones de Dios, como al principio nos recordaba Juan Pablo II. Con ese doble nombre la Virgen refleja la economía divina que rige la aplicación a cada uno de la salvación para todos obtenida por la Redención de Cristo: oferta generosa de Dios y aceptación agradecida, mediante la fe por nuestra parte, de las promesas gratuitas del Señor.

El macarismo de Isabel afirma personalmente de María la práctica de la fe como actitud fundamental cristiana: ¡Bienaventurada María que practica la fe! La forma aparentemente impersonal de la bienaventuranza («Dichosa la que ha creído») tal vez intenta que los lectores percibamos la universalidad del macarismo, alcanzable por cualquiera que viva de la fe, sin necesidad de ser, como María, la Madre del Salvador.

Quiero, Señora, parecerme a Ti, que has pasado a la Historia como *La Creyente por excelencia.*

Más que el Patriarca Abraham, Tú eres *la Madre de todos los creyentes.*

En los planes de Dios entraba que Tú fueras nuestro modelo en la fe.

Lo eres en todas las virtudes, como reflejo en pura criatura humana de los comportamientos en los que fue Modelo Unico el Dios Hombre, Cristo Jesús. Pero hubiste de serlo especialmente en la fe, porque tu Hijo —paradigma perfecto de todo cristiano— no pudo practicarla. En Jesús, Persona Divina, no tiene cabida la fe.

Por eso Tú, Madre, eres el modelo por excelencia de creyente.

Me consuela y anima saber que Tú serviste a Dios envuelta en las oscuridades de la fe. Porque los caminos de Dios son inexcrutables y más de una vez te resultaban oscuros sus insondables designios.

Quiero seguir y copiar tu itinerario de fe a lo largo de toda la vida.

Quiero ser uno más de los muchos que, a tu ejemplo, han creído y creen en Dios.

Quiero fiarme siempre de El, aunque en ocasiones —como te pasaba a Ti— no le entienda y su actuación me resulte desconcertante.

Trataré de hacer mía, con la gracia de Dios que Tú me ayudarás a conseguir, la bienaventuranza de la fe.

> *Dios Todopoderoso y Eterno, que hiciste brillar sobre nosotros la luz de la fe: haz que las súplicas que Te dirigimos nos consigan, por intercesión de la Madre del Redentor, permanecer firmes en la fe y generosos en el amor* (Oración sobre las Ofrendas de la Misa de la Virgen, n. 35).

EL *MAGNIFICAT*

«Proclama mi alma la grandeza del Señor» (Lc 1,46).

El *Magnificat* es la respuesta de María a las alabanzas de Isabel en la Visitación.

La buena anciana a punto de ser madre, agradecida por la visita de la Virgen que tan útil le iba a ser en el trance que esperaba, se deshace en alabanzas de su joven pariente.

Habla y no acaba: ¡Bendita entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a verme? Tu saludo ha hecho dar saltos de gozo al niño que llevo en mis entrañas. ¡Dichosa Tú, la Creyente!

La piedad al uso, tantas veces ñoña entre nosotros, habría hecho que la Virgen rechazara esos elogios de Isabel con aspavientos de negación y afirmaciones retóricas de indignidad: no exageres, Isabel... No es para tanto... Yo no soy nada... ¡Falsa humildad, que Santa Teresa llamaría humildad de garabato!

La humildad de María es auténtica.

Y —como decía también la Santa de Avila— la humildad es la verdad.

Lo que decía Isabel era cierto. El Poderoso había hecho en María cosas grandes. Era de justicia reconocerlo. Y lo contrario sería ingratitud.

María sabe que reconocerse deudora —¡muy deudora!— es una forma de auténtica humildad.

Lo otro —cualquier hipócrita y artificioso ocultamiento de los dones recibidos— sería un imperdonable egoísmo que intentaría eludir la responsabilidad de devolver duplicados los talentos.

María se dispone a cantar que «el Poderoso ha hecho obras grandes en Ella» y que «desde ahora la van a llamar bienaventurada todas las generaciones». ¡Eso sí! No por algo que haya hecho Ella, sino porque «el Señor ha fijado sus ojos en la pequeñez de su esclava».

Humildad no es negar lo que Dios ha puesto en nosotros, sino reconocer que es Dios quien lo ha puesto. Y así, cuanto más reconocemos tener, mayor es la deuda para con El que pesa sobre nosotros, y mayor la obligación de agradecérselo.

Eso es lo que hace María al pronunciar el *Magnificat.*

El salmista había dicho: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre la gloria» (Salmo 115,1). Y lo mismo dice María a Isabel: Tus alabanzas a Dios, no a mí. «Mi alma proclama la grandeza del Señor.»

Es el gesto magnánimo del Director de orquesta que, al recibir los calurosos aplausos del patio de

butacas tras la afortunada interpretación de una pieza sinfónica, con un ademán sencillo los dirige a los músicos que ha puesto en pie: ellos han sido, no yo.

María no responde a Isabel. No niega que sus alabanzas tengan fundamento. Las recoge y las dirige a Dios: ha sido El, no yo.

Con el canto del *Magnificat* la Virgen cumplió —y nos enseñó a cumplir— el quehacer que Dios asignó a las criaturas racionales, destinadas a ejercer como sacerdotes de la Creación.

La Creación entera es un continuo aplauso.

Obligación nuestra es recoger el testimonio elocuente de la grandeza de Dios que resplandece en las cosas creadas, y que sólo nosotros, los seres inteligentes y libres, percibimos. Para que no se pierda en el vacío, es cometido honroso de los hombres ofrecer en la patena de nuestra lengua, hecho armoniosa canción de alabanza, el concierto sonoro, pero inarticulado, del Universo.

Este es el canto de María: comienza agradeciendo lo que Dios ha hecho por Ella; continúa celebrando el proceder habitual del Señor, que, como en su caso, gusta de levantar del polvo a los desvalidos y colma de bienes a los que se sienten necesitados de todo; para terminar reconociendo que es fiel a su Palabra, por lo cual el hombre hará bien en fiarse de sus promesas, que sin duda está dispuesto a cumplir, como cumplió con la venida del Mesías la que había hecho a Abraham.

Así tiene que ser también el nuestro.

Tenemos que agradecer lo que cada uno ha recibido de Dios, celebrar lo que la generosa liberalidad del Señor ha hecho por todas sus criaturas y descansar confiadamente en sus promesas de salvación, parcialmente ya cumplidas como garantía de que se cumplirán las que todavía esperamos.

La profunda religiosidad de María se mueve entre la proclamación de la grandeza del Señor y el canto alborozado a su abajamiento hasta la poquedad de las criaturas.

De una parte, la excelsitud del Señor lo sitúa a distancia infinita de nosotros.

Pero, de otra, su acercamiento hasta preocuparse por nuestras cosas nos obliga a hacer de nuestra existencia un continuo canto de agradecimiento, y nos inunda de verdadero gozo.

Las manos de María nunca cesaron de aplaudir.

Aplaudieron cuando se sintió privilegiada con la elección para Madre del Mesías esperado. Pero siguió aplaudiendo siempre, aun cuando Dios le pedía sufrimientos que le podía haber evitado, o cuando los inescrutables designios del Señor le resultaban desconcertantes.

Siempre cantó el *Magnificat.*

Yo quiero también, Señor, que mis manos aplaudan siempre las palabras de tus labios, aunque no las entienda. Y que mis labios besen tus manos siempre, aunque me azoten.

Quiero —como mi Madre— cantarte siempre el *Magnificat.*

> *Dios Todopoderoso, que inspiraste a la Virgen María, cuando llevaba en su seno a tu Hijo, el deseo de visitar a su prima Isabel: concédenos, Te rogamos, que, dóciles al soplo del Espíritu, podamos, con María, cantar tus maravillas durante toda nuestra vida* (Colecta de la Misa de la Virgen, n. 3).

ME LLAMARAN BIENAVENTURADA

«Por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc 1,48).

El motivo para llamar a María bienaventurada es su Maternidad divina, que arranca de la Encarnación anunciada por Gabriel a la Virgen ya hace unos días o, mejor, del eterno decreto divino que la predestinó para ello. Pero ese motivo hasta el momento era desconocido para el hombre. Ahora mismo acaba de descubrir María que Isabel está en el secreto, y ha sido por ello la primera en llamarla bienaventurada.

La Virgen asegura que *desde ahora* ese maravilloso concierto de voces humanas llamándola bienaventurada no se acallará jamás.

María acaba de reconocer que en Ella no ha habido merecimientos para tan grande honor. Pero Dios, que se ha dignado «fijar sus ojos en la poquedad de su esclava», ha hecho de Ella tales maravillas que no sólo Isabel —como acaba de hacer-

lo—, sino los hombres de todos los tiempos que se enteren la llamarán bienaventurada.

Abundan en el Antiguo Testamento expresiones parecidas a esta proclamación de bienaventurada con que María se adivina y anuncia honrada por todas las generaciones venideras.

En *Génesis* 30,13 exclama Lía, cuando la esclava Zilpa le da a luz a Aser: «Me llamarán bienaventurada las mujeres» (en hebreo, las hijas). En el *Salmo* 72,17 son «todas las gentes» las que «llamarán bienaventurado» al Mesías. En el *Cantar de los Cantares* 6,9 se dice: «llamarán bienaventurada (a la Esposa) las doncellas». Y en *Malaquías* 3,12 será el pueblo de Israel quien recibirá esa felicitación de todas las gentes: «Todas las naciones os llamarán bienaventurados.»

La expresión en labios de la Virgen hace referencia, como en el caso de Lía, al futuro nacimiento de su Hijo y, por el contexto, participa de la dimensión mesiánica que tiene el Salmo 72 y en el pasaje de Malaquías. Y es que justamente la Virgen será llamada bienaventurada por ser la Madre del Mesías.

La obertura de esta inacabable sinfonía que la Madre de Jesús anuncia compuesta en su honor, se contiene en la partitura de los Evangelios. De ellos arranca la cadena ininterrumpida de alabanzas a María.

Comienza Isabel, cuando la recibe en su casa, llamándola «la Madre de mi Señor» y «bienaven-

turada por haber creído que se cumpliría lo que le había sido anunciado de parte del Señor» (Lc 1,41-43).

Sigue la buena mujer de la turba cuando, dirigiéndose a Jesús, alzó la voz y dijo: «Bienaventurado el vientre que Te llevó y los pechos que Te alimentaron» (Lc 11,27).

Y corrobora Jesús cuando le contesta, refiriéndose a su Madre y subrayando su virtud y sus méritos: «Bienaventurado más bien el que oye la Palabra de Dios y la cumple» (Lc 11,28). Como Ella, que fue diciendo en todas las circunstancias de su vida: «Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra.»

Cada vez que Jesús proclamaba una Bienaventuranza —y lo hizo muchas veces en su vida pública— interiormente la veía ilustrada con imágenes de la vida de María.

¡Bienaventurados los pobres! Y la veía comprando retales al chamarilero del zoco, o remendando con primor la ropa usada.

¡Bienaventurados los mansos! Y la imaginaba sin protestar cuando el alguacil voceó la orden de empadronamiento con la perspectiva de un largo y penoso viaje pocos días antes de dar a luz, o de pie junto a la Cruz sin condenar a los asesinos.

¡Bienaventurados los que lloran! Y al decirlo se miró en las pupilas de su Madre, arrasadas en lágrimas, cuando lo encontró en el Templo, después de buscarle desconsoladamente tres días.

¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed! Y la contemplaba atravesando bajo el sol los arenales del desierto, camino de Egipto.

¡Bienaventurados los limpios de corazón! Y no pudo por menos de pensar en la Purísima sin mancilla.

¡Bienaventurados los misericordiosos! Y la recordó intercediendo para que no faltara el vino a los esposos de Caná.

Cuando Jesús decía: *«Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros estáis viendo»,* ¿cómo no iba a pensar en la criatura privilegiada que lo vio nacer, que veló sus sueños tantas veces, que lo contempló extasiada correteando junto a sí, que se miró en sus pupilas tantas veces...?

Y cuando llamó *«Bienaventurado al que no se escandalizara de El»* (Mt 11,6) tenía presente sin duda el «itinerario de la fe» de María, que se mantuvo siempre fiel en medio de los vaivenes y aparentes contradicciones de la Palabra de Dios sobre Ella. Por ejemplo, al oír que su Hijo «reinará sobre la casa de Jacob por los siglos» (Lc 1,33) y comprobar después, junto a la Cruz, «lo que, humanamente hablando, podía considerarse como un completo desmentido de aquellas palabras» (Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater,* n. 18).

Y ¿puede caber la menor duda de que al decir a Tomás después de Resucitado: «Bienaventurados los que sin ver creerán», Jesús era como el eco de la primera Bienaventuranza de María en boca de Isabel: «Bienaventurada Tú, porque has creído»?

Cuando las generaciones de veinte siglos han seguido llamando a María: ¡bienaventurada! lo han hecho repitiendo fervorosamente las alabanzas que se le tributan en el Evangelio. Pero cada una ha querido colocar su propia rosa fresca en el florero que exhala su fragancia ante la Madre del Redentor.

Cada época ha procurado emplear la Letanía de advocaciones laudatorias almacenadas por las anteriores, y cada generación ha tratado de añadir títulos nuevos.

Yo me quiero sumar a este armonioso concierto.

No tengo en otras cosas afanes de originalidad ni pretendo ser el primero en nada.

Pero me gustaría destacar en esto.

No sé cómo lo tengo que hacer.

Quede constancia, al menos, de que deseo contribuir a que mi generación realice cumplidamente la profecía de mi Madre: «Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.»

> *«¡Bienaventurado el vientre que Te llevó y los pechos que Te alimentaron!»*
>
> *«Más bienaventurado el que oye la Palabra de Dios y la cumple»* (Alabanza de una mujer de la turba y respuesta de Jesús según Lc 11,27s).

EL SEÑOR HIZO EN MI MARAVILLAS

«El Poderoso ha hecho obras grandes por mí» (Lc 1,49).

Es emocionante oír de labios de la humilde esclavita del Señor este reconocimiento agradecido de las maravillas que Dios ha obrado en Ella.

No las calla pudorosamente, porque silenciarlas sería falsa humildad. Las proclama abiertamente, porque con ello no se envanece, sino que se reconoce infinitamente deudora al Dador de todo bien.

Tiene motivos María para pensar y proclamar que Dios ha hecho cosas grandes en Ella:

— Por singular privilegio fue preservada, ya en el momento de su concepción, de contraer el pecado original con el que todos nacemos heredado de nuestros primeros padres. Si es don de Dios extraordinario el ser liberado de esa culpa por el Sacramento del Bautismo, lo es mucho mayor el ser preservada de contraerla.

— Otro regalo de Dios a María, también singular, fue la ausencia total de concupiscencia o inclinación nativa al mal, anterior al ejercicio libre de la voluntad. Quizá la Virgen Niña desconocía a ciencia cierta el alcance de este hermoso privilegio, pero algo tuvo que barruntar cuando, al llegar los niños y las niñas de su misma edad al uso de la razón, comenzó a observar en ellos tendencias desordenadas en la línea de los siete pecados capitales, que Ella extrañamente no sentía.

— Ahora, ya mayorcita, Dios la ha elegido para Madre del Mesías esperado, como hace poco le anunció Gabriel (Lc 1,31-33). Va a ser «la Madre del Señor», como acaba de llamarla Isabel (Lc 1,43). ¡Cuántas ilustres matronas, de ascendencia y sangre davídica, soñaron con ser las elegidas! Y Dios «... ha fijado sus ojos en la poquedad de su esclava» (Lc 1,48). Ella —que se tiene por tan poca cosa— ha sido la elegida entre millares para ocupar un puesto tan eminente en la Historia de la Salvación.

— Sin duda desconoce todavía muchas cosas que Dios piensa hacer con Ella. Sólo a partir de la profecía de Simeón (Lc 2,34s) descubriría su papel de Corredentora junto a la Cruz de su Hijo, como Segunda Eva unida al Segundo Adán. Y todavía quizá no sabe que va a ser Asunta en cuerpo y alma a los cielos, participando así anticipadamente en la victoria de su Hijo sobre la muerte.

Pero sabe lo bastante como para sentirse obligada a cantar: «El Poderoso ha hecho obras grandes por mí.»

Con razón María atribuye las maravillas en Ella obradas al Poderoso. Sabe que la Encarnación ha sido obra de «el Poder del Altísimo», que la ha cubierto con su sombra (Lc 1,35), y le ha oído decir al ángel que «para Dios nada hay imposible» (Lc 1,37). Ella sabe ya por experiencia lo que más tarde dirá su Hijo: «Lo imposible para los hombres es posible para Dios» (Lc 18,27).

Lo que Dios ha obrado en Ella es maravilloso *en sí,* pero lo es asimismo *por el modo* con que ha sido realizado. María ha concebido al Hijo del Altísimo por obra del Espíritu Santo, sin obra de varón. En el trasfondo del canto de la Virgen («El Poderoso ha hecho obras grandes en mí») resuena la afirmación del salmista cuando cantaba a propósito de la Creación de la nada al principio: «Dios ha hecho cosas grandes... El solo» (Salmo 136,4).

María se siente agradecida por la elección divina, pero tiene conciencia de que lo obrado por Dios en Ella redunda en beneficio del Pueblo de Dios: el Hijo que va a dar a luz traerá la salvación al mundo entero.

«Por mí» puede significar en favor mío o a través de mí. Y las dos cosas son verdad en el caso de la Virgen: Dios ha hecho maravillas *en favor de*

María y ha hecho cosas grandes en favor de toda la Humanidad *a través de* María.

Y así sucede siempre en el plan de Dios.

Lo que cada uno recibimos en el orden de la gracia nos aprovecha a nosotros y redunda en beneficio de todos los miembros del Cuerpo Místico que formamos los bautizados.

Importa mucho que no nos sintamos «pozos», sino «canales».

Necesitaba hacerme estas reflexiones para situarme en el corazón de la Virgen cuando rece o cuando cante el *Magnificat.*

Pero pienso que lo que Ella dijo puedo y debo decirlo personalmente yo, desde mi situación privilegiada de cristiano, hijo de Dios y miembro de la Iglesia.

También «por mí el Poderoso ha hecho cosas grandes».

Las ha hecho *en favor mío* y quiere que *a través de mí* redunden en favor de los hermanos.

Me ha limpiado del pecado por el Bautismo, primero, y por la Penitencia, después.

Me ha garantizado la resurrección final y la eternidad junto a El en el cielo...

María estaba segura de que lo más grande que Dios había hecho por Ella era albergarse hecho hombre en sus entrañas.

Así, por vía de Maternidad, eso fue privilegio exclusivo de Ella.

Pero en la Comunión, por vía sacramental, yo Le tengo tan realmente como Ella dentro de mí.

Acompáñame, Madre, a cantarle, como Tú, mi agradecimiento.

Y haz que —también como Tú— yo sea generoso para llevarlo a los demás.

> *Oh Señor, que en tu misericordia y tu justicia dispersas a los soberbios y enalteces a los humildes: a la Virgen que quiso llamarse tu esclava y soportó pacientemente la ignominia de la Cruz de tu Hijo la exaltaste sobre los coros de los ángeles para que reine gloriosamente con El, intercediendo por todos los hombres como abogada de la gracia y Reina del Universo* (Prefacio de la Misa de la Virgen, n. 29).

TESTIGO DE LA LUZ

«Este vino... para dar testimonio de la luz» (Jn 1,7).

Testigo de la luz llama a Juan Bautista su discípulo Juan Evangelista en el Prólogo de su Evangelio.

«No era él la Luz» (Jn 1,7). A lo más fue «una lámpara que arde y alumbra» (Jn. 5,35), como bellamente lo llamó Jesús. Lo suyo fue «dar testimonio» de que Jesús era la luz verdadera, la luz que brilla en las tinieblas, sin que las tinieblas se enteren.

El Evangelista presenta la figura del Precursor bajo la imagen de una institución sociológica y culturalmente famosa en el judaísmo palestinense del tiempo de Jesús: *El testigo de la luna.*

Los judíos, en tiempos del Nuevo Testamento, no tenían calendario fijo, sino pendiente de observación astronómica en cada caso. Los meses eran lunares, es decir, se regían por los ciclos de la luna.

Cada mes comenzaba con la aparición de la luna nueva, que, como es sabido, tiene lugar cada 29

días, 12 horas y 47 minutos. Los meses, por tanto, tenían que ser de 29 ó 30 días. Todo dependía de que en la noche del 29 fuera visible o no en Jerusalén la nueva luna. Si así ocurría, a la mañana siguiente se celebraba en Jerusalén el comienzo del mes haciendo sonar la trompeta del novilunio, que se oía en todos los rincones de la ciudad. A las provincias se hacía llegar la noticia en la misma noche del 29 por medio de fogatas escalonadas en los montes. Con ello, al día siguiente comenzaba en todo el territorio el nuevo mes.

Si en Jerusalén no era visible la luna nueva en la noche del 29, en las provincias lo sabían por la ausencia de fogatas. Teóricamente, pues, el siguiente día se consideraba 30 del mes en curso, a la espera de lo que pudiera suceder por la noche. Si no se recibían señales luminosas se daba por cierto que el mes había tenido 30 días.

Pero si a la noche del que se creía día 30 había fogatas, ese día ya no era 30, sino primero del mes siguiente.

Es que había ocurrido la tercera hipótesis. La nueva luna no había sido visible en Jerusalén, pero alguien la había visto en las cercanías y había cumplido con la gravísima obligación que le exigía viajar a la Ciudad Santa, aunque fuera sábado, y certificar allí solemnemente bajo juramento —empleando el nombre de Yahveh, que fuera de esta ocasión no era lícito pronunciar— haber visto la luna nueva. La transmisión de señales luminosas esa noche advertía a las provincias del error y ha-

cía que el día siguiente fuera 2 del nuevo mes.

Se comprende la importancia del «testigo de la luna».

Sobre la importancia de esa figura proyecta el Evangelista San Juan la trascendencia del oficio del Precursor.

Las autoridades de Jerusalén no han descubierto la aparición de la nueva Luz del mundo. Pero Juan sí la ha visto. Y como responsable testigo de la luna da testimonio de aquella luz: «En medio de vosotros está uno a quien no conocéis» (Jn 1,26). Lo que otros no han visto lo ha visto él. Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: «Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu Santo y se queda sobre El, ése es el que bautiza con Espíritu Santo. Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios» (Jn 1,33s).

Desgraciadamente siguen siendo muchos los que todavía no han visto la luz que sobre el mundo irradia Jesús de Nazaret. El que es la Luz del mundo sigue luciendo en las tinieblas, y las tinieblas no se enteran.

Pero también somos muchos los que la hemos visto.

¿Por qué no inundan los caminos del mundo legiones de «testigos de la luna»?

¿Por qué no gritamos a nuestros hermanos ciegos que hemos visto la luz?

¡Sería tan hermoso que todos los creyentes fuéramos, como el Bautista, «lámpara que arde y

alumbra», para que Jesús pudiera gloriarse de ello!

Porque, a la verdad, se trata de algo más importante que fijar el comienzo de un mes en el calendario.

No es sólo una «luna nueva». Es nada menos que el principio de la «Nueva Creación»: «Pasó lo viejo; todo es nuevo» (2 Cor 5,17). «El mundo viejo ha pasado. Entonces dijo el que estaba sentado en el trono: Mira que hago un mundo nuevo» (Apoc 21,4s).

Nuestra responsabilidad es muy grande.

Sobre todos los cristianos pesa el mandato de Cristo: «Id y haced discípulos a todas las gentes... enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado» (Mt 28,19s). «Lo que Yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz, y lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas» (Mt 10,27). «Y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra» (Hechos 1,8).

Los que gratuitamente hemos recibido el don de la fe nos sentimos obligados a dar testimonio de lo que creemos, como Pedro y Juan ante el Sanedrín: «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hechos 4,20).

¡Testigos de la luna! ¡Testigos de la luz! ¡Testigos de Cristo!

Nos va mucho en ello.

«Todo el que se declare por Mí ante los hombres, también el Hijo del hombre se declarará por

él ante los ángeles de Dios» (Lc 12,8). Pero «el que se avergüence de Mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles» (Mc 8,38).

¡Señor, que yo no oculte la luz debajo del celemín!

> *Dios Todopoderoso, concede a tu familia caminar por la senda de la salvación para que, siguiendo la voz de San Juan el Precursor, pueda llegar con alegría al Salvador por El anunciado* (Colecta de la Vigilia de la Natividad de San Juan Bautista el 24 de junio).

EL RETABLO DE LA NAVIDAD

Es costumbre tradicional cristiana reproducir plásticamente cada año con ocasión de las Fiestas de Navidad el Nacimiento del Señor con las principales figuras que en él intervinieron.

A continuación reflexionamos sobre ello. Y lo haremos en dos bloques:

— El marco.

— Los personajes.

BELEN

«... a la ciudad de David que se llama Belén» (Lc 2,4).

Allá «subió José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret..., para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta» (Lc 2,4-5).

Belén de Judá es el pueblo donde Jesús nació.

Hay otro Belén de Zabulón, a 11 kilómetros al noroeste de Nazaret, donde Jesús vivió...

El pueblecito que sirvió de marco a la Nochebuena se llama en hebreo Bēt Lēhem («Casa del pan»), que a los cristianos se nos antoja una denominación muy a propósito para el lugar donde nació el que en la Eucaristía se nos da como alimento bajo las especies de pan.

Abundan en sus cercanías los campos de pan llevar.

En ellos sitúa la tradición el delicioso idilio que el Libro de Rut nos refiere entre la bella mujer de Moab y el hacendado betlemita Booz, de cuyo matrimonio nació Obed, el abuelo de David.

El pueblo no tiene fuente. La más cercana está a 800 metros al sudeste. Los habitantes de Belén bebían de una cisterna construida a la entrada de la pequeña ciudad y alimentada con el agua de las lluvias. A David, fugitivo y perseguido, se le antojó un día saciar su sed con el agua de esta cisterna, estando Belén ocupada por los filisteos. Tres de sus valientes arriesgaron sus vidas para complacerle; pero David no quiso beber el agua, la derramó en el suelo y se la ofreció a Yahveh (2Sm 23,13-17).

El Niño que allí nació en la Nochebuena, cuando sea mayor, dirá en Jerusalén: «Si alguno tiene sed, venga a Mí, y beba el que cree en Mí... de su seno correrán ríos de agua viva» (Juan 7,37s).

Y a la Samaritana junto al Pozo de Jacob: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice ¡Dame de beber!, tú le habrías pedido a El, y El te habría dado agua viva... Todo el que beba de este agua (la del pozo) volverá a tener sed; pero el que beba del agua que Yo le dé no tendrá sed jamás, sino que el agua que Yo le dé se convertirá en él en fuente de agua viva que brota para la vida eterna» (Juan 4,10.13-14).

En Belén nació David.

En sus alrededores guardaba las ovejas de su padre.

De aquí salió para derrotar al gigante Goliat.

Y aquí fue ungido Rey por el Profeta Samuel.

En todo era imagen lejana de Jesús: el futuro Buen Pastor, que había de derrotar en el Calvario

al poderoso Enemigo del género humano, y a quien el Señor había de «dar el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por los siglos, y su reinado no tendrá fin» (Lc 1,32s).

Hoy Belén, con más de 30.000 habitantes, no se parece a la modesta aldea que vio nacer a Jesús... Abundan en ella las iglesias y conventos de diversas Ordenes Religiosas que se profesan seguidoras de Jesús y se apiñan en torno al lugar donde Dios nació hecho hombre.

Queda a las afueras, al otro lado de la carretera que desde Jerusalén conduce a Hebrón, el cenotafio judío que recuerda la sepultura de Raquel, la predilecta de Jacob que se le murió de parto al dar a luz a Benjamín. Piensan los entendidos que el lugar verdadero de la sepultura de Raquel se encuentra a 10 kilómetros al norte de Jerusalén, en los límites entre los territorios de Benjamín y Efraim. Pero la tradición, muy extendida ya en tiempos de San Mateo, que sitúa en Belén el sepulcro de Raquel, sugirió al Evangelista la aplicación del famoso texto de Jeremías sobre el llanto de Raquel desde su tumba a la degollación de los Inocentes (Mt 2,17s).

El lugar exacto donde Jesús nació o donde la primitiva comunidad cristiana de Belén solía reunirse para celebrar el acontecimiento está hoy cubierto por la espléndida Basílica construida en el 325 por el Emperador Constantino y restaurada por Justiniano en el siglo VI. Para borrar todo recuerdo cristiano el Emperador Hadriano, en el año 135, al

sofocar la segunda sublevación judía contra los romanos, había sustituido el original centro de culto de los seguidores de Jesús por un bosque sagrado dedicado al amante de Venus, Adonis. Constantino, para construir la actual Basílica, tenía una indicación preciosa del lugar exacto: Se limitó a talar el bosque sagrado y a edificar sobre la cueva subterránea original.

Los Cruzados en el siglo XI rehicieron la fachada y cerraron el pórtico de entrada con una triple puerta de estilo ojival.

Más tarde los cristianos, para evitar que los turcos entraran con sus camellos, tapiaron la triple puerta y hoy se entra a la más hermosa Basílica constantiniana por una pequeña abertura en el muro, que apenas tiene un metro de alta por 85 centímetros de ancha.

Hay que entrar agachándose.

Y no me parece mal que, para entrar en el lugar sagrado donde el Hijo de Dios se abajó hasta nacer hecho Niño, tenga que agacharse el hombre.

La soberbia del hombre de Babel pensó que para llegar a Dios y obligarle a afincarse entre nosotros había que construir —y puso manos a la obra— «una torre cuya cúspide llegara a los cielos» (Gen 11,4). Pensaban tal vez con ello atraerlo, como atrae el pararrayos la electricidad de las nubes.

Pero Dios ha venido por propia iniciativa.

Sin que los hombres se enteraran, «fijó su tienda entre nosotros» (Juan 1,14).

Ha nacido Niño y ha dispuesto que su Madre lo recline en un pesebre.

Para verle y adorarle... ¡hay que agacharse! ¡Me gusta, Señor, me gusta así!

Señora, en Belén
ya pronto seremos,
que allí habrá bien
do nos alberguemos;
parientes tenemos
con quien descansar.
Ya los gallos cantan,
cerca está el lugar

(Francisco de Ocaña)

EL LUGAR DEL NACIMIENTO: ¿MESON O CUEVA?

«... y le acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el alojamiento» (Lc 2,7).

Estamos acostumbrados a imaginar que Jesús nació en una cueva.

Pero en los Evangelios no se habla para nada de cueva.

La primera noticia de la «cueva», como lugar del Nacimiento de Jesús, recurre en San Justino, a mediados del siglo II, en un curioso pasaje donde dice que allí lo encontraron los magos de Arabia. San Mateo no habla de cueva; expresamente dice que, para adorarle, los magos «entraron en la casa» (Mt 2,11).

San Jerónimo y el historiador Eusebio de Cesarea, en el siglo IV, refieren que en el año 135 el Emperador Hadriano, para borrar todo recuerdo judío, tras sofocar la segunda sublevación de éstos, profanó los lugares santos del Cristianismo (Belén, el Santo Sepulcro y el lugar de la Ascensión), cons-

truyendo templos paganos que Constantino sustituyó por basílicas cristianas «en las tres místicas grutas» de Belén, Eleona y Santo Sepulcro (la de Belén se llamó expresamente «Iglesia de la cueva del Salvador»).

Parece evidente, por tanto, que el año 135 los cristianos celebraban esos tres acontecimientos en sendas cuevas naturales. Pero eso no significa que dichos episodios de la vida del Señor sucedieran realmente en otras tantas cuevas. La Ascensión, por ejemplo, tuvo lugar sin duda en lo alto del Olivete, al aire libre.

Dada la abundancia de cuevas naturales en Palestina, era normal que los primeros cristianos —sin medios económicos para construir Santuarios en los lugares santificados con el recuerdo de episodios de la vida del Señor— se reunieran para recordarlos piadosamente en alguna cueva próxima. Así estaban bajo techado, cosa importante tanto en verano como en épocas de lluvia. Por la misma razón se sitúan en cuevas: la enseñanza del Padre Nuestro y el Discurso sobre la ruina de Jerusalén, el lugar del prendimiento en Getsemaní (¡!), la aparición del ángel a los pastores, que —según San Lucas 2,8— «dormían al raso»...

El único dato que los Evangelios dan para identificar el sitio donde Jesús nació es que su Madre «lo recostó en una pesebrera, porque no había lugar para ellos en el alojamiento» (Lc 2,7).

Este «alojamiento» es designado con un término griego, que tanto en el Antiguo Testamento

como en los Evangelios fuera de aquí (Mc 14,14s y Lc 22,11s) designa un *aposento cubierto*. Y el hecho de que lleve artículo nos orienta hacia un aposento bien determinado. Posiblemente se refiere al mesón del pueblo, que por Jeremías sabemos existía a las afueras de Belén y se llamaba el «Refugio de Kimham».

En estos khan o refugios de caravanas solía haber una parte cubierta, e incluso en ocasiones de dos pisos. Habría sido en esta parte cubierta donde María y José *no encontraron lugar*. Ello les habría obligado a instalarse, *con otros muchos,* en el corral al aire libre, entre las cabalgaduras. Así se explica que, a falta de mejor cuna, la Virgen reclinara al Niño en una pesebrera o cajón de paja destinado a proporcionar alimento a los animales.

En esta hipótesis —y no en la de una cueva solitaria— se entiende la *presencia de testigos* que supone San Lucas cuando dice que los pastores «dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel Niño, y *todos los que lo oyeron* se maravillaban de lo que los pastores decían» (Lc 2,17s).

Emociona pensar que el Hijo de Dios hecho Hombre quisiera nacer, como tantos otros, rodeado de animales y entre las pobres gentes que se veían obligados a pasar la noche al aire libre en los inhóspitos y antihigiénicos refugios de caravanas que abundaban en la Palestina de aquel tiempo.

Más de uno va a decir que *no era lugar decente* para los Santos Esposos, en la situación en que Ma-

ría se encontraba, acogerse a un mesón público. Y ¿quiénes somos nosotros para saber lo que a Dios le parece decente? ¡Hay tantas cosas en la vida y en la muerte del Señor que a nosotros no nos parecen decentes y El quiso pasar por ellas! Pongamos como ejemplos: el hecho indudable de tener por cuna al nacer una pesebrera; el nacer y vivir en el seno de una familia verdaderamente pobre; el pasar por la vida con el apodo humillante de «el Nazareno», por habitar en un pueblecito innominado del que Natanael pensaba que no podía salir cosa buena; el no tener en su vida donde reclinar su cabeza; el escoger para morir el degradante suplicio de la crucifixión; el avenirse a aparecer desnudo (¡!) y levantado en alto ante una chusma soez durante más de tres horas en el Calvario...

Dios para su Hijo tuvo unos criterios de decencia muy distintos a los que tenemos nosotros hoy.

En una aglomeración de gente como la que aquella noche debía haber en Belén con ocasión del censo, era cosa muy difícil —si no se tenía familia cercana en el pueblo— encontrar hospedaje recogido.

Acaso seamos injustos cuando pensamos —sin duda temerariamente— que los habitantes de Belén no quisieron hospedar a María y a José porque tenían aspecto de pobres.

Aparte de que no nos consta semejante repulsa, ellos no sabían que en el seno de la Virgen iba, a punto de nacer, el Hijo de Dios, el Mesías que es-

taban esperando. La Virgen, como era humilde, no dijo a nadie la dignidad infinita del que llevaba en sus entrañas.

Nosotros, en cambio, sí sabemos —porque su Hijo de mayor nos lo dijo muy claro— que dentro de los hermanos necesitados de ayuda y de acogida está Jesús para recibir como hecho a El lo que hiciéremos por ellos.

Nosotros no tenemos excusa.

Algún día nos lo echarán en cara los de Belén.

Ese Niño recién nacido y reclinado en un pesebre más que un reproche a los betlemitas es una acusación a los cristianos de hoy que cerramos nuestras puertas a tantos necesitados en los que va pasando Jesús, de nuevo como en la Nochebuena, pidiéndonos hospedaje para nacer.

Yo te pido, Madre, que olvides tu humildad y rompas tu silencio.

Grítanos siempre la sublime verdad.

Recuérdanos a todas horas —porque a todas horas puede ser Navidad— su profunda palabra:

— «Lo que hiciereis con uno de mis pequeñuelos, conmigo lo hacéis» (Mt 25,40).

Ver a Dios en la criatura,
ver a Dios hecho mortal,
ver en humano portal
la celestial hermosura...
¡Gran merced y gran ventura
a quien verlo mereció!
¡quién lo viera y fuera yo!

LOS PAÑALES Y EL PESEBRE

«Encontraréis un Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2,12).

Por tres veces el Evangelista San Lucas hace referencia a este doble detalle en el Nacimiento de Jesús.

Cuando refiere que su Madre le dio a luz, «*lo envolvió en pañales y le acostó en un pesebre,* porque no tenían sitio en el alojamiento» (Lc 2,7).

Cuando el ángel anuncia el Nacimiento a los pastores les dice: «Y esto os servirá de señal: Encontraréis un niño *envuelto en pañales y acostado en un pesebre*» (Lc 2,12).

Y cuando los pastores llegan al lugar, dice el Evangelista que «encontraron a María y a José y *al niño acostado en el pesebre*» (Lc 2,16).

Sorprende el énfasis que el Evangelista pone en estos dos detalles, el primero de los cuales es absolutamente irrelevante, porque lo normal es que a un niño recién nacido se le envuelva en pañales. También es normal que un recién nacido descanse acostadito en una cuna preparada de antemano.

Obviamente en nuestro caso no había cuna —a más de 150 kilómetros del hogar— y hubieron de colocarlo en lo menos incómodo que tuvieron a mano: una pesebrera con blanda y mullida paja.

Suele ser cometido de las apariciones angélicas en los relatos bíblicos subrayar con sus parlamentos el contenido teológico del episodio.

Aquí el ángel que anuncia a los pastores el Nacimiento de Jesús les da como señal que encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Se comprende que, con vistas a esta señal que el ángel va a ofrecer a los pastores, el narrador haya referido con anterioridad ese doble detalle al describir el Nacimiento, y vuelva a hacerlo después al referir la visita de los pastores al Portal.

Pero ¿de qué son signo los pañales y el pesebre?

El ángel había dicho textualmente: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: *Os ha nacido hoy,* en la ciudad de David, *un Salvador que es el Mesías Señor.* Y esto os servirá de señal...» (Lc 2,10-11).

Sobre la base de que se tratara de una señal para identificar al Mesías, los intérpretes han tratado de buscar desesperadamente la relación que pudiera haber entre el Mesías y los pañales y el pesebre. Sus explicaciones resultan forzadas y no satisfacen.

Cuesta trabajo creer —por ejemplo— que pañales y pesebre puedan ser signo de la realeza mesiánica del descendiente de David; o que con ello se

pretenda presentar a Cristo como un nuevo Moisés a quien envolvió en pañales su propia madre porque no hubo partera. Parece excesivamente rebuscado atribuir al Evangelista la intención de decir que Jesús no fue un marginado, sino cariñosamente acogido. Y resulta muy lejano ver en esto una señal de que, al morir, Cristo iba a ser envuelto en un sudario y puesto en un sepulcro...

Si bien se mira, lo que el ángel anuncia a los pastores es que el Mesías esperado *ha nacido hoy*. Es, por tanto, a estas horas un recién nacido. Como tal, lo encontrarán *«envuelto en pañales»* y *«acostado en un pesebre»* (a falta de mejor cuna).

Frente a la creencia generalizada de que el Mesías aparecería en edad adulta, el ángel subraya la realidad contraria: El Mesías ha aparecido niño recién nacido. No nació, como afirmaban los rabinos, el día en que Nabucodonosor destruyó el primer Templo (el 586 antes de Cristo) o al principio del mundo en el Paraíso Terrenal. *Ha nacido hoy,* en la ciudad de David. Lo tenéis recién nacido. Prueba de ello es que «lo encontraréis envuelto en pañales y acostado en un pesebre».

En función de este signo que el ángel iba a ofrecer a los pastores, el Evangelista consigna el doble detalle —narrativamente innecesario e irrelevante— al describir el Nacimiento.

Cuando por fin refiere la comprobación de los pastores dice que encontraron «al niño acostado en el pesebre». Ya no hace falta insistir en los *paña-*

les, porque lo vieron *niño.* Se menciona el *pesebre* porque en el caso extrañamente sustituía a la cuna normal, segundo elemento característico de la corta edad del recién nacido.

Hizo bien el Evangelista en recalcarlo.

Porque «envuelto en pañales», Jesús recién nacido se parece a cualquiera de nostros.

Pero «acostado en un pesebre» se diferencia de la mayoría de los mortales.

Se diferencia en más pobre.

Cuando aquel de la turba se ofrecía a seguirle, confiando tal vez en ventajas materiales, Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (Lc 9,59).

Pudo haberle dicho que no iba a tener cama para morir y que no había tenido cuna al nacer.

Dice la copla popular.

El Niño de María
no tiene cuna;
su padre es carpintero,
ya le hará una.

Todos somos carpinteros. Todos podemos hacerle cuna en el fondo más fondo de nuestro ser.

Yo lo voy a intentar.
Y ¿por qué no pañales de repuesto?

Lope de Vega ponía en boca de uno de los pastores:

Yo vengo de ver, Antón,
un Niño en pobrezas tales
que le di para pañales
las telas del corazón.

Y yo también.

Nunca serán tan blancos y tan primorosamente hechos como los que su Madre le había preparado y le puso al nacer.

Pero le darán calor.

Y Ella le explicará que, si no son mejores, es porque yo no doy más de mí.

Te diré mi amor, Rey mío,
con una mirada suave;
Te lo diré contemplando
tu cuerpo que en pajas yace

(Vísperas de Navidad)

EL ASNO Y EL BUEY

«Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su señor» (Is 1,3).

Estos dos «personajes» —imprescindibles hoy en nuestros Nacimientos, hasta el extremo de figurar ellos solos junto a Jesús, María y José en la representación abreviada del Misterio— no aparecen en los relatos evangélicos de la Navidad.

Los encontramos en las narraciones de los Evangelios apócrifos de la Infancia.

La presencia del *asno* parece tener base histórica. En su primera mención *(Protoevangelio de Santiago,* 17,2-3) es *un asna,* a cuya grupa montada viaja María de Nazaret a Belén, mientras un hijo de San José lleva la bestia del ronzal. (El apócrifo —como es sabido— introduce hijos de un matrimonio anterior de José para justificar la expresión de los evangelios canónicos cuando hablan de «hermanos» de Jesús.)

La noticia del asna es verosímil.

Y si —como parece lo más probable— Jesús nació en el corral al aire libre del kahn o caravan-

serrallo de Belén, hubo de nacer rodeado de animales de carga, entre los cuales no podía faltar el asna de la Sagrada Familia.

La presencia del buey en una hospedería pública tiene menos visos de probabilidad, aunque pudo pertenecer a algún viajero en tránsito que se cambiara de domicilio con todos sus enseres, o por cualquier otro motivo lo llevara consigo.

Pero la referencia a este segundo animal pudo surgir de la mención de la «pesebrera» donde, según San Lucas, la Virgen recostó al Niño recién nacido. Así lo sugiere el episodio que más adelante refiere el mismo *Protoevangelio de Santiago* 22,2, en clara contradicción con los relatos evangélicos: «Y cuando llegó a María *la noticia de la matanza de los niños* —¡estaba ya en Egipto!— se llenó de temor, y envolviendo a su hijo entre pañales lo reclinó en una *pesebrera de bueyes*».

Sea lo que fuere de la presencia real de ambos animales junto a la «cuna» del Niño, la tradición cristiana desde muy antiguo vio en ella el cumplimiento de lo que había escrito el profeta Isaías 1,3 a propósito de los judíos de su tiempo:

> «Conoce el buey a su dueño
> y el asno el pesebre de su amo;
> pero Israel no conoce,
> mi pueblo no discierne.»

Con igual procedimiento literario expresó más tarde Jeremías el mismo pensamiento:

«Hasta la cigüeña en el cielo
conoce su estación;
y la tórtola, la golondrina, la grulla
observan la época de sus migraciones.
Pero mi pueblo ignora
el derecho de Yahveh» (Jer 8,7).

No obstante, ni la cigüeña, ni la tórtola, ni la golondrina, ni la grulla tuvieron la suerte de figurar revoloteando sobre el pesebre de Belén.

Las figuras del asno y del buey junto a la cuna del Niño en la Nochebuena son todo un poema.

Mansamente sentados, con sus patas cruzadas, ante El, simbolizan el reconocimiento, silencioso pero elocuente, del mundo irracional a su Creador.

Y son, por otra parte, un reproche permanente a la incredulidad de Israel, que no recibió al Mesías por tanto tiempo esperado.

La estancia inmóvil de ambos animales, caldeando con sus aliento el frío ambiente del Portal, me está diciendo lo que espera de mí el Niño reclinado en las pajas.

El Infinitamente-Lejano se acerca a nosotros para que nosotros podamos estar cerca de El.

Yo quisiera, Señor —como el asno y el buey de tu Nacimiento—, estar siempre junto a Ti.

Me gusta repetir a menudo lo que, en otro contexto, decía el autor del Salmo 73,22:

«Soy como un jumento delante de Ti.
Pero yo estaré siempre contigo.»

Aunque sea como el asno —tampoco soy mucho más comparado contigo—, quiero estar cerca de Ti.

Ahora que Te veo Niño acostado sobre las pajas de la pesebrera, y cuando de mayor necesites un borriquillo para la entrada triunfal en Jerusalén.

¡Como un jumento, Señor!

¡Pero contigo!

Es tan hermoso lo que el salmista dice a continuación:

«Tú me tomas de la mano:
me conduces según tus planes,
y después me llenas de gloria...
.....
Si estoy contigo ya no encuentro gusto en la tierra...
mi felicidad consiste en estar junto a Dios.»

Lo que no puedo hacer —porque sé que no Te gusta— es eso de permanecer inmóvil, con las piernas y los brazos cruzados, como el asno y el buey de Belén.

No me gustaría oírte decir lo del amo de la viña a los obreros todavía no contratados: «¿Qué hacéis ahí todo el día ociosos?» (Mt 20,6).

Sé que no te agradó tampoco la actitud de Pedro cuando, feliz ante la gloria de la Transfiguración, quería perpetuar la escena porque *se estaba muy bien allí.*

Y me parece estar oyendo la regañina de los ángeles a los Apóstoles el día de la Ascensión: «¿Qué

hacéis ahí plantados mirando al cielo?» (Hechos 1,11).

Quiero parecerme al asno y al buey... en estar junto a Ti... y en estar a tu disposición, por si quieres que transporte alguna carga o si me necesitas para arar tus campos...

Tú cuidarás de mí.

Porque no vas a ser menos que tus paisanos y contemporáneos, de los cuales dijiste que «si se les caía un asno o un buey a un pozo, aunque fuera en día de sábado, lo sacaban al momento» (Lc 14,5), y que «todos, aun en sábado, desataban del pesebre a su buey y a su asno para llevarlos a abrevar» (Lc 13,15).

¡Como un jumento, Señor!

¡Pero siempre contigo!

Te diré mi amor, Rey mío,
con los hombres y los ángeles,
con el aliento del cielo
que expiran los animales

(De las Vísperas de Navidad)

AUGUSTO Y QUIRINO. HERODES EL GRANDE. LOS PRINCIPES DE LOS SACERDOTES Y ESCRIBAS

Augusto y Quirino

> «Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronara todo el mundo. Este empadronamiento fue anterior al que tuvo lugar siendo Quirino Gobernador de Siria» (Lc 2,1-2).

San Lucas hace referencia al empadronamiento con ocasión del cual María y José hubieron de trasladarse a Belén, donde nació Jesús. Augusto es citado como autor que sabemos fue de varios edictos de empadronamiento en todo su Imperio, y Quirino como ejecutor de un censo en Palestina, especialmente violento, que costó muchas vidas y que el Evangelista menciona como distinto y pos-

terior al que coincidió con el nacimiento de Jesús.

¡Providencia de Dios!

A las autoridades romanas las guiaban motivos políticos para organizar sus empadronamientos. Pero Dios se valió de ese interés político de los romanos para que María y José, vecinos de Nazaret, tuvieran que trasladarse a Belén, su ciudad de origen —por lo menos, la de José— y que así Jesús naciera, como estaba profetizado, en la ciudad de David.

Bueno será que nos acostumbremos a ver en los acontecimientos que nos afectan, incluso si nos son desfavorables, la mano providente de Dios que actúa para nuestro bien.

Herodes el Grande

«Nació Jesús en Belén de Judea, en tiempos del Rey Herodes» (Mt 2,1).

Herodes el Grande —padre de Arquelao, que es mencionado al regreso de la Sagrada Familia de Egipto, y de Herodes Antipas y Herodes Filipo, que figuran en la vida pública del Señor— era Rey de toda Palestina, nombrado por Roma, cuando nació Jesús.

Cuando los Magos se presentaron en Jerusalén preguntando por el recién nacido Rey de los ju-

díos, la suspicacia de Herodes pensó que se trataba de un posible rival, y, sanguinario como era, ordenó la matanza de los Inocentes, previa consulta a los sacerdotes y escribas para asegurarse del lugar donde, según las profecías, debía nacer el Cristo.

Ninguno de nosotros va a sentir la tentación de matar inocentes.

Pero no estará de más que vigilemos para que no nos domine la ambición de poder que a Herodes le llevó al crimen, y a nosotros nos puede llevar a actitudes inconvenientes e injustas. Estamos cansados de ver los estragos que produce el afán incontrolado de mantener una poltrona, sea en el orden que fuere.

Otra cosa que hizo Herodes y que nosotros no debemos hacer fue valerse de la Palabra de Dios para fines inconfesables. El procuró saber lo que la Escritura decía sobre el lugar del nacimiento de Mesías... ¡para buscarlo y darle muerte! Sin llegar a tanto, a menudo nosotros tergiversamos la palabra de Dios en favor de nuestras apetencias, haciéndola decir lo que no dice y tratando de justificar así nuestros comportamientos no evangélicos.

Los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo

> «Convocó (Herodes) a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, y por ellos se estuvo informando —al pie de la letra: trataba de saber preguntando reiteradamente— sobre dónde tenía que nacer el Cristo. Ellos le dijeron: En Belén de Judá, porque así está escrito por medio del profeta» (Mt 2,4-5).

Una cosa hicieron bien y otra mal estos doctores de la Ley.

Buscaron en el Antiguo Testamento las profecías y anuncios relativos a la venida del Mesías y con objetividad respondieron a la cuestión propuesta por Herodes, informándole sobre el lugar de su nacimiento según dichas profecías. Gracias a sus concretas indicaciones, los Magos supieron dónde podrían encontrarlo.

Pero ellos, ¡no se movieron para buscarlo! Eugenio d'Ors contrapone su conducta a la solicitud amorosa de los pastores y de los magos:

—Dígame, Rey mago,
¿quién lo trajo aquí?
—De mi torre pina
estrella que vi.
—Y a ti, pastorcillo,
¿quién te lo anunciaba?
—Por mis soledades un ángel pasaba.

Escribas cerraron
puertas y ventanas:
huyen mercaderes
de visiones vanas...

Con razón un día Jesús dirá, refiriéndose a estos cómodos doctores de la Ley: «En la Cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced y cumplid lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen» (Mt 23,2s).

Y lo malo es que a nosotros —los creyentes en Jesús— nos puede ocurrir lo mismo: que señalemos el camino a los demás y nos quedemos sentados sin caminar por él.

Con ello muchas veces disminuimos la eficacia de nuestro mensaje.

Y lo que es peor: nos privamos de los frutos que ofrecemos a los demás.

Aprendamos de San Pablo, que procuraba evitar ese riesgo:

«Así pues —decía—, yo corro, no como a la aventura, y ejerzo el pugilato no como aporreando el aire, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, *tras haber proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado*» (1 Cor 9,26s).

Una verdad a Herodes
sobresaltó,
y él y toda su corte
están que rabian

(F. Juncá)

«Y LE PONDRAS POR NOMBRE...»

«Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús...» (Mt 1,21).

El personaje que encabeza la «trinidad en la tierra», que desde ahora formará la Sagrada Familia —hoy en Belén, mañana en Nazaret—, es José, el Esposo virginal de María y padre legal del Recién Nacido.

José ocupa —junto a Jesús y María— un lugar preeminente en la historia salvífica.

Si el Mesías tenía que ser descendiente de David, y la descendencia en el mundo judío venía por línea paterna —las mujeres no eran eslabón en las genealogías—, dado que Jesús fue concebido sin obra de varón, hizo falta la paternidad legal de José para darle la obligada ascendencia real davídica.

Desposado con María antes de la Anunciación, José estuvo a punto de deshacer su compromiso al comprobar el embarazo de su prometida. La prudencia de María, que no se sintió autorizada para revelar a nadie la milagrosa concepción del futuro Mesías realizada en su seno virginal, puso al pia-

doso varón en la duda inexplicable de lo acaecido. Dios había puesto en autos a Isabel; María debió pensar —y no se equivocó, por cierto— que el Señor haría lo mismo con José.

Y así sucedió.

Tanto en la explicación corriente de las dudas del Santo Patriarca como en la piadosa opinión de ciertos autores, según los cuales, enterado San José del origen preternatural de lo acaecido, decidió desaparecer por considerarse indigno de tan excelsa compañera; lo cierto es que el Santo Esposo de María recibió del Señor orden tajante de no abandonarla.

Lo refiere San Mateo: «La generación de Jesucristo fue de esta manera. Su Madre, María, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido, José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto. Así lo tenía planeado cuando el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

«José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en Ella es del Espíritu Santo» (Mt 1,18-20).

Y añade:

«Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21).

Aquí está la grandeza, singular y única, de San José, y el lugar que providencialmente ocupa en la historia de la salvación. La imposición de nombre

al recién nacido es siempre, en el mundo bíblico, cometido del padre y de la madre, tanto biológicos como adoptivos. Así pues, ordenarle a José que imponga nombre a Jesús es, en nuestro contexto, donde está clara la ausencia de paternidad biológica, una forma clarísima de ordenarle que asuma la paternidad legal del Niño que va a nacer. Esta paternidad legal es la que da legalmente a Jesús ascendencia davídica, como se desprende de la precedente genealogía, donde queda claro que José desciende de David (Mt 1,1-16).

Lo confirma el énfasis que el ángel pone en dar como apellido de José —el apellido que deberá transmitir a Jesús— el de «Ben David» (= hijo de David): «José, hijo de David, no temas...» El apellido real de José era «Ben Jacob» (= hijo de Jacob), ya que «Jacob engendró a José, el Esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo» (Mt 1,16).

Este es el mayor título de gloria de San José: el haber sido elegido para cubrir la maternidad virginal de María, que de otra forma hubiera aparecido como madre soltera, y para dar legalmente a Jesús el apellido davídico; que sin padre legal no hubiera tenido, aun en el caso —bien dudoso— de que su Madre hubiera sido de familia davídica, puesto que la ascendencia materna carecía de valor legal en el tema de la descendencia genealógica.

A esta paternidad pertenece el ejercicio fáctico de cabeza de familia que el Evangelio atribuye a José.

Aparte de la imposición del nombre, en adelante las órdenes divinas que determinarán los movimientos de la Sagrada Familia se dirigirán siempre a San José y no a la Santísima Virgen, ni siquiera al Niño. Por dos veces se le dice al Santo Patriarca: «Levántante, toma contigo al Niño y a su Madre...» (Mt 2,13 y 2,20). Y, avisado en sueños, decide José, al regreso de Egipto, retirarse a Galilea para vivir con su Familia en el pueblecito de Nazaret (Mt 2,23s).

Consciente del oficio de jefe de familia asignado por Dios a José, la Virgen, al encontrar en el Templo al Niño perdido, no duda en decir: «Tu padre y yo Te buscábamos sin consuelo» (Lc 2,48).

Y aquí le tenemos, en el Retablo de la Navidad, cobijando como padre legal a su Esposa y al Niño recién nacido, y atendiendo las visitas de los primeros testigos —los pastores— que vienen a dar la enhorabuena por el feliz alumbramiento del Salvador, nacido en la ciudad de David, a donde ha tenido que venir «por ser él (José) de la casa y familia de David, para empadronarse con María su Esposa» (Lc 2,4-5).

No le sufre el corazón, siendo como es carpintero de oficio, ver al Niño recostado en una tosca pesebrera. Y piensa lo que más tarde cantará la copla:

El Niño de María
no tiene cuna.
Su padre es carpientero,
ya le hará una.

Pero pobre y reclinado sobre pajas, ese Niño —y José lo sabe— es «el que ha de salvar a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21). Y eso no puede hacerlo más que Dios.

Por ello José inaugura esta Noche —con María, los ángeles y los pastores— la Primera Vigilia de la Adoración Nocturna:

El castísimo José,
sacro Esposo de María,
que por suma providencia
a su servicio asistía,
viendo de carne vestido
a Dios que el cielo regía,
le adora rendido en tierra
y alma y cuerpo le ofrecía.

¡Venid, Adoradores, adoremos!

Y Tú, glorioso San José, a quien el Señor encomendó el cuidado de su Hijo y de la Madre de su Hijo, cuida de mí que soy hijo de Dios, hermano de Jesucristo, y enséñame a querer a su Madre como la quisiste Tú.

Dios todopoderoso, que confiaste los primeros misterios de la salvación de los hombres a la fiel custodia de S. José: haz que, por su intercesión, la Iglesia los conserve fielmente y los lleve a plenitud en su misión salvadora (Colecta 19 marzo).

Concédenos que, siguiendo el ejemplo de San José, y bajo su protección, realicemos las obras que nos encomiendas y consigamos los premios que nos prometes (Colecta del 1 de mayo: San José Obrero).

NUESTRA SEÑORA DE LA O

«Se le cumplieron los días del alumbramiento» (Lc 2,6).

Con esta curiosa invocación celebra nuestro pueblo la Expectación del Parto de Nuestra Señora el 17 de diciembre de cada año.

El fundamento litúrgico de esta invocación es que la antífona del *Magnificat* en el Oficio de Vísperas de los últimos siete días antes de la Navidad comienza con una exclamación (Oh en latín se escribe sin hache).

Siete exclamaciones son pocas para agradecer al Señor el don de la Maternidad Virginal de María, que hizo realidad «Dios con nosotros».

Conocido es el delicioso juego de letras de Lope, donde alude a la exclamación litúrgica comenzada por O:

—Bras, si llora Dios, ¿por qué
dice B, pues Dios es A?

—Porque es corderillo ya
y dice a su Madre B.

—Bien pudiera decir O
por su Madre tan entera,
que, entrando Dios en su esfera,
como estaba se quedó.

O ¿por qué no dice T
pues cruz esperando está?

—Porque es corderillo ya
y a su Madre dice B.

La piedad cristiana, respetuosa con el Misterio, se asoma silenciosa al corazón de María tratando de adivinar sus sentimientos cuando está a punto de dar a luz.

La espera de siglos y siglos, que Patriarcas y profetas alimentaron con la visión en lontananza de los tiempos mesiánicos, se condensa en la certeza con que María sabe llegado el momento.

Nadie hace ruido en la aldehuela perdida de Nazaret.

Los Profetas se callaron hace tiempo.

El Precursor no habla todavía.

Y José —el único que en el pueblo sabe todo— es la discreción en persona.

La paz soberana que embarga el corazón de la Virgen hace que no se altere al oír al pregonero de Nazaret vocear la orden de empadronamiento en virtud de la cual Ella y José deberán emprender viaje —¡en aquellas circunstancias!— al lugar de origen familiar, que en su caso era Belén.

¡Cómo hace Dios las cosas!

Ellos no hubieran hecho nada para que se cum-

plieran los oráculos de que el Mesías debía nacer en la Ciudad de David.

Pero Dios escribe derecho con líneas torcidas.

En el camino —cinco o seis largas jornadas—, y al compás del traqueteo de la cabalgadura, que la tradición dice fue una humilde asnilla, la Virgen se va preguntando lo que tendrá que hacer cuando le nazca el Niño.

Esto la oyó decir en su interior Gerardo Diego:

Cuando venga ¡ay! yo no sé
con qué lo envolveré yo,
  con qué.

¡Ay! dímelo tú, la luna,
cuando en tus brazos de hechizo
tomas al roble macizo
y lo acunas en tu cuna.
  Dímelo, que no lo sé.
  ¿Con qué lo tocaré yo?
    ¿Con qué?

¡Ay! dímelo tú, la brisa,
que con tus besos tan leves
la hoja más alta conmueves,
peinas la pluma más lisa.
  Dímelo y no lo diré.
  ¿Con qué le besaré yo?
    ¿Con qué?

Y ahora que me acordaba,
ángel del Señor, de ti,
dímelo, pues recibí
tu mensaje: «He aquí la esclava».
  Sí, dímelo por tu fe:

¿Con qué lo abrazaré yo?
¿Con qué?

O dímelo tú, si no,
si es que lo sabes, José;
y yo te obedeceré,
que soy una niña yo.
¿Con qué manos le tendré
que no se me rompa, no?
¿Con qué?

Que nadie pretenda denunciar al poeta por haber violado el precepto constitucional de obligado respeto a la intimidad.

La intimidad de María es patrimonio de la humanidad, y en especial de sus hijos.

Dinos tú, Góngora, lo que solamente tú viste en el momento en que Jesús nació, y su Madre lo reclinó sobre unas pajas:

Caído se le ha un Clavel
hoy a la Aurora del seno.

¡Qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!

De un solo Clavel ceñida
la Virgen, Aurora bella,
al mundo se lo dio, y Ella
quedó, cual antes, florida.

Caído se le ha un Clavel
hoy a la Aurora del seno.
¡Qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!

Pero por mucho que digan los poetas, nunca sabrán decirnos lo que más nos interesa.

Dínoslo Tú, Señora, que Tú sí lo sabes.

Dinos qué hiciste Tú y qué tenemos que hacer nosotros para que el Niño, al nacer, se sienta a gusto.

No la debemos dormir
la noche santa;
no la debemos dormir.

La Virgen a solas piensa
qué hará
cuando al Rey de luz inmensa
parirá;
si de su divina esencia
temblará,
o qué le podrá decir.

No la debemos dormir
la noche santa;
no la debemos dormir.

NACIDO NIÑO

«... dio a luz a su Hijo Primogénito y lo envolvió en pañales» (Lc 2,7).

Así anunciaba Isaías la venida del Mesías futuro:

«El pueblo que caminaba en tinieblas
vio una luz grande;
habitaban tierras de sombras,
y una luz les brilló.

Acreciste la alegría,
aumentaste el gozo;
se gozan en tu presencia,
como gozan al segar,
como se alegran al repartirse el botín.

Porque la vara del opresor,
el yugo de su carga,
el bastón de su hombro,
los quebrantaste como el día de Madián.

La bota que pisa con estrépito
y la túnica empapada en sangre

serán combustible,
pasto del fuego.

Porque un Niño nos ha nacido...» (Is 9,1-5).

Resulta extraño el énfasis que el Profeta pone en el simple nacimiento de un niño como solución a tantas injusticias y como remedio a tan horrísono fragor bélico.

Pero es un hecho.

Tanto en la promesa del futuro Mesías, como en su realización, fue noticia —sensacional noticia que se sigue proclamando todas las Navidades a los cuatro vientos— el Nacimiento de un Niño.

Se dice que va a suceder y se refiere haber sucedido el Nacimiento de un Niño.

Isaías anuncia que «una doncella está encinta y da a luz un hijo, y le pone por nombre Enmanuel» (Is 7,14), y Miqueas identifica el tiempo mesiánico como «el tiempo en que da a luz la que debe dar a luz» (Miq 5,2).

De la parte de acá del acontecimiento, Lucas refiere como dicho por el Angel a María: «Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, al que pondrá por nombre Jesús» (Lc 1,31). Con razón San Pablo subraya, escribiendo a los Gálatas, que «Dios envió a su Hijo nacido de mujer» (Gál 4,4). Hasta 12 veces en los Evangelios de la Infancia se habla de Jesús «niño» (Mt 2,11.13.14.20.21; Lc 2,12.16.17.27.38.40.43).

Y sin embargo, no era esa la idea que la tradición judía precristiana y los contemporáneos de

Cristo tenían sobre el Mesías que esperaban. Estaban muy lejos de imaginar un Mesías niño. Lo corriente era creer que la manifestación del Mesías habría de tener lugar *en su edad madura,* y *sin que se supiera de dónde venía.* En todo caso habría de permanecer escondido, desconocido y oculto, hasta que Elías lo ungiera y lo presentara oficialmente.

A esta creencia responde el episodio recogido por el Evangelista San Juan (7,27), según el cual algunos jerosolimitanos se resisten a aceptar a Jesús diciendo: «Este sabemos de dónde es; mas el Cristo, cuando venga, nadie sabrá de dónde es.» Y testigo de la misma extendida creencia es el judío Tryfón, a quien San Justino introduce como personaje ficticio en sus famosos *Diálogos:* «El Cristo —dice el judío—, suponiendo que haya nacido y esté en alguna parte, es desconocido, y ni siquiera se conoce a sí mismo como tal, ni tiene poder alguno hasta que venga Elías a ungirlo y manifestarlo a todos».

Algunos afirmaban que el Mesías había nacido el mismo día en que Nabucodonosor destruyó el Templo y la Ciudad de Jerusalén (el año 586 antes de Cristo). ¡Para la Nochebuena era ya «mayorcito»!

Otros, fundándose en Miqueas 5,1ss, sostienen su existencia desde el principio del mundo. Está escondido en el Paraíso terrenal y es una de las nueve personas que viven allí; con Elías está encargado de apuntar las buenas obras de los hombres, y sufre porque los pecados de éstos retrasan su aparición.

Frente a estas expectativas que sitúan la aparición del Mesías en edad adulta, el relato lucano (y lo mismo San Mateo 1-2) presenta como tal al *recién nacido* hijo de María.

El Mesías no es un personaje ya maduro, que viva oculto y desconocido en cualquier rincón del planeta o en los cielos. No nació el día en que fue destruido el Templo a manos de Nabucodonosor, ni al principio del mundo. Por el contrario, acaba de nacer. El anuncio del ángel a los pastores subraya que el Mesías —nótese bien— *«os ha nacido hoy»* (Lc 2,11). Y como señal de que es un recién nacido, les asegura que lo encontrarán «envuelto en pañales» (Lc 2,11), tal como lo ha vestido su Madre al darlo a luz hace unas horas.

Me gusta más así.

Puesto Dios a hacerse hombre, me siento feliz de verlo «en todo semejante a nosotros menos en el pecado» (Heb 4,15).

¡Qué alegría, Señor, saber que quisiste nacer desvalido como todos los niños, y tener una madre, como nosotros, que te alimentó a sus pechos y te enseñó a andar! Me gusta imaginarte jugando con los niños de tu pueblo, y aprendiendo, como ellos, a leer y a hacer palotes. Me ilusiona pensar que te ibas haciendo mayor poco a poco y que sonreías cuando los clientes de José le decían: ¡Se está haciendo un mozo el chico!

Ahora comprendo, mejor que en los años de mi infancia, lo que mi madre me enseñó a decirte:

Jesusito de mi vida,
eres Niño como yo.
Por eso Te quiero tanto
y Te doy mi corazón.

Quiero, Señor, hacerme niño como Te hiciste Tú.

Para seguir rezando lo mismo todas las Navidades.

Porque, si no me vuelvo niño, ¿cómo voy a decirte sin mentir: «eres *niño como yo*»?

Entonad los aires
con voz celestial:
«Dios niño ha nacido
pobre en un portal».

Anúnciale el ángel
la nueva al pastor,
que niño ha nacido
nuestro Salvador.

Adoran pastores
en sombras al Sol,
que niño ha nacido
de una Virgen Dios.

Haciéndose hombre
al hombre salvó.
Un Niño ha nacido
ha nacido Dios. Amén

(Laudes del tiempo de Navidad)

¿POR QUE NIÑO?

«Encontraréis a un niño envuelto en pañales» (Lc 2,12).

Dios hace las cosas razonablemente.

Si quiso hacerse niño recién nacido —y no presentarse como adulto— sus razones tendría.

Yo quiero esforzarme por descubrirlas.

«Niño» y «nacido de mujer» aseguran la verdadera humanidad de Dios hecho hombre, que no bajó de los cielos con cuerpo celeste, sino que se gestó en el seno de la Virgen y tomó de ella la naturaleza humana que, en los planes de Dios, era condición indispensable para ser nuestro Redentor. Así sabemos que su cuerpo —con cuyos padecimientos y muerte nos redimió— no es fantástico ni celeste, sino humano como el nuestro. Y nos agrada verle pasar por las distintas fases de la vida desde que nace hasta que se hace hombre mayor.

Naciendo niño se materializa el maravilloso y consolador *proceso de acercamiento de Dios a nosotros*. Los hombres no podíamos soñar en contac-

tar con Dios, porque Dios está a distancia infinita por encima de nosotros. Imposible subir hasta El. Sólo El podía dar hacia abajo ese salto infinito. Y lo ha dado.

Toda la historia de su amor hacia nosotros es historia de *abajamiento,* que culmina en ese Niño chico reclinado en un pesebre. Si hasta ahora, para hablar con Dios, el hombre tenía que levantar la mirada, los brazos y el alma hacia la altura inaccesible de la Infinita Majestad, desde la Nochebuena, para hablar con Dios, el hombre —así se observa en las figuras de los Nacimientos— tiene que agacharse y mirar hacia abajo, porque el Infinito se ha achicado hasta hacerse Niño.

Necesitábamos saber que el Pastor de nuestras almas no venía con el cayado en la mano para castigar justamente con él nuestras maldades. *Quería Dios que no le tuviéramos miedo,* porque, aunque justo, es sobre todo misericordioso.

Y se presentó como niño.

Lope de Vega lo ve como un amoroso contrapunto del Sinaí:

Antiguamente miraba
en nube, en monte y en fuego;
y, en ofendiéndole, luego
del ofensor se vengaba.
No se dejaba mirar
envuelto en nubes y velos;
ahora en pajas y hielos

se deja ver y tocar.
Como mira a los que son
la causa por quien suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.

Quería Dios templar en nosotros los afanes de grandeza. El portal de Belén y el Niño nacido en él son el mejor epitafio sobre la tumba de las grandezas al uso. Con razón decía Pemán en el *Divino Impaciente:*

«que fue acostumbre divina
eso de sacar las grandes
cosas de apariencias chicas:
del huevo nace la garza,
del grano brota la espiga,
de un portal y de un pesebre
la Redención y la Vida».

¡A ver si aprendemos!

¡Y a ver si nos entra aquello de que si no nos hiciéremos como niño, no entraremos en el Reino de los cielos! (Mt 18,3).

Y dado que la enseñanza fundamental de Jesús como Segundo Adán iba a ser la obediencia al Padre («como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos», Rom 5,19), quiso ejemplificar esa obediencia teologal en *la obediencia terrena a*

sus padres en Nazaret. San Lucas resume toda su vida oculta —después del episodio del Templo— diciendo que «les estaba sujeto» (Lc 2,51).

Así nos enseñaba a honrar padre y madre: ese mandamiento que tantos hoy —¡en nombre del progreso!— piensan pasado de moda.

Me cuesta creer, Señor, que te pasaras treinta años obedeciendo a tus padres para enseñarnos algo que el progreso hubiera de relegar tan pronto al Museo de Antigüedades.

Otra posible razón.

Dios hecho hombre quiso nacer niño para *necesitar los cuidados humanos de sus padres,* enseñándonos así —como dirá de mayor— que sigue necesitando de nosotros en la persona de los que tienen carencias, y que da por prestados a El los cuidados que a éstos prestemos (Mt 25,40).

¡Ojalá hiciéramos nuestra la generosidad del ciego del naranjel que expresó tan bellamente el autor anónimo de este romance!:

Camina la Virgen pura,
camina para Belén,
con un Niñito en los brazos
que más bello que el sol es.
En la mitad del camino
pidió el Niño de beber.
—No pidas agua, mi Vida,
ni pidas agua, mi Bien;
que van los ríos muy turbios,
y no se pueden beber.

Un poquito más alante
hay un verde naranjel,
cuajadito de naranjas,
que más no puede tener.
Un ciego lo está cuidando,
ciego que no puede ver.
—Ciego, mi buen cieguecito,
si una naranja me dier
para la sed de este niño
un poquito entretener.
—Coja usted, buena Señora
coja usted, buena mujer;
y, en cogiendo para el Niño,
coja también para usted.

La Virgen, como era Virgen,
no cogía más que tres.
El Niño, como era Niño,
toda las quiere coger.
Cuantas el Niño cogía
volvían a florecer.

—Toma, ciego, este pañuelo:
limpia los ojos con él.

Apenas marchó la Virgen,
el ciego comenzó a ver.
—¿Quién sería esa Señora?
¿quién sería esa mujer?
¿Quién sería esa Señora
que me ha hecho tanto bien?

¡Si será la Virgen pura
y el Niñito de Belén...!

¡Ojalá aprendiéramos esta bella lección!

Aprovecharíamos al máximo el regalo del Señor al nacer entre nosotros hecho Niño.

Y podríamos completar el conocido romance diciendo así:

Si le diéramos naranjas
a todo el que tiene sed,
el pañuelo de la Virgen
curaría la ceguera
de nuestras almas. Amén.

Pues... Amén. ¡Que así sea!

—¿Por qué Niño?
—Para que hubiera María y José.

La Virgen Madre lo mira
ya llorando, ya riendo:
que como es su espejo el Niño
hace los mismos efectos.
No lejos el casto esposo
mirándole está encogido,
y de los ojos atentos
llueve al revés de las nubes
porque llora sobre el cielo.

EL PRIMOGENITO

«Y dio a luz a su hijo primogénito» (Lc 2,7).

La Iglesia Católica ha sostenido siempre la virginidad perpetua de María antes del parto, en el parto y después del parto.

Concebido Jesús por la acción del Espíritu Santo y sin obra de varón, es para nosotros evidente que María no tuvo más hijos. Pero dado que en el Nuevo Testamento se habla con relativa frecuencia de «hermanos de Jesús», la piedad cristiana de los primeros siglos, convencida de la validez de su creencia, pero desconocedora del alcance genérico del término en la lengua original de la catequesis aramea que recogen los Evangelios (= cualquier tipo de pariente), recurrió en la literatura apócrifa a la peregrina idea de un matrimonio anterior de San José, del cual procederían esos presuntos «hermanos de Jesús».

La invención era innecesaria por la razón filológica indicada. Por otra parte, Santiago y José, que en Mt 13,55 y Mc 6,3 son llamados «Hermanos de

Jesús», aparecen en Mt 27,5 como hijos de una María que evidentemente no es la Madre de Jesús.

Pero otro argumento empleado desde las primeras herejías contra la virginidad perpetua de María es el hecho de que San Lucas en nuestro pasaje diga que Jesús fue el primogénito de María: si fue primogénito es que hubo otro después.

Con razón San Jerónimo escribía contra Helvidio que primogénito no es necesariamente aquel a quien siguen otros hijos, sino que siempre lo es aquel antes del cual no ha habido otros. Y ello, independientemente de que sea único o no.

Conocido es el caso del epitafio encontrado en Tell-el-Yehudiyeh (Leontópolis) de Egipto, fechado el 25 de enero del año 5 antes de Cristo, sobre la tumba de una mujer judía que, hablando en primera persona, dice haber muerto del parto de su primogénito: «En los dolores del parto del hijo primogénito la Suerte me llevó al término de mi vida.» Aunque llame primogénito al hijo de cuyo parto murió, nadie se atreverá a afirmar que tuvo más hijos después.

En el caso de San Lucas, es indudable que María no había tenido ningún hijo con anterioridad a Jesús. Ello bastaba para que el Evangelista lo llamara «primogénito», aunque estuviera seguro de que María no tuvo más hijos.

Pero hay otra razón más poderosa para que el Evangelista dé a Jesús el calificativo de «primogénito» de María.

Haya o no haya otros hijos después, el primogénito en el mundo hebreo es una institución jurídica y religiosa de extraordinaria importancia.

Se distingue entre primogénito de padre y primogénito de madre, que, por razones obvias, pueden no coincidir, y que tienen significación y alcance bien distinto.

El *primogénito de padre* era en la jurisprudencia judía el «heredero», como en el fuero catalán «el heréu». Basta recordar el derecho de primogenitura que Esaú vendió a Jacob por un plato de lentejas.

El *primogénito de madre* (literalmente «el que abre el seno materno») tiene, si es varón, un valor especial ritual litúrgico:

El niño así nacido tenía que ser consagrado como «primicias» a Yahveh. Antes de Moisés quedaba al servicio del culto. Después que Moisés asignó esa función a la tribu de Leví, los primogénitos de madre eran sustituidos por los levitas. Para ello eran rescatados con una limosna de cinco siclos de plata, que se destinaban al sostenimiento de los levitas. El importe del rescate, equivalente al sueldo de 20 días de un menestral, supuso para José el sacrificio de sus ingresos de casi un mes.

A la luz de estas noticias resulta evidente que el calificativo de «primogénito» dado por Lucas a Jesús subraya la categoría ritual litúrgica del primer hijo varón de Nuestra Señora, sin ninguna referencia a eventuales hijos posteriores, sino de cara al episodio inmediatamente posterior de la Presenta-

ción en el Templo, que el mismo Evangelista va a referir (Lc 2,22-24).

No es la única vez que los autores inspirados del Nuevo Testamento dan a Jesús el hermoso título de «Primogénito».

Si a los herejes les sirvió de pretexto para negar —bien infundadamente, como acabamos de ver— la virginidad perpetua de María, para nosotros, Señor, está lleno de resonancias amorosas.

Por de pronto me recuerda tu condición de «consagrado»: Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva Alianza.

Y me gusta oírte llamar, en cuanto Dios-Hombre, «Primogénito de toda la Creación» (Col 1,15), con una primacía de excelencia y de causalidad, ya que «todo fue creado por Ti y para Ti, y Tú existes con anterioridad a todo, y todo tiene en Ti su consistencia» (Col 1,16s).

Tú no tienes hermanos biológicos, porque tu Madre fue Virgen antes del parto y después del parto. Pero somos legión tus hermanos adoptivos.

Tú nos has concedido ser por gracia Hijos de Dios, como Tú eres por naturaleza el Hijo de Dios.

Eres nuestro Hermano Mayor, «Primogénito del Padre» (Hebr 1,6) y «Primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29).

Tú nos enseñaste a llamar a tu Padre «Padre nuestro» (Mt 6,9), y Resucitado mandaste a la Magdalena decir a los apóstoles: «Subo a mi Padre y vuestro Padre» (Juan 20,17).

Tú eres, por fin, «el Primogénito entre los muertos» (Col 1,18), «primicias de los que durmieron» (1 Cor 15,20): el Primero en resucitar como prenda y garantía de nuestra futura resurrección.

Hizo muy bien San Lucas en llamarte Primogénito al nacer.

¡Lo eres por tantos títulos...!

Deja que te digamos: cuida, como Hermano Mayor, de tus hermanos pequeños.

> *Consagrarás a Yahveh todo lo que abra el seno materno... Y dirás: con mano fuerte nos sacó Yahveh de Egipto, de la casa de la servidumbre. Como Faraón se obstinó en no dejarnos salir, Yahveh mató a los primogénitos en el país de Egipto, desde el primogénito del hombre hasta el primogénito del ganado* (Ex 13,13s).

> *Señor, Tú que te has dignado redimirnos y has querido hacernos hijos tuyos, míranos siempre con amor de padre y haz que cuantos creemos en Cristo, tu Hijo, alcancemos la libertad verdadera y la herencia eterna* (Colecta del V Domingo de Pascua).

LOS PRIMEROS TESTIGOS

«Había en la comarca unos pastores... Y se les presentó el ángel del Señor» (Lc 2,8s).

Es evidente que la venida de Jesús inaugura un tiempo nuevo en el que el valor de las cosas para los creyentes no va a ser el que el mundo les venía dando —y en buena parte les sigue dando— equivocadamente.

Dios se ha buscado para Madre a una ignorada doncella de un pueblo tan pequeñito que no figuraba en los mapas.

Ha elegido para nacer el corral de un refugio de caravanas, en medio de animales de carga y arrastre. Por no tener, no tuvo cuna, sino que su Madre lo hubo de reclinar sobre las pajas de una pesebrera.

Los creyentes sabemos que el recién nacido es el «Rey de Reyes y Señor de los que dominan» (Apoc 19,16). Pero nada de lo que le acompaña se aviene con el atuendo que se usa en los palacios cuando le nace un hijo al Rey.

Ahora seguimos de asombro en asombro.

Dios envía un ángel a dar la feliz noticia del nacimiento del Mesías a los que ha destinado a ser los primeros testigos del hecho que va a partir en dos —antes y después de El— la Historia de la Humanidad.

Embajador de Dios... ¿ante quién?

Ante unos humildes pastores, ocupados en guardar sus rebaños a las afueras de Belén, en lo que hoy es el barrio o pueblecito de Beit Sahur («Casa de los Trasnochadores», porque velaban de noche sus ganados).

¡Los ángeles en un aprisco!

Si no supiéramos que el Señor lo sabe todo, nos sentiríamos tentados a advertirle que en la jurisprudencia judía de aquel tiempo los pastores eran el estrato ínfimo de lo que los rabinos llamaban «el pueblo de la tierra», y no podían ser citados como testigos en un juicio, porque no era válido su testimonio.

El Señor sabía todo eso.

Era El quien se proponía advertirnos a nosotros que esa infravaloración de los hombres sencillos e ignorantes tenía que desaparecer.

El mundo, con la venida del Hijo de Dios hecho Hombre, tenía que acostumbrarse a cambiar el equivocado baremo de valores que venía empleando.

El valor de las personas y de las cosas no es el que el mundo les confiere, sino el que Dios les da. Y Dios valora todo de muy distinta manera a como lo hace el mundo.

Un día Jesús dirá: «Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11,25; Lc 10,21).

Y el apóstol San Pablo escribirá a los corintios: «Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a nada a lo que es» (1Cor 1,27s).

El criterio de Dios es el que vale.

Lo que el mundo valora sólo vale si coincide —y eso ocurre pocas veces— con la valoración de Dios.

Los pastores de Belén, cuando la Nochebuena, no podían ser testigos en un juicio porque legalmente no era válido su testimonio. Pero Dios hace de ellos los primeros testigos del Nacimiento de Jesús.

Y lo hicieron muy bien.

Se presentaron puntuales a la cita. Dice San Lucas que «fueron a toda prisa» (Lc 2,17).

Y dieron testimonio *ce por be* de lo que el ángel les había comunicado: «Al verlo dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel Niño» (Lc 2,17).

Y —¡cosa extraña!— los presentes los creyeron, aunque legalmente no eran dignos de crédito: «Y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían» (Lc 2,18).

Finalmente, como el ángel les había dicho que el acontecimiento era una noticia alegre, «se volvieron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído» (Lc 2,20).

Merecerían estos buenos pastores de Belén ser nombrados Patronos —puesto que son modelo— de los seglares comprometidos por su vocación cristiana a colaborar en la misión evangelizadora de la Iglesia.

El mundo sigue de espaldas a la alegre noticia de la Navidad.

Y ya no están los ángeles ni los pastores para anunciársela.

El Señor quiere AHORA QUE SEAMOS NOSOTROS —los creyentes— quienes demos testimonio de que El está con nosotros.

¡De prisa, hermanos, como los pastores!

Que también a nosotros nos ha dicho Jesús que nos quiere «testigos suyos en Jerusalén y en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra» (Hechos 1,8).

Testigos de que vino.

Y testigos de que sigue «estando con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt 28,20).

La validez de nuestro testimonio está en la verdad de lo que atestiguamos.

Lo importante es que no nos convirtamos en contratestimonio si nuestra conducta no es coherente con lo que anunciamos.

Los pastores, primicias de la Iglesia de Israel, iluminados por tu resplandor y advertidos por los ángeles, reconocieron a Cristo Salvador (Prefacio de la Misa de la Virgen, n. 6).

«OS ANUNCIO UNA GRAN ALEGRIA»

«El ángel les dijo (a los pastores): No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo» (Lc 2,10).

Para nosotros es cosa sabida.

Pero al mundo hay que decírselo repetidas veces y a voz en grito: el Cristianismo es el anuncio de una gran alegría.

Un Cristianismo hosco, tétrico y fúnebre es una falsa caricatura de mal gusto.

Lo que pasa es que en el mundo priva un concepto equivocado y una visión errónea de la alegría.

Se la confunde con la jarana o el jolgorio estrepitoso con el que frecuentemente sólo se busca acallar la profunda carencia de verdadera alegría, como lo que se cuenta de aquel jefe negro que llevaba siempre consigo un esclavo con un voluminoso gong para que lo tocara estrepitosamente si le veía fruncir el entrecejo por algún disgusto.

Los gramáticos definen la alegría como un estado de ánimo placentero ante el anuncio o vivencia de un acontecimiento fausto. De ahí que la hondura y duración de la alegría dependa de la validez y permanencia del acontecimiento anunciado o vivido. Y los acontecimientos que generan las alegrías del mundo son inconstantes y duran poco: como paja que arrebata el viento.

En nuestro caso lo que los ángeles anunciaron y los pastores experimentarán dentro de poco es el hecho más trascendental en la historia humana: el Nacimiento de «Dios con nosotros». El acontecimiento no tiene semejante. La felicidad del hombre sólo puede consistir en el contacto con Dios. Fuente de toda Vida. Y eso que los hombres no podrían conseguir por su propio esfuerzo, dada la infinita distancia que los separa de la Divinidad, lo ha realizado Dios haciéndose hombre e insertándose en la historia humana. El Niño cuyo nacimiento en Belén anuncia el ángel a los pastores es «Dios con nosotros»: Dios con nosotros entonces en carne mortal y así durante treinta y tantos años; pero «Dios con nosotros» después de Resucitado en la Eucaristía «todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt 28,20), como prenda de la compañía eterna en los cielos.

«Me voy a prepararos un lugar —dirá Jesús poco antes de subir a los cielos—. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde esté Yo estéis también vosotros» (Juan 14,2-3).

No hay acontecimiento más trascendental para el hombre ni más duradero. De ahí que su anuncio y su vivencia sean la causa de la más honda y permanente alegría.

Ese Dios con nosotros viene a redimirnos, que es tanto como decir reconciliarnos consigo: suerte que no tuvieron los ángeles pecadores y hemos tenido los hombres. Lo recalca, con cierto deje de envidia, el mensajero divino: *«Os* ha nacido hoy... un Salvador.» Se adivina en sus palabras la diferencia entre los hombres redimidos y sus compañeros irremisiblemente condenados: *«Os* ha nacido...»

El cristiano debe tener continuamente presente este motivo de profunda alegría.

Jesús en la Ultima Cena lo repitió con frecuencia: «Os he dicho esto para que mi gozo esté siempre en vosotros y vuestro gozo sea colmado» (Juan 15,11).

«En verdad, en verdad os digo: que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero vuestra tristeza se convertirá en gozo... Estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y vuestra alegría nadie os la podrá quitar» (Juan 16,20-22).

Y en la Oración Sacerdotal pedía a su Padre: «Ahora voy a Ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada» (Juan 17,13).

Será inevitable que los sufrimientos y tribulaciones del mundo nos hagan sentir momentáneamen-

te lo que el mismo Jesús experimentó en la noche que precedió a su Pasión, y que le hizo exclamar: «Mi alma está triste hasta el punto de morir» (Mt 26,38). Pero aun en medio de ellos su apóstol pudo decir: «Sobreabundo de gozo en medio de mis tribulaciones» (2 Cor 7,4).

Y Santa Micaela del Santísimo Sacramento llegaba a decir: «No conozco más tristeza que la de ofender al Señor o amarle poco.»

Sé que es envidia, Señor, entristecerse del bien ajeno.

Pero no lo es la tristeza que me inunda cuando veo las falsas alegrías del mundo que me rodea. Porque no me entristezco de su bien, sino de su desgracia y de su error.

¿Qué podría hacer yo para cambiárselo?

Me gustaría poderles gritar, como Tú a tus discípulos cuando se alegraban de cosa tan legítima como era comprobar que «los demonios se les sujetaran en tu nombre»: «No os alegréis por eso: alegraos porque vuestros nombres están escritos en el libro de la vida» (Lc 10,17ss).

¡Hombres alocados! No os alegréis por cosas deleznables que no duran... Alegraos por algo que permanezca para siempre.

Os anuncio una gran alegría.

Ya no vienen los ángeles a repetirla.

Pero yo la he probado. Venid y los veréis. Alegraos de que nos ha nacido «Dios con nosotros». Alegraos de que ha muerto por vosotros para re-

conciliaros consigo. Alegraos de que ha resucitado. Y ya no muere más. La muerte ya no tiene dominio sobre El (Rom 6,9). Es El quien «tiene las llaves de la Muerte y del Abismo» (Apoc 1,18).

«Alegraos. De nuevo os lo repito: Alegraos... porque el Señor está cerca» (Fil 4,4-5).

«Ha fijado su tienda entre nosotros» (Juan 1,14).

Le tenemos a mano: en todos los Sagrarios de la tierra, dentro de nosotros si comulgamos.

Os anuncio una gran alegría.

¿Os parece pequeña?

> *Somos siervos indignos tuyos, Señor, y estamos afligidos por nuestros pecados: haznos encontrar la alegría en la venida salvadora de tu Hijo* (Colecta del Jueves de la III Semana de Adviento).

> *Inspira, Señor, a tu pueblo el amor a tus preceptos y la esperanza en tus promesas para que, en medio de las vicisitudes del mundo, nuestros corazones estén firmes en la verdadera alegría* (Colecta del Domingo XXI durante el Año).

«GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS»

(Lc 2,14)

Dios hizo el mundo para su gloria.

Aseguran los teólogos que tuvo que ser así, porque Dios no pudo tener otra finalidad distinta de Sí mismo.

Dios hizo el mundo para su gloria. Pero no «para lucirse», cosa que no tendría sentido. La gloria de Dios es la manifestación de su bondad. Y ésta se muestra en hacer partícipes de ella a sus criaturas. Dios es el Sumo Bien. Y el Bien es difusivo de sí mismo. Esta comunicación que el Sumo Bien hace de Sí mismo sólo adquiere sentido cuando el receptor es consciente de lo que recibe.

La Creación inanimada —en su doble dimensión de grandes volúmenes y de imperceptibles átomos (macrocosmos y microcosmos)— es de por sí una aparatosa y asombrosa manifestación de la grandeza, sabiduría y bondad del Creador; pero inmensa sinfonía muda, mientras no hubiera un oyente que pudiera percibirla.

Sólo adquirió sentido cuando aparecieron los seres inteligentes y libres, capaces de percibir esa incomparable melodía y de valorarla y aplaudirla.

Se comprende la exactitud de la clásica afirmación de San Ignacio: «El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios.»

A la definición filosófica de «hombre» —animal racional— le faltan dos elementos esenciales que definan su causa eficiente y su finalidad: el hombre es esencialmente un *ser creado por Dios y destinado a darle gloria* (alabarle, hacerle reverencia y servirle). Está hecho para eso. Y no sirve para otra cosa. Para eso lo hizo el que lo hizo.

Cuando en Madrid funcionaba el Teatro Real había una institución (que con evidente galicismo llamaban la «claque») formada por individuos gratuitamente invitados a todos los espectáculos —y hasta modestamente remunerados— con el encargo de aplaudir si no lo hacían a su debido tiempo los espectadores del patio de butacas y, sobre todo, si el tenor o la soprano rozaban una nota.

Eso somos los hombres en el Gran Teatro del mundo: invitados gratuitos al maravilloso espectáculo de la Creación e incentivados con la promesa de una remuneración eterna si cumplimos el oficio de alabar y felicitar al Creador, en nombre de las criaturas inanimadas que no lo pueden hacer. Quizá por eso nos hizo con las manos libres: para que pudiéramos aplaudir.

Dios no desafina nunca, aunque a menudo a nosotros su música nos resulta estridente. Tampoco

entonces debe faltarle nuestro caluroso aplauso.

Desgraciadamente, la mayoría de los hombres desconocen que su destino es ejercer como sacerdotes de la Creación o viven como si no lo supieran.

Los que lo saben y desean cumplirlo se sienten incapaces de hacerlo como Dios se merece, porque reconocen que su voz es muy débil para subir hasta el Trono de la Divinidad...

Y para colmo, el pecado ensució sus labios y entorpeció su lengua. Cada uno podría decir como Jeremías: «¡Ah, Señor Yahveh!: Mira que no sé expresarme, que soy un niño chico» (Jer 1,6). O como Isaías: «¡Ay de mí, que... soy un hombre de labios impuros y entre un pueblo de labios impuros habito!» (Is 6,5).

Es dramático sentirse responsable de un honroso quehacer y no poder realizarlo debidamente.

Pero Dios no hace las cosas a medias.

Los ángeles de la Nochebuena hicieron saber a los hombres la grata noticia: «¡Gloria a Dios en las alturas!» (Lc 2,14).

Desde ese momento la humanidad ejerce cumplidamente el oficio para el que fue creada. Desde esa noche hay sobre la tierra un Hombre que, por ser Persona Divina, da infinita gloria a Dios en nombre de la humanidad entera. En Cristo adquiere la naturaleza humana la perfección a la que nunca hubiera soñado poder llegar.

Más aún. Ese Hombre ha venido a incorporar a Sí por el Bautismo a cuantos crean en El. Todos

los bautizados serán miembros de un Cuerpo cuya Cabeza es El. Gracias a esa incorporación, las alabanzas, acciones de gracia y peticiones de cada bautizado pasan por Cristo, que las hace suyas, y como suyas las presenta al Padre.

Por ello no sólo El, sino los bautizados todos a través de El, dan gloria a Dios en las alturas.

Nuestra débil e insignificante voz llega a los cielos.

La Encarnación del Verbo realiza la humanidad ideada por el Creador, y hace posible la dimensión glorificadora de Dios que al hombre compete por eterno designio divino.

Jesús, Unico, Sumo y Enterno Sacerdote, hace partícipes de su sacerdocio a todos los bautizados. Con estas palabras describe el Concilio Vaticano II el sacerdocio común de los fieles: «Todas sus obras (de los fieles bautizados), preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en *hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo* (1Pet 2,5), que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del Cuerpo del Señor, ofrecen piadosísimamente al Padre» *(Lumen Gentium,* n. 34).

Siempre que he meditado en el Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio aquello de que «el hombre es creado para alabar, hacer reverencia y *servir* a Dios», me he

preguntado si no será una petulante presunción de los hombres eso de creer que le *servimos a Dios para algo*.

Ahora lo entiendo: Yo de mí no le sirvo a Dios para nada. Pero incorporado a Cristo por el bautismo, le sirvo a Dios para algo.

Eso me hace feliz. Pero no me envanece, ni me da derecho a nada. Si cumplo ese quehacer —¡y ojalá lo cumpla!— diré lo que Jesús mandó decir en estos casos: «Siervo inútil soy: no he hecho más que lo que tenía que hacer» (Lc 17,10).

No me tienes que dar porque Te alabe,
porque tuya es la luz con que mi mente,
contemplando las cosas todas, sabe
que las hizo tu Amor Omnipotente.

El mundo y cuanto en él alienta y cabe
me pide que Te cante eternamente.
Por eso yo no quiero que se acabe
el hilo de mi voz intermitente.

Sé que nada Te doy cuando Te canto.
No necesitas Tú de mi cariño.
Yo sí del Tuyo siempre, ¡sabes cuánto!

Quiero que Tú me quieras y me abraces;
que lo tengo muy claro desde niño:
¡Sólo seré feliz si Tú me haces!

Dios mío, ábreme los labios y suéltame la lengua.

Que nunca se interrumpa mi canto de alabanza a tu grandeza.

Y que lo haga siempre —porque si no de nada sirve— por Jesucristo, mi Señor.

Señor Jesús, el hombre en este suelo
cantar quiere tu amor;
y junto con los ángeles del cielo
te ofrece su dolor.
El cielo ya no está solo
la tierra ya no está a oscuras.
Hermanos, cantad conmigo:
«Gloria a Dios en las alturas»
(Oficio de Lecturas de la Navidad)

PAZ A LOS HOMBRES

«... Y sobre la tierra paz a los hombres, objeto del divino beneplático» (Lc 2,14).

El mundo tiene un concepto horizontal de la paz.

Paz para el mundo es la ausencia de guerras, enemistades o enfrentamientos entre los hombres.

Y en esa línea se entiende frecuentemente esta segunda parte del cántico de los ángeles en la Nochebuena. Como mensaje teológico que es, el parlamento angélico querría decir que el Niño nacido en Belén había venido a traer la paz entre los hombres.

¡Fracaso rotundo!

Tras los pocos años que duró la llamada paz octaviana, el mundo se ha debatido y debate en continuas guerras.

Pero Jesús negó repetidas veces y expresamente haber venido a eso.

El sabía —como dijo Simeón a sus padres teniéndolo en brazos el día de su presentación al

Templo— que iba a ser «bandera de contradicción» (Lc 2,34). Y por eso confesó públicamente: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. He venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra. Y enemigos de cada cual serán los que conviven con él» (Mt 10,34-36).

No será culpa suya, sino de la sociedad empecatada que con las mismas palabras había descrito Miqueas (7,6). Pero Jesús sabe que su venida no dará fin a los enfrentamientos entre los hombres, sino comienzo a otros nuevos por la radicalidad de su mensaje.

Su paz es de otro orden.

Cuando se despida de sus discípulos en la Ultima Cena, les dirá: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo» (Juan 14,27).

Porque efectivamente Cristo vino a traer paz: «Príncipe de la Paz» es uno de los títulos que el profeta Isaías daba al futuro Enmanuel (Is 9,6), y del Mesías esperado dijo Miqueas: «El será la Paz» (Miq 5,5).

Pero la paz que Jesús encarna y viene a traer es precisamente la paz mesiánica: la paz don de Dios, la paz vertical, que a la mayoría de los hombres desgraciadamente no les dice nada.

Jesús vino a reconciliar a Dios con los hombres.

San Pablo asegura que en este sentido Jesús es paz para todos: judíos y gentiles. «El es nuestra

Paz... Vino a anunciar la paz: Paz a vosotros que estabais lejos y paz a los que estaban cerca. Porque por El unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu» (Ef 2,14-18).

Y en otro lugar añade el apóstol: «Todo proviene de Dios que nos reconcilió consigo en Cristo. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando el mundo consigo» (2 Cor 5,18s).

Jesús vino a poner a Dios en paz con los hombres.

Así, el Nacimiento de Jesús dio a los hombres —de abajo a arriba— la posibilidad de dar a Dios la gloria que se merecía, y aportó a los humanos —de arriba a abajo— la reconciliación, el perdón y la amistad con Dios.

¿No tiene nada que ver la Navidad con la paz entre los hombres?

En la medida en que los hombres hagan suya esa paz vertical —pero sólo en esa medida— conseguirán la paz horizontal entre unos y otros; porque es inconcebible la paz con Dios que no revierta en paz entre los que se sienten perdonados y amigos de Dios.

Por el contrario, estarán condenados al fracaso todos los movimientos y esfuerzos pacifistas entre los hombres que se hagan de espaldas a Dios o sin preocuparse de establecer previamente la paz con El.

Aunque no fuera más que por esta razón lógica, habría que dar siempre prioridad a la paz vertical sobre la horizontal.

Pero es que, además, a poco que pensemos, aquélla es mucho más importante que ésta. Infinitamente superior a la deseable ausencia de guerras y disensiones entre hombres es para la humanidad, pecadora y justamente condenada, la reconciliación y paz con Dios.

Jesús dijo una vez: «No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo» (Mt 10,28).

Ese bien supremo de la paz con Dios, que ninguna sociedad ni esfuerzo pacifista de este mundo podría jamás alcanzar, lo conseguirá un día —lo ha conseguido ya para nosotros— ese Niño nacido en Belén, cuya aparición celebran los ángeles con su bello cántico de la Nochebuena.

Para los que tenemos fe es sobremanera consoladora esta dimensión vertical que evidentemente tiene la segunda parte del mensaje angélico navideño: «Y sobre la tierra paz a los hombres que ama el Señor.»

Esa es la verdadera prueba de que Dios nos ama.

Escribe San Juan: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4,10).

¡Bendito sea ese Niño cuyo nacimiento hace casi dos mil años recordamos con gozo cada Navidad!

¡Y bendito el aguinaldo que nos trajo: la paz con Dios!

Acepta, Señor, en la Fiesta Solemne de la Navidad esta ofrenda que nos reconcilia contigo de modo perfecto, porque en ella se encierra la plenitud del culto que el hombre puede tributarte (Oración sobre las Ofrendas de la Navidad: Misa del Día).

MARAVILLOSO INTERCAMBIO

Así define el Nacimiento de Jesús el Tercer Prefacio de Navidad: «Hoy resplandece ante el mundo el maravilloso intercambio que nos salva.»

Contemplamos algunas de las múltiples facetas de ese intercambio.

«DIOS CON NOSOTROS». NOSOTROS CON DIOS

> «Una virgen concebirá y dará a luz un niño y le pondrá por nombre Emmanuel (= Dios con nosotros) (Is 7,14; Mt 1,23).

La Navidad había sido anunciada así por el profeta Isaías, con fraseología propia del Antiguo Testamento, que atribuye valor simbólico a los nombres teóforos de los personajes anunciados y con ellos describe la realidad teológica de los acontecimientos futuros. El nacimiento del Niño anunciado por Isaías será una prueba evidente de que *Dios está a favor de su pueblo,* en un sentido providencialista de elección.

San Mateo, al describir el anuncio del ángel a José y su realización en el nacimiento de Jesús, asegura que «todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del Profeta» (1,22). Ahora bien: el hijo de María *no se llamó Emmanuel,* sino Jesús, por encargo expreso del ángel a María (Lc 131), y sobre todo a José, a quien se explica el alcance del nombre real histórico: «Le pon-

drás por nombre Jesús, porque El *salvará* a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,21).

Por San Juan sabremos después que «el Verbo de Dios se hizo carne» (Jn 1,14). Por ello, el nombre mesiánico «Dios con nosotros», aplicado a El, supera con mucho el sentido de actuación divina providencial en favor de su pueblo: Afirma el hecho estremecedor de que en Jesús, *Dios hecho hombre está con nosotros,* ha fijado su tienda entre nosotros, se ha hecho ciudadano terrícola.

Por algo quiso nacer con ocasión de su censo. No nos consta que se haya conservado, pero es seguro que su nombre fue inscrito en el empadronamiento que los oficiales de Herodes hicieron en Belén por los días en que Jesús nació.

«Dios con nosotros».

El afán de la Humanidad en todos los tiempos de contactar con la Divinidad —afán que los hombres nunca hubieran podido realizar por la infinita distancia que separa al Creador de sus criaturas— es un hecho real desde la Noche Buena: Humanidad y Divinidad han aparecido unidas hipostáticamente (en una misma Persona, la Segunda de la Santísima Trinidad, que ha asumido la Humanidad en el seno de la Virgen).

Gracias a esa unión, Dios se hizo tangible, hasta el extremo de que San Juan (1 Jn 1,1) pudiera asegurar que *ellos lo habían visto y oído, lo habían contemplado y tocado con sus manos.* Y el mismo Jesús pudo afirmar: «El que me ha visto a Mí ha visto al Padre»:

Ni se acabó ese contacto con la subida de Jesús a los cielos.

Antes de irse, el Maestro nos aseguró: «*Yo estoy con vosotros* todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

Y no fue una frase retórica para indicar su asistencia y apoyo a las tareas eclesiales que encomendaba a sus discípulos.

La Eucaristía sigue siendo realmente «Dios con nosotros».

Dios es vecino de todos los municipios de la tierra donde hay un Sagrario.

El intercambio en este caso es maravilloso.

Este acercarse Dios a nosotros tiene como objetivo final que nosotros estemos siempre con El.

Emociona leer que el Señor escogió a los Doce «para que estuvieran con El» (Mc 3,14). Pero ¿qué es la llamada al Cristianismo sino una llamada a vivir eternamente con Dios?

Comienza ese contacto con el Bautismo que nos incorpora a Cristo.

Se alimenta continuamente con la Eucaristía, que nos hace vivir su misma vida.

Y culmina con la gloria eterna en su compañía: «Dios llevará consigo a los que murieron en Jesús» (1 Tes 4,14). «Cristo murió por nosotros para que, velando o durmiendo (= vivos o muertos), vivamos juntos con El» (1 Tes 5,10). «Y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tes 4,17).

Dios se hizo «Dios con nosotros» aquí para que nosotros estuviéramos siempre con El en el cielo.

Dios en Cristo se hizo Cabeza de un Cuerpo, cuyos miembros somos todos los bautizados. El es la Cepa en la que los bautizados estamos injertos como sarmientos. Si no nos desgajamos voluntariamente de la Cabeza o de la Cepa, esa unión con Dios será para siempre.

Tal es el plan de Cristo. Así lo prometió en la Ultima Cena: «no se turbe vuestro corazón. Creeis en Dios; creed también en Mí. En la Casa de mi Padre hay muchas mansiones; si no, os lo hubiera dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que *donde esté Yo, estéis también vosotros*» (Jn 14,1-3).

Así lo pidió a su Padre en la Oración Sacerdotal: «Padre, los que Tú me has dado, quiero que *donde Yo esté, estén también conmigo*» (Jn 17,24).

Con razón el Prefacio de la Ascensión asegura que Jesús no se ha ido a los cielos para desentenderse de nosotros.

Ha ido a sacarnos las entradas.

Y ya las tiene.

Pídele la tuya cuando hables con El.

> *Señor, Tú que te complaces en habitar en los limpios y sinceros de corazón, concédenos vivir de tal modo la vida de la gracia que merezcamos tenerte siempre con nosotros* (Colecta del VI Domingo durante el Año).

DIOS SE HACE DE NUESTRA FAMILIA PARA INTRODUCIRNOS A NOSOTROS EN LA FAMILIA DE DIOS

Literariamente, las genealogías, a las que el mundo bíblico es tan aficionado, a nosotros, los occidentales, nos resultan pesadísimas.

Pero, dejando aparte la monotonía machacona de las fórmulas («Abraham *engendró* a Isaac, Isaac *engendró* a Jacob»... y así hasta 42 veces igual), es sobrecogedor leer en Mt 1,1-17 y en Lc 3,23-38 la doble genealogía de Jesús: *descendiente* desde Abraham en el Primer Evangelista, y *ascendiente* hasta Adán en el Tercero.

Jesús es Dios hecho hombre.

¡Y pensar que Dios tiene genealogía humana... como cualquiera de nosotros!

Posiblemente no sea acertado pensar que la Tierra sea el ombligo del mundo. Desconocemos si en otros planetas —en nuestro Marte o en los de otros sistemas solares— hay habitantes. Pero una cosa es cierta: No sabemos que Dios se haya hecho marciano, ni habitante de cualquier otro

mundo; y, sin embargo, estamos seguros de que se ha hecho hombre terrícola. El Verbo de Dios hecho Hombre tiene árbol genealógico, que lo hace descendiente de Adán y, por tanto, miembro de la familia humana.

La deuda que por ello los hombres de la Tierra tenemos con Dios es impagable.

Si pensamos que históricamente la Encarnación ha tenido lugar después de nuestro rechazo culpable de la oferta salvífica de Dios a los hombres, la bondad del Señor se nos sale de todos los cuadros. No ha querido salvarnos a distancia ni valiéndose de intermediarios. Ha querido hacerlo en persona y fundiéndose con la raza humana pecadora. Lo que anunció por el profeta Ezequiel y pudo interpretarse en sentido metafórico («Yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él... Yo mismo apacentaré mis ovejas»: Ez 34,10-16), se cumple al pie de la letra cuando Jesús asegura que El es el Buen Pastor (Jn 10,11ss).

No es sólo que Dios generosamente nos haya perdonado —cosa que pudo hacer a distancia y por decreto—, es que lo ha llevado a cabo realizando en persona la figura jurídica, bien conocida en el Antiguo Testamento, del Redentor o *Go'el*. Redentor (= Go'el) designaba al *pariente más próximo* que tenía el derecho y el deber de vengar la muerte del consanguíneo asesinado, rescatar para la familia el campo que uno por necesidad hubiera tenido que enajenar, y liberar al pariente que cayera en esclavitud por impago de una deuda o como prisionero de guerra.

Yahveh gusta de llamarse Redentor de Israel, y Redentor del mundo entero había de ser el Mesías.

Lo que aplicado a Yahveh no pasaba de ser una bella metáfora, en Cristo constituye una auténtica realidad.

Cristo es nuestro verdadero Redentor, y para ello *se hizo hermano nuestro*.

Lo asegura el autor de la Carta a los Hebreros: «Tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos» (Hb 2,11). Como pariente cercano nuestro, Jesús asume el oficio de Redentor para aniquilar al Fuerte que nos tenía esclavos, y devolvernos la libertad de los hijos de Dios.

Ese alcance tiene la realidad asombrosa de que Dios se haya hecho en Cristo miembro de la familia humana: Nacido de mujer y con árbol genealógico humano.

Pero el asombro es mayor cuando descubrimos que Dios se ha hecho miembro de la familia humana *para hacer a los hombres miembros de la familia divina*.

Nos lo asegura San Juan en el Prólogo de su Evangelio: «A los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (Jn 1,12).

Y en su Primera Carta pondera: «Ved qué amor nos ha tenido el Padre que nos llamamos hijos de Dios, y lo somos» (1 Jn 3,1).

Por la Creación éramos simple hechura de Dios.

Comenzamos a ser hijos suyos, cuando nos hace «partícipes de su naturaleza divina» (2 Pet 1,4),

mediante un *nuevo nacimiento* en el Bautismo (Jn 3,3-5).

San Pablo no puede ser más explícito: «Nos eligió de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo» (Ef 1,5).

Y en otro lugar: «Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto: todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gal 3,26-28). «Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que somos hijos de Dios es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abba, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios» (Gál 4,4-7).

Lo mismo repite a los Romanos: «En efecto: todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos: Herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con El, para ser también con El glorificados» (Rom 8,14-17).

No es que Dios nos trate *como si* fuéramos hijos suyos: Es que lo somos.

¿Nos hemos dado cuenta los bautizados de que Jesús es hermano nuestro?

Es nuestro Hermano Mayor.

«Primogénito entre muchos hermanos» lo llama San Pablo (Rom 8,29).

el Nuevo Testamento, que los herejes plantean como si la Virgen hubiera tenido más hijos por vía de concepción natural, resulta ridícula ante la muchedumbre ingente de «hermanos» que formamos con Jesús la innumerable familia de los hijos de Dios.

¡Pues sí! Jesus tiene hermanos... y muchos. Yo soy uno de ellos.

Conviene notar de paso la insistencia con que los textos bíblicos que acabamos de leer hacen protagonista de nuestra inserción en la familia divina al Espíritu Santo, que a su vez protagonizó la Encarnación de «Dios con nosotros».

El Verbo se hizo miembro de la familia humana en el seno de María *por obra del Espíritu Santo,* y nosotros somos hechos hijos de Dios en el seno de la Iglesia, al «renacer del agua y *del Espíritu Santo*» (Jn 3,5), «por medio —escribe San Pablo— del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros con largueza, por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, fuéramos constituidos herederos, en esperanza, de la vida eterna» (Tit 3,5s).

San Isaac, Abad del Monasterio de Stella en San Petersburgo, subraya la multiplicidad y unicidad del Hijo de Dios, resultante de esta nuestra incorporación al Hijo Unico de Dios: «El Hijo de Dios es Primogénito entre muchos hermanos. Siendo Unico por naturaleza, agregó a Sí mismo por gracia a otros muchos que con El son uno. Porque "dio facultad de hacerse hijos de Dios a los que le reciben" (Jn 1,12). Hecho, pues, hijo del hombre, hizo a muchos hombres hijos de Dios. Siendo como era Unico, agregó a Sí mismo por su amor y su poder a otros muchos, que, siendo en sí muchos por la generación natural, por la divina regeneración son con El uno solo. Porque uno solo es el Cristo total: Cabeza y cuerpo. Unico El como Hijo de un solo Dios en el cielo y de una sola madre en la tierra; muchos hijos ellos, pero un solo Hijo.»

Por eso somos «hijos» de Dios. Porque el Unico Hijo de Dios nos ha hecho uno consigo.

¿Hay quien dé más?

> *Oh Dios, que de modo admirable has creado al hombre a tu imagen y semejanza, y de un modo más admirable todavía restableciste su dignidad por Jesucristo: condédenos compartir la vida divina de Aquel que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana* (Oración de la Hora Menor de Navidad).

> *¡Oh gracia para adorar*
> *que nunca cupo más alta!*
> *Tú para hacernos divinos*
> *humano a nosotros bajas.*

EL INVISIBLE SE NOS HACE VISIBLE PARA QUE NOSOTROS PODAMOS VER, CONOCER Y AMAR LAS COSAS INVISIBLES

Así canta el Primer Prefacio de Navidad: «La luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor, para que conociendo a Dios visiblemente, El nos lleve al amor de lo invisible.»

Por necesidad —humanamente hablando— Dios es invisible.

El Infinito no cabe en los estrechos límites de nuestra retina.

Solemnemente lo afirma tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento.

«Mi rostro no podrás verlo —decía Dios a Moisés—, porque no puede el hombre verme y seguir viviendo» (Ex 33,20).

Y el Prólogo del Evangelio de San Juan asegura lo mismo: «A Dios no le ha visto nunca nadie; el Hijo Unico, que está en el seno del Padre, El lo ha contado» (Jn 1,18).

San Pablo, por su parte, añade: «Habita una luz inaccesible, a Quien no ha visto ningún ser humano, ni lo puede ver» (1 Tim 6,16).

Al hombre sólo le es concedida una visión mediata de Dios, a través de las criaturas. También en esto coinciden Antiguo y Nuevo Testamento: «De la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sab 13,5). «Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras» (Rom 1,20).

El hombre verdaderamente religioso trata de descubrir la huella de Dios en las cosas. Y pregunta a las criaturas, como San Juan de la Cruz:

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
de flores esmaltado!:
Decid si por vosotros ha pasado.

Por supuesto las criaturas responden abiertamente:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura;
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

Pero el mensaje de las criaturas, aun siendo claro y sabroso, no satisface el hambre de lo divino que el mismo Dios puso en el alma:

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero.
No quieras enviarme
de hoy más ya mensajero
que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan
de Ti me van mil gracias refiriendo;
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

Y en efecto, Dios en Cristo se dejó ver.

El es «imagen de Dios Invisible» (Col 1,15), «resplandor de la gloria del Padre e impronta de su sustancia» (Heb 1,3).

En la Ultima Cena, «Felipe le dijo:

—Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Le dice Jesús:

—Tanto tiempo hace que estoy con vosotros ¿y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre» (Jn 14,8s).

«El que me ve a Mí, ve a Aquel que me ha enviado» (Jn 12,45).

Seguramente no sabía lo que pedían aquellos paganos prosélitos que se dirigieron un día a Felipe para decirle: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12,20s). Tampoco lo sabía a ciencia cierta Felipe, porque

esto sucedía antes de la aclaración de Jesús en la Ultima Cena. Pero ya en otra ocasión les había dicho el Maestro: «¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros estáis viendo! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron» (Lc 10,23s).

Cuando después de la Resurrección, iluminados por el Espíritu Santo, supieron que Jesús era la imagen de Dios invisible, se sentían felices de «lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de Vida» (1 Jn 1,1), y proclamaban gozosos: «Hemos comido y bebido con El» (Hechos 10,41).

Y nosotros ¿qué?

Nosotros no le hemos visto.

Pero aceptamos por fe que Dios en El se hizo visible. Y esta fe nos salva.

Así lo asegura San Pedro a los destinatarios de su Primera Carta, cuando alaba su fe en Cristo «a Quien amáis sin haberlo visto; en Quien creéis, aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa y alcanzando la meta de vuestra fe, la salvación de las almas» (1 Pet 1,8s).

Lo mismo nos garantiza Jesús, cuando, a propósito de la confesión de Tomás, que creyó después de palpar con sus manos al Resucitado, dice solemnemente: «Porque me has visto has creído, dichosos los ojos que sin ver creerán» (Jn 20,29).

No necesitamos, Señor, verte para creer.

Pero queremos verte para ser eternamente felices.

Y sabemos que así va a suceder: «Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor 13,12). «Queridos: Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3,2).

Algún día la fe será sustituida por la visión.

Para eso se hizo Dios visible en Cristo: para que nos sepamos destinados a verle cara a cara tal cual es la visión beatífica.

La aparición en forma visible del Unigénito, que está en el seno del Padre, nos ha traído noticia de las cosas que nadie ha visto más que El.

Y ha puesto en nosotros hambre de esas realidades invisibles.

¡Ojalá fuera verdad que los creyentes —como afirma San Pablo— «no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas»! (2 Cor 4,18).

Desgraciadamente a menudo somos de aquellos a los que recriminaba el Profeta porque «tienen ojos y no ven» (Jer 5,21).

Hay que perdirle al Señor que tenga misericordia de nosotros.

Al ciego Bartimeo de Jericó, que gritaba pidiendo ayuda, le preguntó el Señor:

—¿Qué quieres que te haga?

Y el respondió:

—Señor, que vea (Lc 18,41).

Cura, Señor, mi ceguera.

Haz que te vea en las criaturas, obras de tus manos.

Haz que te vislumbre en los hermanos, a través de los cuales solicitas mi ayuda.

Haz que te perciba presente bajo las especies sacramentales.

Haz que te contemple cara a cara en la visión eterna de los cielos.

> *Señor, así como tu Hijo, haciéndose hombre, nos reveló al Dios invisible, así nuestras ofrendas de la tierra nos hagan partícipes de los dones del cielo* (Oración sobre las Ofrendas en la Misa de Aurora de Navidad).

LA LUZ BRILLO EN LAS TINIEBLAS PARA QUE LAS TINIEBLAS FUERAMOS LUZ

«Dios es la Luz, y en El no hay tiniebla alguna» (1 Jn 1,5).

Sólo Dios es Luz, y sólo en El no hay tiniebla.

El Prólogo de San Juan describe la Encarnación diciendo que «la luz brilló en las tinieblas» (Jn 1,5), porque el Verbo de Dios hecho hombre «era la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9).

Jesús, en su vida pública, afirmará de Sí mismo: «Yo soy la Luz del mundo. El que me sigue no caminará en tinieblas» (Jn 8,12). «Mientras estoy en el mundo, Yo soy la Luz del mundo» (Jn 9,5). Yo, la Luz, he venido al mundo, para que todo el que crea en Mí no siga en tinieblas» (Jn 12,46).

En clave de Luz había descrito Isaías la futura liberación mesiánica:

«El pueblo que andaba en tinieblas
vio una luz grande;
a los que habitaban en parajes de sombra de [muerte
una luz les ha amanecido» (Is 9,1).

San Mateo ve cumplido este vaticinio en la predicación de Jesús (Mt 4,13-16).

Y el padre del Precursor, cuando éste nació, anunció que estaba a punto de visitarnos «el Sol que nace de lo alto, revelándose a los que yacen en tinieblas y en sombras de muerte» (Lc 1,78s).

Por último, el anciano Simeón cantará al Mesías Niño que tiene en sus brazos como «luz para iluminar a los gentiles» (Lc 2,32).

La Encarnación del Verbo es el comienzo de la Nueva Creación.

Al principio no había más que tinieblas. Lo que más tarde sería la tierra era «caos y confusión. Y la oscuridad cubría el abismo» (Gen 1,2). Hasta que dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz.

Ahora, antes de la venida de Cristo, la humanidad empecatada era un amasijo de condenados, que andaba en tinieblas y habitaba en parajes de sombras de muerte.

Con el Nacimiento de Cristo esas tinieblas fueron penetradas por la luz.

Se comprende que esa Luz venida de lo alto, al revelarse, iluminara a los que vivían en tinieblas y en sombras de muerte.

Pero hizo mucho más.

Hizo lo que no había hecho con las tinieblas del principio la luz primordial: convirtió las tinieblas en luz.

La aparición de la luz al principio de la creación visible dio origen a un espacio luminoso; pero siguieron existiendo las tinieblas: «Y separó Dios la luz de las tinieblas, y llamó Dios a la luz *día,* y a las tinieblas las llamó *noche»* (Gen 1,4-5).

En la Nueva Creación, Dios *convierte en luz a los que éramos tinieblas.*

El mismo que dijo un día: «Yo soy la Luz del mundo» (Jn 8,12) dijo en otra ocasión a sus discípulos: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14).

No se contentó con iluminar las tinieblas. Las convirtió en lumbreras. Como cuando hizo el sol, la luna y las estrellas «para alumbrar sobre la tierra».

Decía San Pablo a los Efesios: «En otro tiempo fuisteis tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz» (Ef 5,8).

Y a los Colosenses: «Gracias al Padre que nos ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz. El nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor» (Col 1,12s).

Y a los Tesalonicenses: «Pues todos sois hijos de la luz e hijos del día. Nosotros no somos de la noche ni de las tinieblas» (1 Tes 5,5).

Que Jesús sea «la Luz verdadera» y «la Luz del mundo» nos parece normal a los que creemos que

El es la Palabra de Dios, el Unigénito, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, enviada para «darnos a conocer todo lo que ha oído a su Padre» (Jn 15,15). Lo que nos cuesta creer es que nosotros podamos ser, como El, «luz del mundo».

La aparente paradoja deja de serlo gracias a la maravillosa realidad del Bautismo.

Cristo es la luz y el Bautismo nos incorpora a Cristo.

El día en que cada uno de nosotros fue bautizado se nos entregó —la recibió nuestro padrino porque nosotros no sabíamos tenerla en mano— una vela que el sacerdote había hecho encender en el Cirio Pascual que representa a Cristo Resucitado. El rito simboliza que nuestra incorporación a Cristo por el Bautismo nos había hecho partícipes de su misma luz y de su misión de iluminar al mundo.

¡Nosotros, pobres tinieblas, convertidos en luz!

Por supuesto, El sigue siendo la única luz. Nosotros, simple reflejo y obligados transmisores de esa luz.

La ceremonia litúrgica de la Vigilia Pascual es todavía más elocuente al respecto. Todo es oscuridad en el recinto sagrado. De pronto, Cristo Resucitado, personificado en el Cirio Pascual aparece como la única luz. En ella prenden sus velas los ministros y los fieles más cercanos, que luego encienden con ellas las de los hermanos alejados del pasillo central.

Hay que traspasarse unos a otros la llama olímpica de la Resurrección y la Vida.

En la ceremonia bautismal se recordaba al neófito la obligación de mantener su lámpara encendida hasta el encuentro definitivo con el Señor. Por tenerla apagada cuando llegó el Esposo y vacías de aceite las alcuzas, no pudieron entrar al Banquete de Bodas las cinco vírgenes tontas de la parábola (Mt 25,1-13).

Y es que, como todos los honores, éste de ser luz del mundo lleva aneja una tremenda responsabilidad. Jesús nos recomienda de manera general ser generosos en dar gratis lo que gratis hemos recibido (Mt 10,8).

En este caso concreto, San Pablo nos recuerda: «El mismo Dios que dijo: *De las tinieblas brille la luz,* ha hecho brillar la luz en nuestros corazones para *irradiar el conocimiento de la gloria de Dios»* (2 Cor 4,6).

Y el encargo de Jesús es perentorio: «No se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y *glorifiquen* a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,15s).

Jesús me ha hecho luz del mundo para que yo ilumine.

La luz es un «talento» que no podemos esconder bajo tierra, si no queremos que el Señor, al ajustar las cuentas, nos eche a las tinieblas exteriores (Mt 25,14-30).

¡Señor!, que yo no esconda mi lámpara debajo del celemín.

Que nunca me falte aceite en la alcuza para alimentarla.

Que yo no entierre jamás este precioso «talento».

Que dé a conocer a los demás todo lo que te he oído a Ti.

Que mi mano derecha se me seque, que mi lengua se me pegue al paladar si no me acuerdo siempre de que Tú me has hecho luz del mundo.

Me quema el alma el reproche que Paul Claudel pone en boca de un ciego dirigéndose a un vidente:

—Vosotros, los que veis, ¿qué habéis hecho de la luz?

Que nunca un hermano ciego, de esos que todavía no han visto tu luz, pueda decírmelo a mí.

> *Dios Todopoderoso, que amanezca en nuestros corazones el resplandor de tu gloria, Cristo tu Hijo, para que su venida ahuyente las tinieblas del pecado y nos manifieste como hijos de la luz* (Colecta del sábado de la II Semana de Adviento).

DIOS EN CRISTO SE HIZO POBRE PARA HACERNOS A NOSOTROS RICOS

Así lo afirma expresamente San Pablo en su Segunda Carta a los Corintios cuando anima a sus fieles con el ejemplo de Cristo a ser generosos en la colecta que estaba haciendo en Corinto para los pobres de Jerusalén: «Conocéis la generosidad de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriqueciérais con su pobreza» (2 Cor 8,9).

Pobre y humilde había de ser el Mesías anunciado por Zacarías: «He aquí que viene a ti tu Rey... humilde y montado en un asno» (Zac 9,9). Cuando materialmente Jesús cumpla al pie de la letra esta profecía, el día de su entrada triunfal en Jerusalén, lo hará sobre un pollino prestado.

Pobreza radical hay en la Encarnación cuando el Hijo de Dios, «a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, *se despojó de su rango* y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos» (Fil 2,6-7).

El Verbo de Dios *se anonadó* al hacerse hombre, sin traslucir los esplendores de su ser divino:

anonadamiento que llegará a su colmo cuando muera en la Cruz, y que hará ponderar a San Ignacio repetidas veces en la Tercera Semana de sus Ejercicios: ¡Cómo la Divinidad se esconde!

Pero, aparte de eso, Jesús se abrazó con la *pobreza real.*

Para nacer, su cuna es un pesebre de animales. Luego vive en el seno de una familia pobre, que se mantiene con el trabajo de un modesto menestral. Su título nobiliario será: «El carpintero» (Mc 6,3) o «El hijo del carpintero» (Mt 13,55).

San Lucas, cuando refiera la ofrenda de María en el Templo con motivo de su Purificación, dirá que ofreció «un par de tórtolas o dos pichones» (Lc 2,24). Una de las dos cosas ofrecería. Posiblemente el autor inspirado no lo sabe. Sólo sabe —y es lo que afirma— que tributó por pobre. Los que pudieran tenían que ofrecer «un cordero de un año como holocausto, y un pichón o una tórtola como sacrificio por el pecado» (Lev 12,6). Sólo cuando sus recursos no alcanzaban para ello, podían sustituirlo por «un par de tórtolas o dos pichones, uno como holocausto y otro como sacrificio por el pecado» (Lev 12,8). María y José tributaron por pobres. Y no es que fueran tacaños. Seguro que no.

En su vida pública Jesús siguió viviendo pobre. El y sus discípulos se mantenían gracias a las piadosas mujeres que menciona San Lucas y que «le servían con sus bienes» (Lc 8,2-3). Sabido es lo que contestó a un voluntario que se ofrecía a seguirle pensando tal vez en recompensas materiales: «Las

zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza» (Mt 18,20; Lc 9,58).

De hecho, en la Cruz, para morir, «reclinó la cabeza» (Jn 19,30) sobre su propio pecho. No tenía otro lugar donde reclinarla.

Y murió desnudo. Poco antes los soldados se habían repartido sus vestiduras (Jn 19,23s).

Y lo enterraron en un sepulcro de prestado que le cedió José de Arimatea (Mt 27,60).

Verdaderamente, Nuestro Señor Jesucristo, «siendo rico, por nosotros se hizo pobre».

A cambio de esa *pobreza material,* Cristo nos mereció y nos brinda una extraordinaria *riqueza espiritual:* «En El —escribe San Pablo— habéis sido *enriquecidos en todo,* en toda palabra y en todo conocimiento... Así ya no os falta ninguna clase de gracia» (1 Corl 5,7).

Aunque muchos no lo sepan, los cristianos somos *espiritualmente multimillonarios.*

— Ante todo —como acaba de recordarnos San Pablo— somos ricos porque *conocemos los secretos de Dios:* «Ya no os llamo siervos —decía Jesús en la Ultima Cena—, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15). Lo mismo repite en su Oración Sacerdotal: «... porque las palabras que Tú me diste se las he dado a ellos» (Jn 17,8).

Y de la ciencia o conocimiento de Dios dice el autor del Libro de la Sabiduría: «La preferí a cetros y tronos, y en nada tuve a la riqueza en comparación con ella. Ni a la piedra más preciosa la equiparé, porque todo el oro a su lado es un puñado de arena, y barro parece la plata en su presencia» (Sab 7,8-9). Y el Salmista: «Buena es para mí la ley de tu boca más que miles de oro y plata» (Salmo 119,72).

— Mayor riqueza es para nosotros todavía que *Dios nos haya dado a su propio Hijo:* «De tal manera amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unico» (Jn 3,16).

— Más aún. *Lo entregó a la muerte* por nosotros y *nos dio juntamente con El todas las cosas:* «El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a dar juntamente con El todas las cosas?» (Rom 8,32).

— Por su parte, el Hijo de Dios *se nos ha dado en alimento:* Tomad y comed... Tomad y bebed... «Mi carne es verdadera comida y mi Sangre es verdadera bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día» (Jn 6,55 y 54). De esa manera nos hace partícipes de la misma vida divina: «Lo mismo que el Padre que vive me ha enviado y Yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por Mí» (Jn 6,57).

¿Cabe riqueza mayor?

Nos preguntaban en la catequesis preparatoria a la Primera Comunión:

—Niño, ¿qué recibís en la Eucaristía?

Y contestábamos de carrerilla:

—El Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Luego comentaba el sacerdote que nos estaba preparando:

—Pues ya veis. Dios, con ser Dios, no tiene más que darnos.

Y como si fuera el mismo Dios quien hacía el gesto, nos enseñaba sus bolsillos vacíos con los forros hacia fuera vueltos del revés.

Y nosotros quedábamos convencidos de que, al comulgar, éramos infinitamente ricos.

Pido a Dios que no se me olvide nunca.

Y me gustaría distraer a todos los que comulgan —distracción perdonable y provechosa— preguntándoles:

—¿Te has enterado?

—¿De qué me tengo que enterar?

—De que Dios, siendo rico, se ha hecho pobre para que nosotros, que éramos pobres, nos hiciéramos ricos.

¡Y lo somos! ¡Somos ricos..., infinitamente ricos!

> *Que los ruegos y ofrendas de nuestra probreza Te conmuevan, Señor, y, al vernos desvalidos y sin méritos propios, acude compasivo en nuestra ayuda* (Oración sobre las Ofrendas del II Domingo de Adviento).

DIOS NOS HABLA EN SU HIJO, PARA QUE NOSOTROS, A TRAVES DE SU HIJO, PODAMOS HABLAR CON EL

Dios nos habla en su Hijo.

Lo afirma solemnemente el Autor de la Carta a los Hebreos: «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Heb 1,1-2).

Dios habló frecuentemente en los tiempos del Antiguo Testamento, valiéndose de los profetas que transmitían sus mensajes al pueblo, y a través de los autores de los Libros Sagrados que empleó como instrumentos, de forma que —según el Vaticano II— «todo lo que los autores inspirados afirman debe tenerse como afirmado por el Espíritu Santo» *(Dei Verbum,* n. 11).

Escribe San Juan Crisóstomo: «Dios, Creador del género humano, en un principio hablaba por Sí mismo con los hombres, de tal manera que los hombres le podían oír. Así se apareció a Adán, increpó a Caín, habló con Noé, se hospedó en la tien-

da de Abraham. Mas cuando el género humano se precipitó a la maldad, ni aun entonces del todo se apartó de ellos el Creador de todas las cosas, sino que, después que se hicieron indignos de su familiaridad, al querer renovar su amistad con ellos, les envió, como a personas ausentes, cartas conciliatorias. Y esta es la razón de que no debamos pasar por alto ni una sola sílaba de las Sagradas Letras, pues no son palabras simplemente, sino palabras del Espíritu Santo. Que cuando se recibe una carta de una persona querida no sólo se lee la sustancia de ella, sino que con especial interés se fija uno en el saludo y despedida y en los pequeños detalles del trato, por donde se infiere el afecto de quien nos escribe.»

Que Dios se haya dignado hablar con los hombres es un inmenso honor que nunca pudimos merecer.

Pero «en estos últimos tiempos *nos ha hablado por su Hijo*».

De manera insistente Jesús se presenta como mensajero del Padre:

«Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado, me ha mandado lo que tengo que decir y hablar... Por eso, lo que Yo hablo lo hablo como el Padre me ha dicho a Mí» (Jn 12,49s).

«Las palabras que digo no las digo por mi cuenta, el Padre que obra en Mí es el que realiza las obras» (Jn 14,10).

«El que me ha enviado es veraz, y lo que le he oído a El es lo que hablo al mundo» (Jn 8,26). «Todo lo que le he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15).

Si el mero hecho de hablar Dios con nosotros —aunque fuera a través de intermediarios— era inmerecido honor, ¿qué debemos sentir cuando le oímos hablarnos en la Persona de su Hijo?

Sobrecoge pensar que Dios tenga algo que decirme.

Ello significa que yo soy algo para El.

¿Te imaginas al Señor diciéndote como al fariseo del Evangelio: —Simón, tengo algo que decirte?

Y tú, ¿qué?

¿No deberías responder continuamente: —Maestro, di?

¿No debería ser tu oración predilecta la del niño Samuel en Silo: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha»? ¿Cuándo vas a aprender a hablar tú menos y a escucharle más a El?

¡Dios nos habló en su Hijo!

Fue hace casi dos mil años. Y yo no estaba allí. Pero lo que Cristo dijo se conserva grabado en las cintas de los Evangelios. ¿Qué hago yo que no llevo puestos siempre los auriculares y conectado el «casette»?

¡Qué razón tenía Jesús para decir: «Dichosos vuestros oídos, porque oyen... Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon... oír lo que vosotros oís y no lo oyeron! (Mt 13,16s).

Se comprende la petición fervorosa del autor de *La Imitación de Cristo:*

«No me hable Moisés ni ninguno de los Profetas, háblame Tú, Señor Dios, inspirador y alumbrador de todos los profetas.

Pues Tú solo, sin ellos, me puedes enseñar perfectamente; pero ellos, sin Ti, ninguna cosa aprovecharán.

Pueden pronunciar palabras, pero no dan espíritu.

Elegantemente hablan; mas, callando Tú, no encienden el corazón.

Dicen la letra, mas Tú abres el sentido.

Predicen misterios, mas Tú procuras su inteligencia.

Predican mandamientos, pero Tú ayudas a cumplirlos.

Muestran el camino, pero Tú das esfuerzo para andarlo.

Ellos obran por defuera solamente, pero Tú instruyes y alumbras los corazones.

Ellos riegan la superficie, mas Tú das la fertilidad.

Ellos dan voces, pero Tú haces que el oído las perciba...

Háblame para dar algún consuelo a mi alma, para la enmienda de toda mi vida, y para eterna alabanza, honra y gloria tuya» (Libro III, cap. 2).

Dios no se ha limitado a hablar con nosotros a través de su Hijo.

Nos ofrece la oportunidad de que, a través de su Hijo, podamos nosotros hablar con El.

Gracias a nuestra incorporación a El mediante el Bautismo, nuestra débil e insignificante voz puede llegar hasta Dios, presentándole válidamente nuestras alabanzas, acciones de gracias y peticiones: «Por Cristo, con El y en El, a Ti, Dios Padre Omniponente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria».

Cristo es el único Mediador entre Dios y los hombres.

El es el cauce de doble dirección —descendiente y ascendiente— para todo lo que viene de Dios o va a Dios.

Es el puente obligado —Pontífice— entre esas dos orillas infinitamente distantes que somos Dios y nosotros: el único transporte que puede llevar hasta Dios la pobre mercancía de mis obsequios al Padre.

«Por El unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu» (Ef 2,18). «Yo soy el Camino... Nadie va al Padre sino por Mí» (Jn 14,6).

A través de El llegan nuestras acciones de gracias al Padre: «Todo cuanto hagáis de palabra y de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre» (Col 3,17).

Sólo cuando van hechas en su nombre son escuchadas por Dios nuestras peticiones: «Lo que pidiereis al Padre en mi nombre os lo dará. Hasta

ahora no habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis» (Jn 16,23s).

A la luz de estas verdades se entiende el «Gloria a Dios en las alturas» que los ángeles cantaron en la Noche Buena. Desde que el Hijo de Dios se hizo hombre, hay un Hombre que, por ser Persona Divina, da gloria a Dios de manera infinita y que, mediante nuestra incorporación a El por el Bautismo, nos brinda la oportunidad de hacer lo mismo.

Señor, que nunca pretenda yo cruzar a nado la anchura infinita del río que me separa de Ti. Que sepa aprovechar el Puente que me has tendido. Que nunca intente hacerse oír mi débil e insignificante voz. Que sepa emplear el hilo amplificador del teléfono humano-divino, Cristo Jesús.

DIOS NIÑO LLORA EN BELEN PARA QUE NOSOTROS REBOSEMOS DE ALEGRIA

«Semejante en todo a nosotros, menos en el pecado» (Heb 4,15), Jesús nació llorando, y recién nacido lloró de frío y por todas las cosas por las que lloran los niños chicos...

Nuestros poetas cantaron el llanto del Niño Dios.

LOPE DE VEGA presenta a la Virgen acallando sus lloros:

Serenad, Niño bendito
el sol de esos ojos bellos;
no echéis a mal esas perlas
por quien no sabe su precio.

Con la misma imagen de las perlas y de su precio juega Bartolomé LEONARDO DE ARGENSOLA, dirigiéndose a la Virgen:

Vos, gloriosa Madre,
que le dais el pecho,
recogednos las perlas
que vierte gimiendo;

que, por ser de sus ojos,
no tienen precio.

Cuando de mayor Jesús lloró una vez ante la tumba de Lázaro (Jn 11,35), los judíos comentaron: ¡Cómo le quería!

Nadie dijo cosa parecida cuando lloró de Niño.

Pero todos deberíamos decir: ¡Cómo nos quería!

El Señor en el maravilloso intercambio de la Navidad hizo suyas nuestras lágrimas.

Sólo el amor que nos tuvo le llevó a hacerse Niño y a llorar.

Y éramos los hombres quienes teníamos que llorar nuestro pecado y nuestra suerte.

Por contraste, su nacimiento fue anunciado como una gran alegría para los hombres.

Invitación a la alegría fue el saludo de Gabriel a la Virgen en la Anunciación: «Alégrate, llena de gracia» (Lc 1,28).

En la Visitación, la presencia de Jesús en el vientre de su Madre, aun antes de nacer, hace saltar de gozo al niño Juan en el seno de Isabel (Lc 1,41.44).

Cuando el ángel anuncia a los pastores el nacimiento del Redentor, se presenta mensajero de gozo: «Os anuncio —les dice— una gran alegría, que lo será para todo el pueblo» (Lc 2,10).

Y con la alegría de haberlo visto, los pastores «se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído, conforme a lo que se les había dicho» (Lc 2,20).

Asimismo los Magos «al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría» (Mt 2,10).

La Navidad es para el hombre causa de alegría.

No es de extrañar que la tradición cristiana haya asociado al recuerdo aniversario del Nacimiento de Jesús la algazara de las zambombas y de las panderetas acompañando el canto de los villancicos, en cuyas letras el estro popular ha presentado siempre a los primeros testigos de la Navidad alegres y contentos, bailando y danzando:

Vamos a Belén, Pascual,
y cantemos y dancemos,
y saltemos y bailemos
a la gala del zagal.
Pues hacemos alegría
cuando nace uno de nos,
¿qué haremos naciendo Dios?

No era la alegría flor indígena en los mustios vergeles de este valle de lágrimas, donde los hombres —como cantó el autor de la Salve— «suspiramos gimiendo y llorando».

Pero la Navidad ha realizado el maravilloso intercambio entre el llanto de los mortales que Dios asume y la alegría de Dios que Jesús trae a los hombres.

En el desposorio de Dios con la Humanidad que fue la Encarnación cada cual aportó lo que tenía: La Humanidad, el llanto; Dios, la alegría. Tras el cambio de regalos, comenzó a lucir la Esposa los

vestidos de alegría que Dios le proporcionó, y Dios se envolvió en el manto de las lágrimas humanas.

Bellamente lo percibió y expresó nuestro San Juan de la Cruz:

Ya que era llegado el tiempo
en que de nacer había,
así como desposado
de su tálamo salía,
abrazado con su Esposa,
que en sus brazos le traía;
al cual la graciosa Madre
en un pesebre ponía,
entre unos animales
que a la sazón allí había.

Los hombres decían cantares,
los ángeles melodía,
festejando el desposorio
que entre tales dos había.

Y la Madre estaba en pasmo
de que *tal trueque* veía:
el llando del hombre en Dios,
y en el hombre la alegría;
lo cual del uno y del otro
tan ajeno ser solía.

Verdaderamente, como a María, también a nosotros debe producirnos pasmo este trueque o intercambio, en virtud del cual Dios hace suyos nuestros sufrimientos, y hace a los hombres partícipes del gozo de su presencia

lo cual del uno y del otro
tan ajeno ser solía.

¿Por qué no intentamos los hombres hacer el mismo intercambio de llanto y gozo con Dios... pero al revés?

Sabemos que Dios se alegra por la vuelta de los descarriados (Mt 18,13; Lc 15,7.10.23.32...).

¿Por qué no proporcionarle el gozo de llorar nuestros desvaríos e ingratitudes?

Nuestro llanto agradecido le da contento.

Con razón escribió LOPE DE VEGA:

Llora, sin temer que el Niño
despierte a tu llanto tierno;
que al son de fuentes de llanto
duerme Dios con más contento.

Más que la gloria que hoy
le cantan ángeles bellos,
estima de un hombre el llanto:
¡Lloremos, alma, lloremos!

Al mecer al Niño Dios en nuestros brazos, cuando en el tiempo de Navidad comulguemos, han de sabernos a gloria estos maravillosos intercambios que su venida a este mundo nos ha traído.

Su Madre, que ya los percibió cuando le acunaba, nos alcance saborearlos con agradecimiento.

Ver llorar a la alegría,
ver tan pobre a la riqueza,
ver tan baja la grandeza,
y ver que Dios lo quería.
¡Gran merced fue en aquel día
la que el hombre recibió!
¡Quién lo viera y fuera yo!

Estás viendo, Señor, cómo tu pueblo espera con fe en el Nacimiento de tu Hijo: concédenos llegar a la Navidad —fiesta de gozo y salvación— y poder celebrarla con alegría desbordante (Colecta del III Domingo de Adviento).

PRESENTACION EN EL TEMPLO

La necesidad de acudir al Templo para la Purificación de María a los cuarenta días de nacer Jesús brindó ocasión a María y José para presentar piadosamente al Niño, aunque en los planes de Dios tenía mayor alcance.

La Presentación tiene mucho de ofrenda de primicias.

Con ocasión de este episodio el anciano Simeón profetizó la contradicción que se levantaría contra Jesús y la parte dolorosa que en ella había de caber a Nuestra Señora.

A DIOS LAS PRIMICIAS

«... introdujeron al Niño Jesús para cumplir lo que la Ley prescribía acerca de El» (Lc 2,27).

El episodio de la Purificación de Nuestra Señora, que preceptivamente había de celebrarse en el Templo a los cuarenta días de haber dado a luz un hijo varón, se une en el relato lucano a la Presentación de Jesús en el Templo, que no era preceptiva.

Lo prescrito para María era presentarse a la entrada de la Tienda del Encuentro y ofrecer, por medio del sacerdote, dos sacrificios (uno en holocausto, consistente en un cordero de un año; otro en expiación por el pecado, consistente en un pichón o una tórtola). «Mas si a ella no le alcanza para presentar una res menor, tome dos tórtolas o dos pichones» (Lev 12,8), que fue lo que hicieron María y José tributando por pobres.

En cuanto a Jesús, lo mandado era que los primogénitos de madre (literalmente, *los que abren el seno materno)* fueran *consagrados al Señor*. Debe-

rían consagrarse de por vida al servicio del culto; pero cuando, a partir de Moisés, la exclusiva del culto recayó en la tribu de Leví, los primogénitos de las otras tribus fueron sustituidos por los levitas y simbólicamente eran rescatados mediante el pago de cinco siclos de plata, que se dedicaban al sostenimiento de los levitas, a los que, como es sabido, no se les asignó territorio al distribuir la Tierra Prometida para que se dedicaran exclusivamente al culto.

No tenían por qué celebrarse en el Templo ni la consagración ni el rescate, que debía pagar el padre a partir del día 31 de haber nacido el niño en cualquier lugar donde hubiera un sacerdote que lo recibiera.

La consagración de los primogénitos —tanto de animales como de personas— formaba parte del rito de las primicias de cualquier producto, que debían ofrecerse a Dios en reconocimiento de que todo proviene de El y a El le pertenece todo.

Dado que no era preceptivo realizar en el Templo la consagración de los primogénitos, el gesto de María y José debe considerarse un acto paralitúrgico o devocional. Una vez que su Madre tenía que acudir al Templo para su Purificación, aprovecharon para presentar el Niño a Yahveh, a quien con todo derecho pertenecía en su calidad de Primogénito de madre. NADIE REPROCHARA a José y a María este acto de devoción. De la misma manera que nadie reprocha a las madres de hoy ofrecer, aunque no sea preceptivo, sus hijos a la

Virgen, como hicieron con nosotros nuestras madres la primera vez que salieron a Misa después del parto.

El caso de Jesús era especial.

Sabido es —como dirá el autor de la Carta a los Hebreos— que «Jesús pertenece a otra tribu de la cual nadie sirvió al altar. Y es bien manifiesto que el Señor procedía de Judá, y a esa tribu para nada se refirió Moisés al hablar del sacerdocio» (Heb 7,13-14). Y sin embargo, de Jesús estaba dicho: «Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec» (Salmo 110,4, citado en Heb 5,6).

Jesús no fue sustituido por los levitas.

Providencialmente el autor de Lucas (1-2) no menciona el pago de su rescate. Si lo hubo —seguramente José lo pagó a su tiempo— no surtió efecto. Jesús siguió consagrado de por vida al servicio del Padre como Sumo y Eterno Sacerdote de la Nueva Ley.

Se lo dijo —aunque no lo entendieron— cuando, después de tres días perdido, lo encontraron en el Templo: «¿No sabíais que Yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2,49).

Lo que María y José hicieron con El al presentarlo al Templo fue un acto de devoción encomiable. Pero lo que El hizo fue la representación del Ofertorio que había hecho en el seno de la Virgen al entrar en el mundo (Heb 10,5-9) como Víctima que, aceptada por el Padre, había de realizar el Sacrificio Redentor de los hombres.

La presentación tiene, en el acto devocional de María y José, un claro sentido de ofrenda de primicias.

De Dios les había venido aquel regalo inapreciable y a Dios había que devolvérselo. Las primicias, para Dios.

Igual tenemos que hacer nosotros.

Para Dios lo primero y lo mejor.

A veces gastamos cuanto tenemos y no nos queda nada para Dios. Damos a Dios las sobras o lo que nadie quiere.

Con razón se podría quejar de nosotros Malaquías como se quejaba Dios por él de su pueblo: «Cuando presentáis para el sacrificio una res ciega, ¿no hacéis mal? Y cuando presentáis una coja o enferma, ¿no hacéis mal? Anda, ofrécesela a tu gobernador, ¿se te pondrá contento o te acogerá con agrado?» (Mal 1,8).

Lo malo es que todas nuestras posesiones son reses ciegas o cojas o enfermas. Si no tenemos cosa mejor, El lo sabe y no se ofende si se lo ofrecemos.

Pero a El el primero.

Eso significa amar a Dios sobre todas las cosas.

Y eso quiso decir cuando dijo: «El que ama a su madre más que a Mí no es digno de Mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a Mí no es digno de Mí» (Mt 10,37). «Y todo aquel que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o hacienda por mi nombre recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna» (Mt 19,29).

¿Qué lugar ocupa Dios en mi vida? ¿Es el primer partícipe en mis alegrías y el primer confiden-

te de mis desgracias? ¿O se entera de mis cosas por la prensa? ¿O sólo recurro a El cuando ya todos me han fallado?

¿Qué tiempo me queda para hablar con El? ¿Acaso los últimos momentos de la noche, con las luces ya apagadas y los ojos entornados por el sueño?

¿Es El mi primer pensamiento cuando me despierto? ¿Son para El los primeros latidos de mi corazón cada mañana?

Voy a hacer un pacto con el ángel de mi guarda:

—Grábame en una cita y repíteme a menudo con sonido estereofónico: ¡Las primicias para Dios!

Al darte gracias por todas tus maravillas te pedimos Señor, que tu luz nos haga descubrir siempre que has sido Tú y no nuestro poder, quien nos ha dado fuerzas para crear las riquezas de la tierra (Colecta del Día de Acción de Gracias).

Dios Todopoderoso y Enterno, Te rogamos humildemente que, así como tu Hijo Unigénito, revestido de nuestra humanidad, fue presentado en el Templo, nos concedas de igual modo a nosotros la gracia de ser presentados delante de Ti con el alma limpia (Colecta de la Fiesta de la Presentación, 2 de febrero).

BANDERA DE CONTRADICCION

«Este está puesto para ruina y exaltación de muchos en Israel y como bandera de contradicción» (Lc 2,34).

María y José no lo necesitaban.

Pero los oyentes de Simeón y de Ana en el Templo, que acababan de enterarse de la venida de «el Salvador, luz para revelación a los gentiles y gloria de su pueblo Israel» (Lc 2,30-32), sí necesitaban saber que «la redención de Israel» por ellos esperada no había de consistir en un paseo militar que sometiera a los judíos el mundo entero.

El Rey Mesías, tan reiteradamente anunciado, era también el Siervo paciente profetizado por Isaías. Aunque les costara trabajo entenderlo, tenían que hacerse a la idea de un Mesías cuyo «reinado no era de este mundo» (Juan 18,36) y que sólo terminaría reinando sobre el madero de una cruz.

Es lo que anuncia Simeón mientras sostiene en sus brazos temblorosos al Hijo de Dios hecho Niño, cuyo Ofertorio para el sacrificio redentor

acaban de hacer sus padres al presentarlo al Templo: «Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de El. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: Este está puesto para ruina y exaltación de muchos en Israel, y como bandera de contradicción... Así quedarán al descubierto las reacciones de muchos corazones» (Lc 2,33-35).

Jesús es bandera a la que se hará oposición. Lo será en su vida mortal y lo seguirá siendo a través de los siglos en su Cuerpo Místico que es la Iglesia.

«El hijo del hombre —avisó repetidas veces— será entregado a los Sumos Sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de El, le escupirán, le azotarán y le matarán...» (Mc 10,33s).

La oposición que se levantará contra su Persona afectará también a sus seguidores.

El sabía que su mensaje iba a provocar encarnizada oposición entre los que lo aceptasen y los que lo rechazasen: «No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. He venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra...» (Mt 10,34s).

Así tenía que ser.

«Si a Mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (Juan 15,20). «No es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que lo envía» (Juan 13,16). «No está el discípulo por en-

cima del Maestro, ni el siervo por encima de su amo. Si al dueño de la casa le han llamado Belcebú, ¡cuánto más a sus domésticos!» (Mt 10,24s). «Llegará la hora en que todo el que os mate pensará que hace cosa agradable a Dios» (Juan 16,2).

Todos los hombres tendrán que tomar postura a favor o en contra de la bandera enarbolada por Cristo y en El personificada.

Jesús es la piedra de toque por la cual serán juzgados todos en función de la actitud que adopten ante El.

«Así quedará al descubierto la reacción de cada cual.»

Hay que definirse.

Y va a haber de todo: unos aceptarán para su bien y otros rechazarán para su perdición por haberse opuesto al Enviado de Dios.

El apóstol San Pedro (1 Pet 2,4-8) interpreta el alcance de las palabras de Simeón cuando ve en Jesús la doble piedra profetizada respectivamente por el Salmista y por Isaías. Para los creyentes Jesús es «la piedra que, desechada por los constructores, se convierte en piedra angular» (Salmo 118,22). Al contrario, para «los que no creen en la Palabra» viene a ser «la piedra de tropiezo y peña de escándalo» de que habló Isaías (8,14).

La división que separa a los dos grupos irreductibles de «los que se pierden» y «los que se salvan», de que habla San Pablo repetidas veces (1 Cor 1,16; 2 Cor 2,15), proviene de la diversa actitud

ante Cristo: Fe y aceptación, en unos; incredulidad y rechazo, en otros.

Así lo afirma rotundamente Jesús en sus palabras finales, al transmitir definitivamente su misión a los apóstoles y a la Iglesia en general: «El que creyere y se bautizare, se salvará; el que no creyere, se condenará» (Mc 16,16).

Y lo mismo había dicho en su conversación con Nicodemo: «El que cree en El no es juzgado, pero el que no cree ya está juzgado» (Juan 3,18).

Y en otro lugar: «el que no está conmigo está contra Mí, y el que no recoge conmigo desparrama» (Mt 12,30).

Yo, Señor, me he alistado bajo tu bandera.

Es gracia tuya que me siento obligado a agradecer.

Quiero militar siempre a tus órdenes, aun a sabiendas de que tu reino no es de este mundo.

Mi Rey eres Tú, coronado de espinas y con el madero de la cruz como cetro. Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

Tú, el Siervo paciente de Isaías, eres mi Rey.

Como lo fuiste para tantos mártires que dieron por Ti su vida al grito de ¡Viva Cristo Rey!, conscientes de que en su muerte se asemejaban a Ti y seguros de que servirte en el sacrificio es la mejor garantía de participar en tu Reino.

Sé que he escogido la mejor parte.

Haz que nunca me vuelva atrás.

Y todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecuciones (2 Tim 3,12).

LA PASION DE MARIA

«Y a ti una espada te atravesará el alma» (Lc 2,35).

Los escritores eclesiásticos de los primeros siglos insisten en que el Señor realiza la Redención en plan de revancha contra Satanás. El demonio *al vencer* introdujo la *muerte* en el mundo, y Dios quiso que Jesús *le venciera* precisamente *muriendo* y abriendo las puertas de la resurrección a los hombres. El que *en un árbol* venció, *en un árbol* fue vencido.

De igual manera, como a la perdición del primer Adán colaboró jugando un papel importante nuestra madre Eva, quiso el Señor que en la reparación el segundo Adán estuviera asistido por la segunda Eva que fue María.

El pecado de los primeros padres fue desobediencia que acarreó la muerte a la humanidad. La reparación ofrecida al Padre por el segundo Adán fue «la obediencia hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil 2,8). Y quiso Dios que María ejerciera dolorosamente esa misma obediencia con que el

Padre le pidió aceptar la muerte de su Hijo.

Y así lo hizo Ella junto a la Cruz.

En los cánticos del Siervo de Yahveh no se hace alusión a su Madre. Ni siquiera se dice si vivirá en el momento del sacrificio. La condición paciente del Mesías hubo de aparecer visible en el horizonte espiritual de la Virgen cuando aceptó la maternidad mesiánica que el ángel le anunció. Pero tampoco entonces Gabriel la hizo saber la parte que en ese sufrimiento le iba a caer a Ella.

Ahora, el anciano Simeón se lo revela abiertamente. La oposición violenta al Niño de María que él lleva en brazos afectará personalmente a su Madre: «Y a Ti una espada te atravesará el alma.»

Ya sabe María que ha de ser compañera de los sufrimientos del Siervo de Yahveh.

Pero no se le dice cuándo.

Ella hizo que el más leve accidente en la vida del Hijo le hiciera siempre pensar que habría llegado el momento del drama. Se comprende la angustia y zozobra de la Huida a Egipto cuando sabe que el omnipotente y sanguinario Herodes lo busca para matarlo.

Es bellísima la leyenda de aquella gruta ennegrecida por el humo de las fogatas a la salida de Belén, donde la Virgen se detuvo para dar el pecho al Niño y una gota de leche cayó al suelo y volvió de un blanco blanquísimo la negritud de la cueva. Pudo volverse roja porque la sangre se le salía a la Virgen por los poros. ¿Estaría cerca el momento?

¿Sería la espada de los esbirros de Herodes la que había de atravesar su alma tras destruir el cuerpecito del Niño?

Y a nadie le va a extrañar la dolorosa tristeza de la Virgen cuando, sin culpa, se le pierde en Jerusalén con ocasión de la Pascua. Siempre será doloroso que a una madre se le pierda un niño. Pero sabiendo que el suyo está destinado a un final trágico, ¿habéis pensado lo que aquellos tres días hubieron de ser para la Virgen ante la incertidumbre de que hubiera caído en manos de los asesinos? ¿Quién la iba a convencer de que la culpa de todo no había sido un descuido imperdonable por su parte? Nosotros estamos seguros de que no era así. Pero su corazón de Madre le haría pensar diferentemente y sin duda alguna. Tampoco esta vez ocurrirá nada grave. Pero ¡qué bien hace la piedad cristiana cuando convierte en siete espadas la que previó y anunció Simeón!

Llegó por fin el momento definitivo.

Por el futuro evangelista Juan se enteró María de la traición de Judas, del abandono de los otros apóstoles, de las negaciones de Pedro, del doble juicio condenatorio del Sanedrín y de la confirmación de la sentencia por Pilatos. Y allá se fue a cumplir con su deber.

Arrebujada en su pena lo esperó en cualquier esquina de la Calle Amarga. No le acompañarán las turbas entusiastas de tocarle u oírle de cerca; no se ve junto a El a ninguno de los que se beneficia-

ron de sus milagros; nadie tiende los mantos a su paso ni llevan palmas en las manos como el domingo pasado para el ¡Hosanna! No se ve a la mujer que un día llamó bienaventurado al vientre que Le llevó...

Pero allí está Ella, la Corredentora.

Allí está para colaborar con su presencia y con la aceptación de la voluntad de Dios que quiere salvar al mundo por la obediencia hasta la muerte de su Hijo.

No la dejan llevarle la Cruz, que a la fuerza cargan sobre el Cirineo. Pero, acompañada por Juan, sigue la Vía Dolorosa.

Ve clavar a su Hijo en la Cruz y alzarlo en alto entre los ensordecedores gritos de victoria de sus enemigos. Le oye pronunciar las piadosas palabras de perdón para los asesinos y de indulgencia para el Buen Ladrón, su lamento por el aparente abandono del Padre, su entrega amorosa en sus manos y las últimas mandas antes de morir nombrándola Madre de todos nosotros y encomendándola al cuidado de San Juan. La segunda Eva estaba silenciosa junto a la Cruz, mientras la primera conversó desgraciadamente con el enemigo enroscado en el árbol de la Ciencia del Bien y del Mal.

Al final, los soldados, encargados de cortar las piernas a los ajusticiados, «al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua» (Jn 19,39s).

A El ya no le hizo daño la lanzada.

Pero en María se cumplió el triste presagio de Simeón: «Y a ti una espada te atravesará el alma.»

La maldición de Dios a Eva después de pecar («con dolor parirás los hijos», Gen 3,16) no tenía por qué afectar a la Sin Mancilla, la única que no fue heredera del pecado original. Pero la Maternidad espiritual de María sobre todos los hombres no fue sin angustiosos dolores de parto. Es una deuda que tenemos con María.

Por otra parte, tanto en la Anunciación como en el Calvario, la aceptación por María del plan salvífico de Dios es a nivel de la Redención objetiva la parte indispensable que la humanidad tenía que poner en el plan salvífico de Dios, según la famosa frase de San Agustín: «Dios, que te creó a ti sin ti, no te salvará a ti sin ti.» La participación subjetiva personal para hacer nuestra la Redención objetiva obtenida por Cristo para todos exige de cada uno la aceptación libre, agradecida y consecuente del plan divino. Ese requisito, indispensable también para la misma realización de la obra redentora universal, fue llevado a cabo en nombre de toda la humanidad por la interlocutora válida que Dios escogió: la Virgen Nuestra Señora. Otra deuda que tenemos con María.

Nuestros pecados fueron la causa de la muerte de su Hijo. Pero no nos guarda rencor. Las madres no lo guardan nunca. Y Jesús desde la Cruz la hizo Madre nuestra. Ante el Tribunal de Dios intercede por nosotros con las palabras que la mujer

de Tecoa dirigió a David: «Tu sierva tenía dos hijos. Se pelearon en el campo, donde no había quien los separase, y el uno mató al otro. Ahora tu justicia busca al único que me queda para vengar la muerte del que murió. Perdona, Señor, al asesino para que no me quede sin los dos» (cfr. 2Sa 14). Todavía otra deuda con María.

Madre, ¿quién podrá pagarte?

> *Esta es la Virgen María... que sufre por la profecía de Simeón, pero que se alegra por el pueblo que sale al encuentro del Salvador. De este modo, Señor, disponiéndolo Tú, el mismo amor asocia al Hijo y a la Madre, el mismo dolor los une y una misma voluntad de agradarte los mueve* (Prefacio de la Misa de la Virgen, n. 7).

LOS MAGOS

El episodio es rico en enseñanzas. Destacaremos:

— Su búsqueda del Rey de los judíos.
— Su seguimiento de la estrella.
— La generosidad en sus dones.
— Su vuelta por otro camino.

EL REY DE LOS JUDIOS

«¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?» (Mt 2,2).

Con esta pregunta, aparentemente inocente, conmovieron un día la ciudad entera de Jerusalén los Magos de Oriente.

Herodes el Grande, a la sazón reinante en Palestina, ya no estaba en edad de tener hijos. La pregunta había de levantar sospechas en el ambicioso y suspicaz monarca. Y conociendo los jerosolimitanos sus reacciones sanguinarias podían temer lo peor.

Pero los Magos no buscaban un Rey cualquiera.

Enterados sin duda de las profecías de su paisano Balaam («De Jacob avanza una estrella - se levanta un cetro de Israel»), ellos hablaban del Rey Mesías. Así lo entendió el tirano Herodes, y procuró enterarse por los rabinos del lugar de su procedencia según las profecías.

Y en efecto. El Niño que acababa de nacer en Belén es el anunciado Rey de los judíos.

Pero lo es de muy distinta manera a como los judíos se lo imaginan. Le costará mucho trabajo convencerles, cuando sea mayor, de que su Reino no es de este mundo. Así lo confesará abiertamente ante Pilatos: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí» (Juan 18,36). Y a sus discípulos repetidas veces les dirá que el Hijo del Hombre no iba a ser conquistador militar del mundo entero, sino que iba a ser apresado, entregado, abofeteado, escupido y muerto. Todavía, sin embargo, el mismo día de su Ascensión «le preguntaron: ¿Es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?» (Hech 1,6).

¡Paradojas de Dios!

Porque, a pesar de todo, Jesús es Rey.

No obstante haberle oído su rechazo de un reino al estilo de los de aquí, Pilatos entendió que era Rey y «le preguntó:

—¿Luego tú eres Rey?

Respondió Jesús:

—Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad» (Juan 18,37).

Y en clave de reino explica siempre Jesús su misión terrena y su función eterna en el cielo. El encarna y realiza el Reino de Dios, que en este mundo es la Iglesia y en el otro la Bienaventuranza.

El Reino de Cristo, es decir, el conjunto de bienes mesiánicos aportados por Jesús, tenía como

primeros destinatarios a los judíos, depositarios de la promesa; pero como no lo aceptaron, Jesús mismo les dijo al final de la parábola de los viñadores homicidas: «Se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos» (Mt 21,43).

Este fue el drama del pueblo judío. Rechazaron al Rey de los judíos, que era Jesús.

En la parábola de las minas, cuando el Señor se va «a un país lejano para recibir la investidura real», ellos envían una embajada que diga: «No queremos que ése reine sobre nosotros» (Lc 19,12-14).

Cuando Pilatos, sarcásticamente, lo presenta como tal:

—«Aquí tenéis a vuestro Rey.

Ellos gritaron:

—¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!

Les dice Pilatos:

—¿A vuestro Rey voy a crucificar?

Replicaron los sumos sacerdotes:

—No tenemos más Rey que el César» (Juan 19,14-15).

Y cuando el Procurador mandó poner sobre la Cruz la inscripción: «Jesús el Nazareno, el Rey de los Judíos, ellos protestaron: No escribas el Rey de los Judíos, sino Este ha dicho: Yo soy el Rey de los Judíos» (Juan 19,19-21).

Los Magos, conducidos por la estrella e ilustrados por los rabinos a quienes consultó Herodes, lograron encontrar al Rey de los judíos.

Ya no estaba recostado en una pesebrera, ni en el corral de un mesón, ni en una cueva. San Mateo nos dice que «entraron en la casa» donde estaba «y vieron al Niño con María, su madre». Ni la casa era un palacio con toda seguridad, ni el atuendo de su Madre era el de ninguna princesa oriental. Pero «postrándose, le adoraron» (Mt 2,11). A pesar de las apariencias, le tuvieron por el anunciado Rey de los judíos.

Y es que todo va cambiando con la venida al mundo del Hijo de Dios hecho Niño.

Alonso de Ledesma, que se imagina Reyes a los Magos, y piensa equivocadamente que le adoraron en la gruta acompañado del asno y del buey, tiene con ellos este delicioso diálogo:

—¿Qué vais, oh Reyes, buscando
por naciones extranjeras?
—Un reino que sea de veras;
que los nuestros son burlando.
—¿Qué reino podéis hallar
entre una mula y un buey?
—Un reino de tan gran Rey
que servirle sea reinar.
—¿Y a quién estáis adorando
entre pajas y entre fieras?
—A un Niño que es Rey de veras,
que los otros son burlando.

De burlas son los reinos y los reyes de este mundo que se acaban y mueren.

Se dice que San Francisco de Borja, Duque de Gandía, al enterrar en Granada a la Emperatriz

Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, exclamó decepcionado: «No serviré más señor que se me pueda morir.»

Nuestro Rey murió una vez por todos nosotros. Pero «una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte ya no tiene dominio sobre El» (Rom 6,9). Más aún: El es «la Resurrección y la Vida» (Juan 11,25), o, como reveló al vidente de Patmos: «Estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades» (Apoc 1,18). Y en otro lugar: «Dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para Mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino» (Lc 22,29s).

Me siento feliz de pertenecer a ese Reino.

¡Locos, Señor, los que lo rechazan!

Yo me apunto.

Tres Reyes buscan un Rey
que con la lumbre del cielo
porque acierten a buscarle
el Rey los halló primero.

(Príncipe de Esquilache)

Te pedimos, Señor, que quienes nos gloriamos de obedecer los mandatos de Cristo, Rey del Universo, podamos vivir eternamente con El en el Reino del Cielo (Poscomunión de la Fiesta de Cristo Rey).

LA ESTRELLA DE LOS MAGOS

«Hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle» (Mt 2,2).

Casi todo son interrogantes en torno al episodio que trajo ante la cuna del Niño a los Magos de Oriente: ¿Cuántos eran? ¿De dónde procedían exactamente? ¿Qué clase de estrella les llamó la atención para venir a buscar al Rey de los Judíos? ¿Qué eran realmente los Magos?

Vulgarmente —y más aún desde el punto de vista religioso— los magos y el ejercicio de la magia estaban muy mal vistos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Los historiadores antiguos, en cambio, llamaban magos a una tribu de Media que ejerció funciones sacerdotales en la religión persa. De hecho, el término *mago* es de origen persa y designa a los partidarios de la doctrina de Zaratustra, que admitía un doble principio eterno, autor respectivamente de las cosas buenas y malas, en perpetua lucha, de la que al final resultará vencedor el principio bueno; para ayudarle en la victoria definitiva esperaban la aparición de un

Auxiliador. Creían firmemente en la relación de los astros con los acontecimientos importantes de la vida humana: cada personaje importante de la Historia tenía su propia estrella.

Los contactos con Israel durante la dominación persa sobre Palestina pudieron llevarles a la identificación del Auxiliador zaratustriano con el Mesías esperado por los judíos, que había de ser Rey, como siglos antes había anunciado también el posible compatriota de los Magos, Balaam: «De Jacob avanza una estrella; un cetro surge de Israel» (Num 24,17).

Dios se acomodó a la ignorancia de estos hombres, que era sin duda ignorancia de buena fe, y se valió de su creencia de que todo hombre importante tiene su propia estrella para inducirlos a buscar al Salvador recién nacido.

Así hizo Dios con todos en su primera Navidad.

A los sencillos pastores —fáciles a admitir lo preternatural— les anuncia el Nacimiento de su Hijo por medio de unos ángeles.

A los rabinos judíos —que sólo eran sensibles a la letra de sus pergaminos— les obliga, por encargo perentorio de Herodes, a desenrollarlos en busca de las profecías sobre el lugar de procedencia del Rey de los judíos esperado, que unos Magos andan buscando por las calles de Jerusalén.

A Herodes el Grande —que no cree en nada y sólo vive preocupado ante el temor de que alguien pretenda arrebatarle el reino— le ha puesto en ascuas con la noticia de que pueda haber nacido en

sus dominios alguien que pretenda alzarse con el título de Rey de los Judíos.

Y a estos Magos de Oriente, aficionados a contemplar las estrellas porque piensan equivocadamente que cada hombre importante tiene la suya propia, les ha hecho ver un fenómeno astral extraordinario en el que, iluminados por su gracia, descubrieron el anuncio del Rey Auxiliador que ellos y los judíos esperaban.

Los rabinos y el Rey Herodes no supieron aprovechar el aviso.

Los pastores y los Magos, sí.

Y ésa tiene que ser para nosotros la lección.

Nuestra vida espiritual es un juego continuo de invitaciones de Dios al bien, que en lenguaje ascético llamamos inspiraciones de la gracia: inspiraciones que Dios acomoda a la psicología y modo de ser de cada cual.

Secundar esas inspiraciones supone y exige de nosotros imitar las actitudes que descubrimos en los Magos.

Lo primero es estar a la escucha.

Para ver las estrellas hay que mirar hacia arriba. Y nosotros —¡con perdón!— somos casi siempre animales de vista baja. No sabemos elevar la mirada para descubrir, por encima de los acontecimientos, la voluntad de Dios. No sabemos hacer silencio para escuchar, más allá de los ruidos del entorno, la voz de Dios. No sabemos reconocer, tras la apariencia de un hortelano o de un vulgar

caminante, la presencia del Señor Resucitado que nos habla.

Si desconocemos el número de Magos que vieron la estrella, mucho menos conocemos la cantidad innumerable de los que no la percibieron.

¡Dame, Señor, lentes de larga vista y pónmelas en los ojos para que no me pierda la luz de tus estrellas!

Pero no basta ver.

Sin duda muchos astrólogos de Oriente vieron la estrella que encaminó a los Magos a Jerusalén, pero no se enteraron de su significación y alcance: eso es don tuyo que humildemente me atrevo a pedirte, Señor.

Y en todo caso, pocos fueron los que se pusieron en camino.

Eso se llama seguir las inspiraciones de la gracia.

Don también tuyo, Señor.

Concédemelo como a ellos:

Con la misma prontitud: «Hemos visto... y venimos»; nos recuerda la frase del general romano: «vine, vi, vencí».

Con el mismo valor: sin miedo a que se rían de nosotros.

Con la misma generosidad: no importa lo largo y penoso del camino.

Con la misma fe ciega: sin saber a ciencia cierta adónde tenían que buscarle.

Con la humildad de preguntar cuando la luz divina se oscurece porque desaparece la estrella.

Inasequibles al desaliento: porque el entorno del Niño no es un palacio real y, sin embargo, rinden pleitesía al Rey de los Judíos.

Y dadivosos en corresponder, ofreciéndole lo que tienen: oro, incienso y mirra.

Señor, que tus inspiraciones me lleven a Ti.

Buenas son las estrellas para orientar al caminante por la noche. Pero la noche ha pasado y ha venido el Día. Ya está con nosotros la Luz del mundo. Por eso cantaba Lope dirigiéndose a los Magos:

Reyes que venís por ellas,
no busquéis estrellas ya;
porque donde el Sol está
no tienen luz las estrellas.

No busquéis la estrella ahora;
que su luz ha oscurecido
este Sol recién nacido
en esta Virgen Aurora.

Y no hallaréis luz en ellas.
El Niño os alumbra ya.
Porque donde el Sol está
no tienen luz las estrellas.

Hemos visto tu estrella, Señor, y, guiados por ella, hemos llegado a Ti, Sol de Justicia.

Sé Tú desde ahora nuestra única Luz.

Señor, ya que en este día revelaste a tu Hijo Unigénito por medio de una estrella a los pueblos gentiles, concede a los que ya te conocemos por la fe poder gozar un día cara a cara la hermosura infinita de tu gloria (Colecta de la Solemnidad de Epifanía).

«Y LE OFRECIERON DONES»

«Le adoraron, abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra» (Mt 2,11).

Conducidos por la estrella e instruidos por los Doctores de la Ley, los Magos encontraron en Belén «al Niño con María, su Madre; y postrándose, le adoraron» (Mt 2,11).

Siempre se encuentra a Jesús con su Madre.

Con su Madre lo encontraron los pastores (Lc 2,16). Y en las Bodas de Caná «estaba allí la Madre de Jesús. Y fue invitado también a las Bodas Jesús» (Juan 2,1-2).

Invítala a tu casa y a tus cosas, y en tu casa y en tus cosas lo tendrás a El.

«Y entrando, lo adoraron...»

Nada en su atuendo externo demostraba la divinidad de Jesús. Y, sin embargo, San Mateo, que ciertamente le reconoce categoría divina, expresa la ofrenda de los Magos con una fórmula de marcado matiz cultual en el resto de su Evangelio: «ofrecer dones».

Hay muchas cosas en la idea que se tiene de los Magos que no pasan de ser simple leyenda. El texto del Evangelio no dice que fueran Reyes; la leyenda los hizo tales para que se cumpliera en ellos la profecía del Salmo 72: «Los Reyes de Tarsis y las islas traerán tributos; los Reyes de Sabá y Seba pagarán impuesto, y todos los Reyes se postrarán ante El» (Salmo 72,10s). Por la misma razón se los considera, sin otro fundamento, inmensamente ricos. Nada se sabe de su número, pero la leyenda termina por reducirlos a tres en razón de la triple ofrenda (oro, incienso y mirra). Y por comprensible afán de simbolismo —tan del gusto de la Edad Media— se llega hasta saber por qué le ofrecieron esas tres cosas (oro como a Rey, incienso como a Dios y mirra como a hombre mortal). Por supuesto, ninguno de estos detalles pertenece a la fe.

Lo cierto es que los Magos no se limitaron a rendir pleitesía al Rey de los judíos, sino que le ofrecieron presentes.

Si los Magos eran —cosa muy verosímil y hasta probable— mercaderes orientales, como aquellos a los que José fue vendido por sus hermanos, que venían de Oriente con sus camellos cargados de esencias aromáticas camino de Egipto (Gen 37,25), le ofrecieron al Niño *lo que tenían a mano:* o tres especies de aromas, si el oro es, como algunos fundadamente opinan, una esencia aromática de aspecto dorado, o, en todo caso, dos sus-

tancias olorosas y el importe en dinero de lo que habían vendido hasta el momento.

La lección para nosotros es muy clara.

La respuesta a la llamada gratuita de Dios que se nos descubre y nos conduce a los campos de Belén es —debe ser— la adoración. Es la actitud obligada del hombre ante la presencia de Dios. Y la adoración está hecha del doble reconocimiento de su grandeza y de nuestra nada, por una parte, y por otra, del obligado sentimiento de gratitud por todo lo que tenemos, que es en su totalidad don suyo.

Por eso a la adoración no podemos ir con las manos vacías.

Somos eterna e irremediablemente *deudores*.

Deudores *insolventes*.

Porque nunca podremos pagar a Dios la mínima parte de lo mucho que le debemos.

Lo que no debemos ser nunca es deudores *tramposos,* que son los que —pudiendo o no pudiendo pagar— no hacen nada por hacerlo.

El Señor no nos pide lo que no tenemos.

Pero se complace en descubrir nuestra buena voluntad de devolverle lo que nos dio. Poco o mucho, valioso o sin valor alguno, lo importante es que, como los Magos, le presentemos *lo que tengamos a mano.*

Le gusta vernos como al pobre labriego, que no se atreve a visitar al bienhechor al que le debe favores sin llevarle aunque no sea más que una ga-

llina o un queso, o una cesta de huevos, o unos chorizos.

A nuestro hombre no se le ocurre pensar —y aunque lo piense, no por eso deja de llevarlo— que el bienhechor no necesita esas cosas. Es la única posibilidad que tiene de manifestarle su agradecimiento y la voluntad de pagarle de esa forma algo de lo mucho que le debe y que en su totalidad no puede —aunque quisiera— devolverle.

En nuestro caso sabemos —y lo pensamos siempre— que el Señor no necesita de nuestras cosas. Y sabemos, sobre todo, que nunca —absolutamente nunca— le podremos pagar lo que le debemos.

Pero El es compasivo y misericordioso.

Como si adivinara nuestros deseos de corresponder, y para no humillarnos permanentemente con nuestra vergonzosa condición de insolventes, nos ha dicho que da por hecho a Sí lo que hiciéremos a nuestros hermanos indigentes.

¡Maravilloso invento!

Sólo Dios —en su infinita sabiduría y en su insondable bondad— pudo encontrar la forma de que los pobres hombres pudiéramos hacernos la ilusión de que le «pagamos» algo.

Y no sólo «pagamos».

Dios ha puesto en nuestras manos una moneda con la que, al tiempo que pagamos una deuda, podemos adquirir un gran tesoro: «el Reino de los cielos preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de co-

mer... Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicisteis» (Mt 25,34s 40).

«Vended vuestros bienes y dad limosna —dijo en otro lugar—. Haceos bolsas que no se deterioran: un tesoro inagotable en el cielo» (Lc 12,33).

Y «allí no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben» (Mt 6,20).

> *También los Magos, primeros retoños de la Iglesia de los paganos, impulsados por tu gracia y guiados por la estrella, entraron en la humilde casa y, hallando al Niño con su Madre, lo adoraron como a Dios, lo proclamaron como Rey y le confesaron como Redentor* (Prefacio de la Misa de la Virgen, n. 6).

«SE VOLVIERON POR OTRO CAMINO»

«Y, avisados en sueños que no regresaran donde Herodes, se volvieron a su país por otro camino» (Mt 2,12).

La resolución de los Magos fue providencial... ¡y prudente!

A primera vista, lo prudente y correcto hubiera sido regresar a Jerusalén para informar a Herodes que tan «amablemente» les había proporcionado a ellos los datos oportunos para encontrar al Niño en Belén de Judá.

Pero Dios sabía que las intenciones del tirano, al pedirles que volvieran a informarle, no eran rectas. Y oportunamente inspiró a los Magos la decisión de seguir viaje sin regresar a la corte. Posiblemente siguieron a Egipto, final ordinario de su viaje de negocios, y desde allí, por otra ruta, regresaron a Oriente.

Los Magos hicieron lo que tenían que hacer. Se volvieron por otro camino.

Pero su gesto es todo un símbolo de lo que debemos hacer quienes, como ellos, tenemos la suerte de adorar al Niño Dios en las Navidades de cada año: volvernos por otro camino, cambiar el rumbo de nuestras vidas.

La venida de Cristo impone a los hombres cambiar de ruta.

El ha venido a enseñarnos que el camino emprendido por Adán y seguido por sus descendientes conduce a la perdición. Para salvarnos hay que andar ese mismo camino al revés.

Cuando se vive la Navidad «como si presentes nos hallásemos» y se descubre —como resulta obligado descubrir— que los criterios de Dios no se parecen en nada a los criterios del mundo, se impone un cambio radical en nuestra manera de ver las cosas, que forzosamente se tiene que traducir en un cambio de comportamiento.

Decía San Roberto Belarmino que, vistas desde la hondonada de un valle, las montañas se nos antojan muy grandes y las estrellas diminutas. Si estuviéramos en lo alto del firmamento, las estrellas nos parecerían inmensamente grandes y ni siquiera percibiríamos el relieve de los más altos montes sobre la tierra. ¿Cuestión de perspectiva? —se pregunta el Santo Doctor—. Está claro que no. La segunda visión es la única válida.

Pues lo mismo nos ocurre en el orden moral.

El mundo valora las cosas a su manera y Dios a la suya. De esas dos valoraciones sólo es verdadera la de Dios.

Por eso, cuando se vive la Navidad es obligado el cambio.

De regreso a la vida normal tenemos que volver por otro camino.

La Humanidad se había extraviado...

El Niño recién nacido ha venido a enseñarnos por dónde se va a Dios y qué derroteros nos apartan de la meta.

Cuando sea mayor nos va a decir que El es el Camino. Porque no se va a contentar con dibujar en una pizarra o a señalar en un mapa la ruta que lleva al Padre. Ni siquiera se va a limitar a invitarnos a seguir sus pasos, sino que va a llegar a decirnos que «nadie va al Padre sino por El» (Juan 14,16).

La Navidad es una invitación a la conversión.

Y convertirse es darse media vuelta para andar en dirección contraria, y hay que estarlo revisando continuamente porque tendemos a distraernos y a perder de vista la meta.

No permitas, Señor, que yo vaya por «el camino ancho y espacioso que lleva a la perdición, y por el que tantos van». Haz que penetre y me mueva decidido por «el angosto camino que lleva a la Vida y que pocos logran encontrar» (Mt 7,13-14).

Tengo muy claro que no me llevan a Dios las autopistas asfaltadas del mundo.

A Dios se va por las estrechas y empinadas callejuelas del Vía Crucis en Jerusalén.

Los Magos emprendieron su distinto camino de regreso animados por el recuerdo de tu vista, mientras llevaban saturada su retina con tu acogida y tus gestos de agradecimiento. Yo te tengo a Ti en Persona por compañero de mi viaje, como a su vera caminaste con los discípulos de Emaús. Me acompaña siempre tu Palabra, que por el camino me enciende el corazón cuando me explicas las Escrituras, y en los descansos me alimentas con la Fracción del Pan.

Me gustaría gritar a los viajeros de todas las autopistas que regresen por otro camino como los Magos. Es menos vistoso, pero más seguro; se corre menos en él, pero se llega al término.

Y se evitan los encuentros con Herodes.

Me gustaría, sobre todo, salir cambiado de las celebraciones navideñas.

Me gustaría «convertirme» en serio cada Navidad.

Me equivoco pensando que no lo necesito, por aquello de que procuro vivir alejado del pecado mortal. Son muchas las distracciones que diariamente me invitan a salirme por los afluentes del único camino.

Necesito rectificar el rumbo a menudo.

Concédeme, como aguinaldo, que rectifique y que me dure la rectificación.

Que recuerde que «nadie va al Padre sino por Ti».

Que no hay otro camino para ir fuera del que Tú has abierto para venir.

Que «caminos» hay muchos... para ir a muchas partes. Pero *el Camino* —el único Camino para la Verdad y la Vida— sólo eres Tú.

> *Quien anda por buen camino teme a Yahveh; el de torcido camino, le desprecia* (Prov 14,2).

EL EPISODIO DE LOS 12 AÑOS

Es lo único que sabemos de su vida oculta:
— Pérdida y hallazgo en el Templo.
— Vida de trabajo y familia en Nazaret.
— Y la Virgen... «rumiando» lo acaecido.

LA PERDIDA

«El Niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres» (Lc 2,43).

No fue por ninguna diversión ni viaje de recreo. La pérdida del Niño tuvo lugar con ocasión de la peregrinación piadosa de sus padres a Jerusalén para celebrar la Pascua: «Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la Fiesta de la Pascua. Cuando tenía (Jesús) doce años, subieron ellos como de costumbre a la Fiesta» (Lc 2,41s).

La triple peregrinación ritual a Jerusalén (Pascua, Pentecostés y Tabernáculos) obligaba a los israelitas varones a partir de los trece años y un día. Nunca a las mujeres. Y todo parece indicar que los galileos, por la distancia, estaban dispensados. Pero la Sagrada Familia no era cicatera ni minimista en el cumplimiento de las prescripciones legales mosaicas.

Suben, pues, a la Fiesta. Permanecen en Jerusalén la semana entera de los Acimos. Y es al final «pasados los días», cuando «al volverse, el Niño

Jesús se quedó en Jerusalén sin saberlo sus padres».

Nada en el relato sugiere negligencia o descuido por parte de José y María, ni insolencia o desconsideración por parte de Jesús. El autor del relato se inclina respetuoso ante el hecho que no sucede por culpa de nadie, pero que tiene intención refleja por parte del Niño.

No parece documentada en los escritos rabínicos ni en los relatos de los historiadores contemporáneos la creencia de que la peregrinación se hacía en dos grupos separados —los hombres por un lado y las mujeres por otro—, pudiendo los niños ir en uno u otro grupo, lo que pudiera haber hecho pensar a José que Jesús iba con su madre, y a María que iba con José. Es natural, sin embargo, que se formaran espontáneamente grupos de hombres y de mujeres para hablar cada uno de sus cosas, y que los chiquillos —sobre todo si, como Jesús, no tenían hermanos— se juntaran con los primos o paisanos de la misma edad. Y si a la hora de tomar un bocadillo se daba también algo al pariente o amigo que caminaba con los propios hijos, resulta natural que María y José no se extrañaran de la falta de Jesús ni siquiera en ese momento.

La comprobación de la pérdida tiene lugar cuando, al final de la jornada, se reúnen los miembros de la misma familia.

El actual pueblecito de El Bireh (= Beeroth) pasa por ser el lugar donde los peregrinos pasaban la primera noche al regresar de Jerusalén. Normal-

mente el camino de un día para los peregrinos era de unas 20 millas. El Bireh dista sólo 10 millas de Jerusalén. Tal vez esta primera etapa era más corta porque los peregrinos, al salir, hacían numerosas paradas para presenciar la que parecía siempre que iba a ser la última vista de la Ciudad Santa; o porque en El Bireh había agua, cosa que probablemente en muchas millas no era fácil volver a encontrar.

El lugar es importante porque en el corazón de los padres de Jesús —particularmente en el de María— pudo surgir de nuevo, como en la huida a Egipto, el presentimiento de que había llegado la hora predicha por Simeón. Ella sabía ya con toda claridad que Jesús era el Mesías esperado, a quien el Deutero Isaías había descrito como Siervo de Jahveh, Varón de Dolores y Víctima vicaria de los pecados de todos. Y Simeón le había anunciado que, a cuenta de esa misión dolorosa de su Hijo, a Ella también una espada le había de atravesar el alma. Pero ¿cuándo? ¿Acaso ahora, cuando se cree en cierta manera culpable de la desaparición de su Hijo? ¡Quién hubiera estado allí para asegurarle —como ahora sabemos nosotros— que ese momento no había llegado todavía!

Es evidente que Jesús no se perdió por culpa o negligencia de sus padres.

¡Ojalá pudiéramos decir nosotros lo mismo si alguna vez se nos pierde! Porque nosotros muchas veces lo perdemos por nuestras culpas o por nues-

tra tibieza. En ese caso la conversión y el arrepentimiento son cosa obligada y la única manera de recuperarlo.

Pero en ocasiones, como en el caso de María y José, es El quien voluntariamente se nos esconde: Le gusta hacerse buscar.

Aparte de que nunca podemos estar seguros de no haber tenido culpa, la sensación de ausencia es —debe ser— igualmente dolorosa.

Lo que El hizo al encarnarse —hacerse visible a los hombres— fue don gratuito y maravilloso. Era a nosotros a quienes interesaba el encuentro con El. Porque El nada saca con dejarse ver. De ahí que nuestra mayor desgracia sea perderle de vista. Por eso, aunque fuera sin culpa, nuestro afán por reencontrarlo tendría que ser afanoso y ardiente. Nos va todo con ello.

Justamente, si se nos oculta a veces, es para probar si sentimos necesidad de El.

El ansia de María por haberlo perdido era mortal.

Nadie como Ella lo había tenido tan cerca: Nueve meses en su seno, largo tiempo a sus pechos y en sus brazos. Doce años en casa o bajo el mismo techo dondequiera que fuera. Nadie como Ella sabía calibrar el tesoro de su presencia.

Como Jacob cuando perdió a José, María lloraba inconsolable su ausencia. Pensaba en El más que en Ella. No tenía en sus manos la túnica de Jesús ensangrentada. Pero le imaginaba muerto con la muerte del Siervo de Yahveh.

Nosotros, cuando el Señor —culpablemente o sin culpa— desaparece de nuestro horizonte, no tenemos que temer por El. Los que estamos huérfanos y desvalidos somos nosotros. Porque en la cercanía o lejanía de Dios está nuestra suerte o nuestra desgracia.

La maternidad espiritual que el Señor confirió a María sobre todos nosotros hace que con frecuencia se le vuelva a perder algún hijo. Y éstos, con peor destino, si no los vuelve a encontrar.

Yo, Madre, no tengo las razones de Jesús para escabullirme, y no me quiero soltar de tu mano materna. Pero si alguna vez lo hiciera distraidamente, no sufras por mí. Dame una voz y volveré a tu lado.

Hazlo así con todos.

Y para que no te canses Tú, yo te prometo gritar a mis hermanos extraviados para que vuelvan.

Cogidos de tu mano, le encontrarán a El.

> *Por tu suma bondad, Señor, no abandones a los que andan extraviados, sino que los llames para que puedan volver a tu amor. Tú diste a la Virgen María, que no conoció el pecado, un corazón misericordioso con los pecadores* (Prefacio de la Misa de la Virgen, 14).

LA BUSQUEDA

«Y le buscaban entre los parientes y conocidos, pero, al no encontrarle, se volvieron a Jesuralén en su busca» (Lc 2,44s).

De los afanes en la busca del Amado hablaba la Esposa del Cantar de los Cantares:

«Mi Amado se había ido de largo
El alma se me salía en su busca.
Lo busqué y no lo hallé,
le llamé y no me respondió» (Cant 5,6).

«Se cruzaron conmigo los centinelas,
los que hacen la ronda de la ciudad.
—¿Habéis visto al Amado de mi alma?» (Cant 3,3).

«Yo os conjuro, hijas de Jerusalén:
Si encontráis a mi Amado,
¿qué le habéis de anunciar?
—Que estoy enferma de amor» (Cant 5,8).

Ellas le preguntan cómo era y le prometen su ayuda:

—¿Adónde se fue tu Amado,
oh la más bella de las mujeres?
¿Adónde se fue tu Amado?
Lo buscaremos contigo» (Cant 6,1).

Lo mismo les ocurre a las almas místicas, cuyos afanes de busca cantó Fray Juan de la Cruz:

«¿Adónde Te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido.
Salí tras Ti clamando y eras ido.

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas:
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Pastores los que fuerdes
allá por las majadas al otero!
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
de flores esmaltado!:
decid si por vosotros ha pasado.

Lo de María no se parece.
No es una pérdida lírica.
Y por eso tampoco es lírica la búsqueda. Pero en la realidad ocurre lo que la lírica inventó.

José y María preguntan a los parientes y conocidos.

Y preguntan a todo el que encuentran, como la Esposa a los centinelas y a las hijas de Jerusalén, y como Fray Juan a los prados y bosques y espesuras.

Sólo es distinta la respuesta de la Virgen cuando le preguntan cómo era el Niño perdido. Sobran las descripciones. Jesús era el retrato de su Madre.

Quiero hacerme la ilusión de haber sido uno de los preguntados

—He perdido en mala hora
un Niño que Dios me dio.
¿Lo habéis visto?
—No señora.
¿Cómo era?
—Como yo.
La misma cara tenía,
igual la tez y el color
(El, Jesús, y yo, María).
Diz que se me parecía
como la flor a la flor.
Sus ojos como los míos,
como la mía su voz.
Nunca fueron fuente y río
tan parecidos los dos...
Y es que... nadie tuvo un hijo
de ella sola, como yo.
Diz que se me parecía
como la flor a la flor

—Pues por aquí no pasó.
Que si El, Señora, pasara,

sobre los aires dejara
vuestra fragancia y olor.

—¿No lo han visto?
— No señora.

Mas si lo vemos ahora,
presto os daremos razón.
Cuando le oigamos un día,
conoceremos su voz,
si es verdad, señora mía,
que habla lo mismo que vos.
Así que... en eso quedamos.
Idos tranquila con Dios:
que ya su imagen llevamos
grabada en el corazón.
Ya veréis cómo lo hallamos
y presto os damos razón.
—No lo busques por las calles,
que no es un niño trotón,
lo seguro es que lo halles
dentro de tu corazón.

Me gustaría haberla ayudado a buscarlo. Y hubiera sido un placer encontrarlo y devolvérselo. Y ¿quién me impide imaginarlo?

—Tu Madre Te anda buscando
con gran angustia y dolor.
A todos va preguntando
por el Hijo de su amor.
Diz que te le parecías
como la flor a la flor.
Han pasado ya tres días
y diz que nadie te vio.

—¿Por qué me busca mi Madre?
¿No sabe que por amor
en las cosas de mi Padre
tengo que ocuparme Yo?

—Me dijo que Te buscara
dentro de mi corazón.
Le prometí, si Te hallaba,
darle en seguida razón.
Y Te he encontrado aquí dentro,
como Ella me anunció.
Me voy a ver si la encuentro,
para darle el alegrón.
Diré que he visto a su Hijo
en el Templo del Señor,
o, como Ella me dijo,
dentro de mi corazón.

—Y ¿quién te asegura a ti
que ese que buscas soy Yo?

—Me dijo tu Madre a mí
(y Ella no miente, a fe mía)
que sois iguales los dos.
Diz que se Te parecía
como la flor a la flor.
Por eso Te he conocido;
porque es tal el parecido
que no hay peligro de error.
Te delatan hijo suyo
los rasgos de semejanza
que existen entre los dos:
la misma paz y templanza,
la misma tez y color;
su mirar es como el tuyo,
como la suya tu voz.

Nunca fueron fuente y río
tan idénticos los dos;
por eso apuesto y porfío
que Tú eres el Niño Dios.
Tu madre te anda buscando
con grande angustia y dolor;
y yo le estoy retrasando
esta gran consolación.
Voy a buscarla corriendo;
que está la pobre sufriendo
y quiero alegrarla yo.

—He visto Madre a tu Hijo,
a Jesús, al Niño Dios.

—¿Seguro que El?
—De fijo.

Se parece mucho a Vos.
Sus ojos como los vuestros;
como la vuestra su voz.
¡Ojalá fueran los nuestros
de su luz el arrebol!
Nunca fueron fuente y río
tan idénticos los dos.
Y es que... nadie tuvo un hijo
sola ella como Vos.
Es verdad que se os parece
como la flor a la flor.

Ya sé que no fue así. María lo encontró por sí sola.

Pero me gustaría contribuir a que Lo encuentren otros muchos que lo han perdido.

Dejad, Señora, que os rece;
dejad que os pida un favor:
para parecerme a El
quiero parecerme a Vos,
lo mismo que en un vergel
una flor a otra flor.

Si yo a El de tal manera
y en todo me pareciera
como Vos, Señora mía,
no envidiara a nadie yo.
Quien me viera le vería
y quien me oyera le oiría...

¡Ay, Señora, quién me diera
parecerme todo a Vos,
para hacer que todo el mundo
encontrara al Niño Dios,
al encontrar el profundo
parecido entre los dos...!

«Radiante e inmarcesible es la Sabiduría, fácilmente la contemplan los que la aman, y la encuentran los que la buscan» (Sab 6,12).

EL HALLAZGO

«Y sucedió que, al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándolos» (Lc 2,46).

Tenía razón la Virgen.

Jesús no era un muchacho bullanguero.

Una vez en Jerusalén, sus padres no le buscaron en las plazas, se fueron derechos al Templo. Y allí le encontraron, «sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándolos. Todos los que le oían estaban estupefactos por su prudencia y sus respuestas».

Jesús aparece «sentado», como los discípulos a los pies de sus maestros (así había aprendido Saulo «a los pies de Gamaliel»), pero está «en medio» como centro de atracción de los presentes a los que tiene absortos la ponderación de sus intervenciones y la sabiduría de sus respuestas.

El narrador prepara así la importancia de la afirmación que Jesús va a hacer de su filiación divina. El lector está enterado así de que tal afirmación no

es una frase pueril, sino que encierra la seriedad de una madurez extraordinaria.

Porque el diálogo que sigue suena así:

«Su madre le dijo:

—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo angustiados te andábamos buscando.

El les dijo:

—Y ¿por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,48s).

Nunca negó Jesús la paternidad legal de José que el ángel le encomendó de parte de Dios cuando le mandó imponerle el nombre, lo cual equivalía a darle el apellido legal davídico. Pero, como dirá en otra ocasión, tampoco David era su padre verdadero:

—«¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo?

Dícenle:

—De David.

Díceles:

—Pues ¿cómo David, movido por el Espíritu, le llama señor cuando dice:

> Dijo el Señor a mi Señor:
> Siéntate a mi derecha
> Hasta que ponga a tus enemigos
> Debajo de tus pies?

Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo puede ser su hijo?» (Mt 22,42-45).

Hijo de David se dejó llamar muchas veces. Pero siempre llamaba Padre suyo a Dios. Y porque lo

afirmaba con toda claridad llegaron a decirle: «No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios» (Juan 10,33). «Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios» (Juan 5,18).

Ahora la contraposición entre la paternidad legal de José y la del Dios del cielo resulta palmaria. El Templo y las cosas del culto sólo pertenecen a los levitas por delegación. El verdadero y único sacerdote es El. De manera aparatosa —y para que se note— por unas horas ha abandonado a su padre legal para recogerse en la Casa de su Padre verdadero y ocuparse en las cosas de Este.

«Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio» (Lc 2,50).

No es extraño que María y José no entendieran el alcance de lo que Jesús acababa de decirles. Por una parte, desde que nació era Hijo consustancial del Padre, y, sin embargo, nunca había habido conflicto por esa doble paternidad. ¿Por qué lo plantea Jesús ahora? Pero, sobre todo, María y José posiblemente no percibieron la dimensión sacerdotal del gesto de Jesús. Le sabían sacerdote nato como primogénito de madre, pero estando en vigor la sustitución levítica establecida por Moisés estaban seguros de que José le había rescatado del quehacer cultual mediante el pago de los 5 siclos.

Ahora Jesús quiere dejar constancia de su verdadero sacerdocio, consecuencia evidente de su

verdadera filiación divina. Por ello su afirmación engloba las dos cosas: para los oyentes del grupo de doctores tiene que quedar muy claro que, aparte de la paternidad humana de José —que ellos entenderían en sentido biológico—, Jesús tenía por Padre a Dios; para María y José —que seguramente conocían ya ese dato— lo sucedido y lo que acababa de decirles era revelación velada de su condición de sacerdote nato, según el orden de Melquisedec.

El hallazgo de Jesús en el Templo tiene que tener para nosotros esa doble resonancia: Jesús es Hijo de Dios consustancial con el Padre y es el Sumo y Eterno Sacerdote que viene a sustituir al sacerdocio aaronítico: «De este modo —escribe el autor de la Carta a los Hebreos— queda abrogada la ordenación precedente por razón de su ineficacia e inutilidad, ya que la Ley no llevó nada a la perfección, pues no era más que introducción a una esperanza mejor, por la cual nos acercamos a Dios» (Heb 7,18s).

Y una vez instalados en el orden cristiano, tenemos la certeza de que el Señor ya no se nos puede perder físicamente.

Sabemos dónde está realmente.

Estamos seguros de encontrarlo en los templos cristianos.

No le veremos sentado en medio de los doctores, ni le oiremos formularles sus sabias preguntas y respuestas. No le percibimos con los sentidos.

Pero la fe nos asegura que está verdadera, real y sustancialmente presente en nuestros Sagrarios.

Si le buscamos en otra parte nos va a decir con más razón que a María y a José en Jerusalén: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que Yo tengo que estar en la Casa de mi Padre?»

Ahí me ha puesto mi función sacerdotal, ejercida de una vez para siempre, y el poder concedido a los sacerdotes ministeriales de la Nueva Ley para que hagan lo mismo en memoria mía y multipliquen mi presencia en todos los Sagrarios de la tierra.

Tened cuidado de no perderos vosotros.

Pero no tengáis miedo de que Yo me pierda: «He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt 28,20).

> *Dulce esperanza para los que vuelven*
> *piadoso en tu perdón a los que rezan,*
> *todo bondad para los que Te buscan,*
> *¡qué no será para los que Te encuentran!* (Laudes del Oficio del Sagrado Corazón).

VIDA OCULTA EN NAZARET

«Bajó con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto... Y Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,51s).

Aunque por ser, desde la Encarnación, Sumo y Eterno Sacerdote, a Jesús le correspondía estar continuamente al servicio del Templo, y para indicarlo aparatosamente se perdió y quiso ser encontrado allí, una vez hecha la solemne declaración de su filiación divina, que le hacía Pontífice nato —Puente con un pie en la Divinidad y otro en la humanidad— se volvió con sus padres a Nazaret.

Con gran sorpresa de éstos, sin duda.

Aunque de primeras no entendieron ni el gesto de la pérdida ni las palabras del hallazgo, pronto se dieron cuenta de su alcance. El era «primogénito de madre» y, como tal, debía ser consagrado al culto de Yahveh. Pero como descendiente de la tribu de Judá había sido sustituido por los levitas. San José, cuando pagó la suma establecida, pensó que lo rescataba. Por eso ahora no sabía —¡cómo lo

iban a saber!— que su lugar era el Templo y su ocupación el culto al Padre.

Ahora ya lo saben.

Y ahora ya, sentado el principio de su sacerdocio según el rito de Melquisedec, que era lo profetizado, Jesús se desentiende del sacerdocio levítico que actuaba en el Templo y, con gran sorpresa de sus padres, se coge de su mano y se vuelve con ellos a Nazaret.

Nadie me ha dicho a mí que se cogiera de su mano, pero estoy seguro de que María y José no le soltaron de la suya para que no se les volviera a perder.

Déjame a mí también, Señor, asir con fuerza tu mano y tenerla siempre asida, para que no Te me pierdas nunca... ni me pierda yo.

El camino de regreso lo hicieron solos, como la huida a Egipto y el regreso.

Cortaban ya los segadores la cebada madura.

Y Tú, Señor, les oíste cantar lo que recordarías más tarde cuando presentaste a tus discípulos las «mieses maduras» de los samaritanos:

Cuando sembraban
cuatro meses faltaban
para la siega.
Y ya en la altura
la mies está madura
para la siega.

Vengan y vean:
ya las mieses blanquean
para las hoces.

Y las cigarras,
ocultas en las parras,
alzan sus voces.

Después, la trilla
molerá la gavilla
que ató el que siega.

Y es maravilla
que uno echó la semilla
y otro la siega.

Se inclinaban a vuestro paso las espigas, estiraban su tallo las amapolas y os besaban la frente las higueras.

Vino luego la prosa de Nazaret: La vida oculta. Otros veinte años más Jesús estuvo *sujeto a María y a José,* hasta que en los brazos de Aquél expiró el venerable Patriarca, al que por eso los cristianos tienen como Patrono de la Buena Muerte.

Nazaret será siempre la gran lección de obediencia.

A ver si de una vez para siempre se nos graba en el alma que, en contraposición al Primer Adán que nos perdió por desobediencia, el Segundo vino a salvarnos por obediencia a Dios, y que, por ello, quiso como entrenamiento —los necesitados de entrenamiento somos nosotros— obedecer a los pa-

dres terrenos, como manda el primer precepto de la segunda tabla de Moisés. Sólo acostumbrándonos a hacer dejación de nuestra propia voluntad estaremos en condiciones de cumplir siempre la voluntad de Dios.

Nazaret ha sido siempre una escuela de hogar y convivencia familiar.

Va a ser difícil que a los cristianos nos hagan creer que el matrimonio como forma estable de convivencia familiar esté llamado a desaparecer. Lo instituyó Dios en el Paraíso, lo mantuvo y bendijo a lo largo de todo el Antiguo Testamento, y lo santificó en Nazaret con el ejemplo de la Sagrada Familia.

Es una institución sacral.

Y el modelo, Nazaret.

Marido y mujer son dos orillas de un río y el puente, Dios. Por eso aquellas dos orillas —José y María— estuvieron siempre unidas. ¡Era Jesús el Puente!

Y por eso hay tantos matrimonios desunidos hoy: porque nuestro mundo, secularizado y laicista, se empeña en dinamitar los puentes. ¡Qué los ángeles defiendan las paredes del Hogar de Nazaret para que el mundo no pierda sus tesoros de ejemplaridad! Allí nadie vivió para sí: cada uno vivía para los demás. ¿Habría dicho ya entonces Jesús lo que San Pablo dice que dijo, aunque no sabemos cuándo: «Se es más faliz en dar que en recibir»? (Hechos 20,35).

Y Nazaret es, sobre todo, remedio contra la prisa.

Tantos siglos esperando la venida del Mesías Redentor y cuando viene se pasa treinta años inactivo. Inactivo, no; porque se ganó el sustento con el trabajo de sus manos: también el trabajo tenía que ser puesto en su lugar como cooperación del hombre en la obra creadora de Dios. Pero treinta años oculto, sin darse a conocer, sin decir lo que sabía y a lo que había venido. No lo haría por «prepararse» debidamente. Somo nosotros —no El— quienes necesitamos preparación para colaborar en la implantación de tu Reino, Señor. Que aprendamos a hacer, en recogimiento y silencio, acopio de fuerzas para la acción. Para que no calcinen nuestra siembra los calores ardientes de la prisa. Y porque sólo si sabemos «aguardar la Promesa del Padre» y «recibimos la fuerza del Espíritu» podremos «ser tus testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra» (Hechos 1,4.8).

Tú, Señor, nos dijiste que teníamos que hacernos como niños.

Pero Tú, Señor, niño como nosotros, luego en Nazaret creciste. Se te veía cada vez más hombre y más inteligente y más acreedor a la complacencia de Dios y de los hombres.

Yo quiero hacerme niño, como Tú en Belén, para entrar en el Reino de los cielos.

Pero, como Tú en Nazaret, también yo quiero «mejorar».

¡Que se me note, Señor!

Dios, Padre nuestro, que has propuesto a la Sagrada Familia como maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo: concédenos, Te rogamos, que, imitando sus virtudes domésticas y su unión en el amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el Hogar del cielo (Colecta de la Fiesta de la Sagrada Familia).

Señor, Padre Santo, que, por una dignación admirable, quisiste que tu Hijo naciera de una mujer y le estuviera sometido: *concédenos conocer más profundamente el misterio de la Palabra hecha carne y llevar* una vida escondida en la tierra *hasta que, acompañados por la Virgen Madre, merezcamos entrar gozosos en tu casa* (Colecta de la Misa de la Virgen, 8).

LA MEDITACION DE MARIA

«María, por su parte, guardaba todas estas cosas, dándoles vueltas en su corazón» (Lc 2,19).

Por dos veces —tras la visita y adoración de los pastores, y al final del episodio de la Pérdida y Hallazgo de Jesús en el Templo— el Tercer Evangelista advierte que María conservaba todo lo sucedido en las interioridades de su alma dándole vueltas.

Dos pasajes del Antiguo Testamento pueden considerarse paralelos del comentario que el Evangelista hace sobre la actitud de María: Tras referir los sueños del joven José, hijo de Jacob y de Raquel, el autor del Génesis refiere que sus hermanos le tenían envidia, mientras «su padre reflexionaba sobre el asunto» (Gen 37,11). Y el profeta Daniel refiere de sí mismo, tras la explicación que se le da sobre la visión de la cuarta bestia, que «fijó fuertemente el asunto en su corazón» (Dan 7,28).

En ambos casos la expresión tiene un doble alcance: Se trata de conservar el recuerdo de lo acae-

cido, en espera de su cumplimiento. Y lo mismo sugiere el paralelo de Lc 1,66, donde, tras las maravillas ocurridas cuando la circuncisión del Precursor «se divulgaba el asunto y todos lo ponían en su corazón, diciendo: ¿Qué va a ser de este niño?» Los acontecimientos eran reveladores y hacían esperar grandes cosas.

En el caso del Nacimiento e Infancia de Jesús han ocurrido cosas más extraordinarias todavía.

Cuando se escribe el original de Lucas 1-2, el único testigo superviviente es María.

Ella ha conservado para la posteridad el recuerdo de lo pasado en espera de su realización, que ya ha tenido lugar en el acontecimiento de Pascua, iluminador de todas las revelaciones anteriores.

Lo que María hacía en su corazón con esos recuerdos, el Evangelista lo describe con un verbo en participio que se suele traducir «dándole vueltas», pero que indica una acción más complicada.

La acción realizada por María que nos describe el Evangelista debe entenderse como un esfuerzo por juntar, comparar, relacionar unos con otros los acontecimientos vividos y las palabras oídas, para obtener la recta interpretación de unos mensajes difíciles de entender y a veces enigmáticos.

Podríamos traducir libremente el verbo empleado por San Lucas de este modo: «poner en orden —cambiándolas de sitio muchas veces hasta encontrar su encaje— las piezas aparentemente incongruentes de un rompecabezas».

Responde esta traducción a la etimología básica del término griego que significa «llevar de aquí para allá». Y, sobre todo, es conforme al contexto donde María almacena en su mente datos misteriosos, en ocasiones aparentemente contradictorios y siempre difíciles de ser reducidos a unidad: Su hijo es el Rey mesiánico (Lc 1,32-33) y los pastores lo tienen que reconocer por estar reclinado sobre unas pajas (Lc 2,12.16); ha de ser el Salvador (Lc 2,11) y será bandera de contradicción cuyas salpicaduras atravesarán como una espada el Corazón de María (Lc 2,34s); vienen los Magos de Oriente a adorarlo (Mt 2,1-12) y para liberarlo de que Herodes le mate tienen que huir sus padres con El a Egipto (Mt 2,13-18); es verdadero hijo de María (Lc 2,31) y verdadero Hijo de Dios (Lc 1,32.35; 2.49)...

Dios es a menudo desconcertante.

A los oídos de los mejores músicos frecuentemente desafina.

No hay quien lo entienda.

Pero María pensaba que merecía la pena esforzarse por ordenar las piezas del intrincado rompecabezas, en la seguridad de que el diseño resultante sería al final francamente divino.

Así es María modelo para los creyentes.

Más que por una fe sin sombras —que sería absolutamente distinta de la nuestra— María es modelo por su «itinerario de fe» semejante al nuestro, acompañado —como enseña Juan Pablo II— de «una particular fatiga del corazón», traducida

en una obediencia ciega a los *insondables designios* de Dios, cuyos *caminos son inescrutables* (Rom 11,33).

El Corazón de María resulta ser el arca donde se conservaron las revelaciones sobre el ser y la misión salvadora de Jesús, hechas ya a partir de su Encarnación y luego en su Nacimiento y primeros años; el laboratorio donde se fue comprobando día a día la veracidad de las mismas, y el altavoz que las hizo llegar a los testigos de la Pascua, para que tuvieran el convencimiento de que los esplendores de la Resurrección eran ya Luz en el Niño que Ella concibió y trajo al mundo varias décadas antes.

La meditación de María sobre los acontecimientos de la Infancia de Jesús es para nosotros una invitación a hacer lo mismo.

La Liturgia de Adviento, Navidad y Epifanía nos recuerda cada año los acontecimientos que Ella vivió. Y nada desea Ella tanto como hacernos partícipes de sus sentimientos y enseñarnos a saborear lo sucedido.

No necesita que se lo pidamos, pero le gusta que lo deseemos.

Este pensamiento ha sugerido la idea de este libro.

La investigación científica sobre los dos primeros capítulos de San Mateo y de San Lucas que he ofrecido al público en mis cuatro volúmenes sobre *Los Evangelios de la Infancia* editados en la BAC

podrán haber dejado seca y fría el alma de sus lectores. Confío en que la meditación jugosa de esos mismos contenidos dejará en quienes lean estas páginas un regusto sabroso.

Pido a la Señora para mis lectores ese mismo espíritu de meditación que a Ella le hizo saborear a lo largo de su vida los acontecimientos que protagonizó en el Nacimiento e Infancia de su Hijo.

> *Dichosa Tú que, meditando en silencio las palabras del cielo, te has convertido en discípula del Señor* (Antífona de Entrada de la Misa de la Virgen, n. 10).

INDICE

Págs.

PRESENTACION 7

ANUNCIACION OK

Nazaret 11
El nombre de María 15
El saludo del ángel 20
La aceptación de María 25

VISITACION

OK Acción de gracias original 33
OK Sembradora de gozo y de Espíritu Santo..... 39
Bendita tú entre las mujeres..... 44
La bienaventuranza de la fe de María 49
OK El *Magnificat*..... 54
«Me llamarán bienaventurada» 59
«El Señor hizo en mí maravillas»..... 64
Testigo de la luz..... 69

RETABLO DE LA NAVIDAD

El marco:

OK Belén 77
OK El lugar del Nacimiento: ¿Mesón o cueva?..... 82

Págs.

Los pañales y el pesebre 87
El asno y el buey 92

Los personajes:

Augusto y Quirino. Herodes. Los escribas 97
«Y le pondrás por nombre» 102
Nuestra Señora de la O 107
Nacido niño 112
¿Por qué niño? 117
El Primogénito 123
Los primeros testigos 128
«Os anuncio una gran alegría» 133
«Gloria a Dios en las alturas» 138
«Paz a los hombres» 144

MARAVILLOSO INTERCAMBIO

«Dios con nosotros». Nosotros con Dios 151
Dios se hace de nuestra familia para introducirnos a nosotros en la familia de Dios 155
El Invisible se nos hace visible para que nosotros podamos ver, conocer y amar las cosas invisibles 161
La Luz brilló en las tinieblas para que nosotros fuéramos luz 167
Dios en Cristo se hizo pobre para hacernos a nosotros ricos 173
Dios nos habla en su Hijo para que nosotros, a través de su Hijo, podamos hablar con El 178
El Niño llora en Belén para que nosotros rebosemos de alegría 184

PRESENTACION EN EL TEMPLO

A Dios las primicias 193
«Bandera de contradicción» 198
La Pasión de María 202

Págs.

LOS MAGOS

«El Rey de los Judíos» 211
La estrella de los Magos 216
«Le ofrecieron dones» 222
«Se volvieron por otro camino» 227

EL EPISODIO DE LOS DOCE AÑOS

La pérdida 235
La búsqueda 240
El hallazgo 247
Vida oculta en Nazaret 252
La meditación de María 258